



# **Un ángel de abrigo azul**

(novela)



Santiago de Chile, 2016

# Un ángel de abrigo azul

Poli Délano

© Poli Délano

De esta edición: Ceibo Producciones S.A.  
Ceibo Ediciones  
Santiago de Chile, septiembre 2016.

Edición: María Inés Taulis  
Diseño Interior y Portada: Eugenia Prado Bassi  
Coordinación Editorial: Dauno Tótoro  
Producción: Italo Retamal

ISBN: 978-956-359-040-1  
Impreso por productora gráfica ANDROS



Santiago de Chile, 2016

*Cuando todos se vayan a otros planetas  
yo quedaré en la ciudad abandonada  
bebiendo un último vaso de cerveza...*

Jorge Teillier.

**PRIMERA PARTE**

**|954**

**EL DELANTAL AZUL**

## UNO

La máquina de afeitar abre un segundo tajo cerca de la oreja. Jorge piensa que fue una suerte encontrar una habitación con baño en esta casa tan cerca del Pedagógico. La señora Amelia tuvo la gentileza de invitarlo a compartir en familia unos bocadillos y un pedazo de torta el domingo anterior. Nora, que cumplía doce años, cantó “Vereda tropical”, bonita voz. Y linda chica, mirada transparente, verdosa, llena de curiosidad. Y una melenita castaño clara que su madre le teje en una sola trenza. El corazón de Jorge se sintió complacido, porque esa reunión le evocaba la calidez de las cocinas a leña, y lo hizo volver a su pueblo, vagar por sus calles sin pavimento, sentarse en el andén de la estación solitaria, respirar el olor a tierra mojada mientras giran las aspas del molino. Qué suerte tuve, se dice al momento de sentir el tercer tajo en el otro lado de la cara, bordeando el labio. Acaba de temblar bastante fuerte durante unos segundos. Quedarse quieto es lo más sabio cuando la tierra se estremece, su abuelo así decía. ¿Se debió acaso al sismo ese tercer corte? O a los tiritones de la propia mano. Un sol tímido ilumina con delicadeza el balcón que en primavera le permitirá estirar el brazo hasta las ramas del ciruelo, y deleitarse contemplando los cardenales y las calas del jardín. Otra alegría: la casa está cerca de las residencias de algunos amigos: Rubén Azócar, que fue su profesor cuando lo mandaron a estudiar al liceo de Victoria, Rolando Rinaldi, el “filósofo”, tipo de notable exuberancia para desplazarse por el mundo, y Manuel del Monte, compañero afable, risueño, que pese a ser un fanático del cuento, ha tenido buen ojo y voluntad para leer y comentar los poemas con que piensa armar su primer libro. Lástima que ya no sea vecino, se mudó al centro. Tampoco queda lejos la casa de Roberto, el compositor que conoció unos meses antes, nido acogedor para universitarios que olfatean por los caminos de la creación, se apasionan por la música, la pintura, la poesía, discuten y beben, ríen, se acaloran, igual que personajes de alguna novela. Despeja con agua la espuma del rostro, cruzado ahora de estrías rojas. De una de ellas se escurren gotas de sangre. Escucha dos golpes a la puerta.

-Don Jorge, mi mamá quiere saber si va a almorzar.

-No, linda –responde sin abrir-, los sábados y domingos no... Oye, Norita, no me llames “don Jorge”.

-¿Cómo entonces?

-Jorge nada más. O si quieres, invéntame un nombre.

\*\*\*\*\*

-Lo importante es contar, contar, ¡contar! –sentenció Rubén devolviéndole a Manuel el manuscrito de su cuento “La gitauela”-. Contar, ¿me comprende? No explicar tanto, ni detenerse en digresiones, c o n t a r-. Ese “¿me comprende?” era su muletilla. Lo pronunciaba como si no se tratara de una pregunta sino de una enfática afirmación: “¡me comprende!”, mirando al interlocutor con el ceño fruncido y una expresión casi agresiva que a veces se diluía en una sonrisa tierna. En ciertas ocasiones la pregunta iba seguida de “¿O no entiende lo que le digo?”, como retando a duelo a su interlocutor. Los amigos cercanos decían que se trataba de un hábito desplazado desde la sala de clases a la vida cotidiana.

-Contar, contar –repitió Manuel en voz baja, guardándose su cuento en el bolsillo de la chaqueta. ¿Acaso lo que él hacía no era contar? Quizás el maestro no percibía las nuevas tendencias de la juventud. Qué diablos, le daría más vueltas a su texto, a ver si lograba entender mejor eso de “contar”. ¿Y “sugerir”? ¿No era esa la razón por la que les encantaban los cuentos de Hemingway?

A la amplia galería, o sala de estar, o estudio de trabajo, o taller de carpintería, o como se llamara el lugar donde conversaban, arrellanados cada uno en su poltrona, se asomó la señora Leontina. El almuerzo estaba servido.

-Cazuela de mariscos –anunció con regocijo el Cara de Hombre, como apodaban a Rubén sus colegas-. Regadita con un vino pipeño de Cauquenes, ¿me comprenden?

A Rolando le brillaron los ojos.

-¿De Cauquenes? –preguntó afirmando, como si no pudiera creer lo que escuchaba.

-Bebamos primero una copa –siguió Rubén-. Ya deben saber que no es bueno comer con el estómago vacío.

Volvieron a brillar los ojos de Rolando.

Rubén nunca estaba solo. Al almuerzo, además de su mujer, solían acompañarlo algunos alumnos, los hijos, un par de sobrinos, gente joven. Con el atardecer llegaba el turno de la vieja guardia: poetas, novelistas, bohemios de larga carrera, gargantas secas y bolsillos vacíos. La ley que llamaban “Maldita” había despojado de sus cargos a cientos de funcionarios públicos y profesores por razones políticas. Rubén no había sido excepción, pero cuando el Ministro firmó el decreto de exoneración, su prestigio docente rebasaba todo límite. Tras décadas practicando enseñanza, por todos lados aparecían ex-alumnos gustosos de tenderle una mano. Suerte que no lo hubieran relegado al puerto nortino de Pisagua, como hicieron con periodistas, dirigentes sindicales y profesores de distintas zonas del país.

Los tres gozadores de la cazuela marina habían disfrutado a Rubén como profesor. Jorge en el liceo de Victoria, antes de venirse a Santiago para postular a la universidad. Rolando, bastante tiempo atrás, en el Liceo Amunátegui. Y Manuel, durante unos pocos meses que se tragó en la Alianza Francesa.

La casa del Cara de Hombre se alzaba con modesta coquetería en la avenida Pedro de Valdivia, junto a una pequeña iglesia de campo, al sur del Estadio Nacional. Blancos muros, teja española, un solo piso. Por dentro faltaban terminaciones, capas de pintura y cierres en el cielo. Pero sobraban cuelgas de piures, cholgas y otros mariscos secos, frascos de cebollas en escabeche y fotografías de los palafitos chilotes. Era a todas luces un hogar, una puerta abierta, un corazón grande, como dicen en el sur.

Lo que unía a los tres huéspedes que levantaban el vaso de pipeño a la salud de Rubén y Leontina, era el Pedagógico y, además, la

pasión de escribir. Rolando, el mayor, ya había publicado un libro de cuentos. La crítica lo destacaba como uno de los jóvenes interesantes de esa autodenominada “Generación del 50” que apenas parida se proclamaba partidaria de una literatura parricida y apolítica. Recién casado, en espera del segundo hijo. Ayudante de cátedra en el Departamento de Filosofía. Fornido, musculoso, rozagante, de cabello crespo y risa contagiosa. También los unían sus posturas ideológicas.

Jorge parecía muy delgado en esa chaqueta clara que le quedaba grande. Tez blanca, pálida, ojos profundos y casi siempre tristes. Ejemplar de un romanticismo maldito. Las muchachas lo miraban con ternura maternal, lo que fastidiaba a Priscilla. Poeta desde los quince años, antes de egresar del liceo. Sus profesores celebraban los versos melancólicos. “Láricos”, sentenció el Cara de Hombre.

-¿Láricos? –preguntó Manuel.

-De “lar”, “hogar”, ¿me comprende? –dijo Rubén-. Nostalgia de las cosas que poblaron la infancia. Trenes, bufandas, un fogón...

Manuel también había descubierto su vocación literaria antes de terminar el liceo. Supo a las claras que contar historias era lo suyo, inventar personajes, imaginar situaciones, escudriñar los motivos secretos del comportamiento de las personas. Y ponerlo todo al servicio de la causa mayor. Estudiaba Letras, pergeñaba sus primeros cuentos y el cine le parecía buena compañía: películas como “Ladrón de bicicletas” o “Milagro en Milán”, que además de entretener hacían pensar, le disparaban preguntas a la conciencia. El Cara de Hombre era uno de sus lectores, el más endiablidamente crítico.

Aunque estos tres compañeros se habían visto forzosamente en los jardines de la Facultad, o en la cafetería, o por los pasillos del edificio central, fue en casa de Roberto Falabella donde se fraguó la amistad una tarde de sábado. Ninguno tenía dinero para una botella de vino o una entrada a las películas francesas del cine Huérfanos. Fundaron entonces el Club de los Caballeros de la Bola Azul. Dos horas proponiendo, discutiendo y anotando las normas por las cuáles habría de regirse. Según el Artículo Primero, los Caballeros de

la Bola Azul se reunirían los sábados con el objeto de comer, beber, charlar y divertirse de múltiples formas. Según el Artículo Dos, cualquier día de la semana se podía declarar día sábado. Y el Artículo Tres sentenciaba que para declarar cualquier día de la semana día sábado, bastaba con la voluntad y el voto de tan solo UN Caballero de la Bola Azul.

En su silla de ruedas, Falabella se retorció de risa cuando le contaron. También el Cara de Hombre lanzó sus carcajadas al escuchar la historia, paladeando los sabores del mar.

-Hoy es domingo –dijo después de tres o cuatro copas de pipeño-, pero lo declaro solemnemente día sábado. Nicanor no quiso venir porque aquí se fuma demasiado, mucha humareda para sus bronquios asmáticos. Lástima, él se lo pierde. Me gustaría decirle cuánto me gustó su último libro, ¿lo conocen? Dará que hablar, acuérdense, me parece que es la reacción más desafiante al volcanismo nerudiano. El humor, el humor –agregó riendo-. ¿Cómo es posible que en materia de ojos, a tres metros un tipo no reconozca ni a su propia madre? ¿O que una reptilesca mujer no le quiera prestar la escobilla de dientes que él mismo le había regalado?

-Bueno, ¡salud!-. A las cinco de la tarde Jorge, limpiándose la boca con su servilleta de tela bordada, se levantó y dio las gracias, tenía cita con Priscilla. Leona, como la llamaba Rubén, se retiró a su habitación. Rolando y Manuel quedaron con el anfitrión conversando y bebiendo pipeño, hasta que empezaron a emerger desde el crepúsculo los amigos nocturnos del Cara de Hombre.

\*\*\*\*\*

Jorge levantó el cuello de su chaquetón de cotelé beige y se protegió la boca con la imbatible bufanda burdeos que su madre le había tejido el invierno anterior. ¿Lloverá? ¿Será como la lluvia del sur? Caminó hacia Irarrázaval, a la parada del trolebús que lo llevaría



hasta la calle donde entre castaños y ciruelos se ocultaba la pequeña casa que Priscilla compartía con su madre desde su retorno a Chile.

Una mañana él y Priscilla se habían cruzado en la Facultad. Flechazo inmediato y definitivo. Al verla surgir desde las gradas del pabellón de idiomas y caminar en dirección a la glorieta como una diosa griega, la imagen de Miriam y el residuo de angustias que padeció durante tantos meses se perdieron en el aire como una pompa de jabón. Priscilla morena, Priscilla delgada, Priscilla gitana... Priscilla de sonrisa plácida y mirada risueña.

Lo de padecer por Miriam no era metáfora. Ella le dolía en la piel, en las entrañas, en la respiración, hasta en la bufanda le dolía, le había dolido todo el tiempo, al comienzo porque no correspondía a sus avances y lo miraba con una irritante indiferencia, y más tarde, cuando fue cediendo y entregándose poco a poco, debido a que no se animaba a romper con ese pijecito cursilón que la había revolcado en su cabaña playera y con quién, por eso, estaba obligada a casarse. La sangre de Jorge ardía por todos lados, su inquietud no encontraba reposo, las noches le ahuyentaron el sueño asediando su mente con imágenes desoladoras, y en las mañanas acudía a clases atacado de bostezos, los ojos enrojecidos, muerto de aburrimiento. Iba para verla a ella, rubia, opulenta, entre sensual e inocente. Priscilla, en cambio, figura apenas grácil, pero una mirada que se hundía con la potencia de un taladro. Esa primera vez la siguió hasta la glorieta. La ninfa ocupó un escaño, se protegió del sol bajo las glicinas y abrió el libro que llevaba.

-Hola –dijo él desde el extremo del banco.

-Hola.

Segundo encuentro: un café en el casino del subterráneo. Y vino el tercero. Y el cuarto. Luego, el cine de los viernes en las funciones populares del Italia o el Rialto, tres películas por diez pesos. John Garfield –a veces gángster y otras boxeador- ahora es un violinista cuyas notas enamoran a Joan Crawford en “Humoresque”; Schumann y Brahms, Clara al medio, en “Ensueño”; Tyrone Power

buscando atormentado las respuestas en “El filo de la navaja”; Humphrey Bogart, Kirk Douglas, Burt Lancaster, formidables tipos... y si acaso la película no era de las buenas, a conseguir asiento en la última fila y dedicar el tiempo a cosas mejores. Algunas tardes –salvo en época de frío- buscaban la complicidad de ciertos parajes solitarios que aguardaban acción, en las cercanías del campo deportivo. Priscilla se iba revelando igual que una fotografía. Antes de cumplir diecisiete años había vendido un óleo de Herrera Guevara heredado de su abuelo y otros objetos de colección para comprar un pasaje a Marsella en un vapor italiano. Partió deslumbrada por un actor de la compañía de Jean Louis Barrault a quien vio actuar en el viejo Teatro Municipal. Después de un desordenado año en una pieza del hotel de Madame Sauvage en el barrio latino, volvió a Santiago a enfrentar el bachillerato y estudiar Pedagogía en Francés. A Jorge le impresionaban sus vagancias por las riberas del Sena, y a menudo le pedía que hablara sobre los poetas malditos, especialmente Rimbaud. Priscilla los conocía bien. Formaban la pareja justa, pensaba él, habían nacido el uno para el otro, se entendían, se miraban con ternura y hacían otras cosas –más allá de mirarse- sin ninguna timidez.

Cuando llegó a la casita de Los Guindos, fue Priscilla quien le abrió la puerta. Beso largo en los labios, lenguas que se enredan.

-Te tengo dos sorpresas –dijo ella, tirándolo de la mano hacia el interior. Se sentaron en el sofá del living. Una pequeña estufa a parafina templaba el aire y desprendía un olorcillo poco amable. Sobre la mesa de centro, un par de copas y una botella de licor rojo, sin etiqueta. Jorge adivinó un guindado casero, como los de su pueblo.

-¿Y la otra? –preguntó.

Priscilla sirvió el licor, alzó la copa y brindó mirándolo a los ojos, como deben hacerlo los enamorados según Lucho, que siempre busca la manera de relacionar cualquier situación con la letra de algún tango.

-Salud-. Aguardiente endulzado con el néctar de la fruta.

-¿La otra sorpresa? –insistió Jorge.

-Mi mamá no regresará hasta pasadas las doce.

Esa noche, antes de que Jorge volviera a su “pensión”, mientras se despedían al amparo de otro brindis, hablaron de matrimonio.

\*\*\*\*\*

*Querido Diario: por fin se terminó el calor y ahora los árboles desprenden sus hojas secas alfombrando las calles, ¿cómo estuve? Me saqué un siete en Composición. Fíjate que el Gustavo ya no me gusta, es demasiado guagualón. Siempre tiene mucho que estudiar y no quiere ir a ninguna fiesta, es requete fome. Lindos sí sus ojitos grises y ese pelo crespo como de querubín. El Mario es flaco y medio feúcho, pero no da la impresión de andar siempre pegado a las polleras de mamá, como Gustavo. Durante las clases a veces me busca con la mirada, y en los recreos se me acerca también, pero yo ni bola le doy, no puedo, porque él tiene vuelta loca a Mariluz, mi mejor amiga.*

*El nuevo pensionista que tomó mi mamá para la pieza de arriba se llama Jorge y estudia aquí a la vuelta, en el Pedagógico. Debe tener unos veinte años y es de aspecto elegante aunque ande casi siempre desplanchado y en desorden. Camina igual que los gatos, no se le siente, como si anduviera volando. Hoy en la mañana le hablé, pero como ya estoy un poco grande para llamar “tíos” a los pensionistas, le dije “don Jorge”. Me pidió que no le dijera “don”, puro Jorge, o bien que le inventara un nombre. Pensando en su forma de caminar, le voy a poner Angelo. Hoy, un poco antes del almuerzo, me atreví a entrar a su pieza y me puse a intrusear en sus cuadernos. Apuntes de clase con algunos versos que no sé si copiará o los escribe él mismo, ¿será poeta?*

*¿Por qué no me habrá escrito mi papá? Echo de menos esas cartas en que me daba consejos. Aunque yo no los siguiera, me sentía protegida.*

\*\*\*\*\*

Jorge gira la silla de su escritorio y derrama su vista sobre el verdor otoñal de esos árboles del jardín que le recuerdan la algarabía vegetal que estalla en sus tierras de Arauco. Extraña con pesadumbre la turbulencia de los colores, el agua de los arroyos, el canto de alondras y loicas, las liebres que se atraviesan en los caminos del bosque, esos pequeños puentes sobre el río que le roban azul al sueño del cielo, y el paso sedante de los trenes, y las reses dormidas en grandes galpones de madera, y los almacenes del pueblo con fotografías de Carlos Gardel y Libertad Lamarque pegadas en las paredes. Y más todavía extraña los rincones misteriosos de su casa, la cocina a leña, las castañas cocidas, el pan saliendo del horno, los caldos preñados de sabor a yerbas que alegran el paladar y la garganta igual que el vino, y por la noche ofrecen ese incomparable calor que ahuyenta los tiempos fríos. Pero lo que más extraña de todo es la familia, la mirada siempre tierna de la madre, el papá severo, soñador y cálido, las peripecias con su hermano Iván. Un año en Santiago y todavía le duele su mundo como si apenas hubiese partido ayer, ¿acaso la nostalgia dura para siempre? Un par de años antes lo mandaron obligados al Liceo de Victoria, y tuvo que arreglárselas en una pensión donde la comida era magra, la gente silenciosa y las noches largas más de la cuenta. Pero al menos podía treparse al bus los viernes por la tarde y antes de dos horas descender en Lautaro, lo suyo, los suyos, las ventanas, el molino de enfrente, los libros del estante. Soportó esos dos años porque estaba cerca, bajo el mismo cielo, con el mismo olor de la tierra mojada, la misma lluvia. Ahora era demasiado distinto. La universidad, la política, los automóviles, el ruido de las calles. No era posible viajar tan solo por el fin de semana, faltaba tiempo, faltaba dinero, era preciso esperar y esperar a que llegaran las vacaciones. Y no serían dos años, como en Victoria, sino cinco hasta obtener el título. Pero al menos Rubén lo acogía con cariño en su casa. Y al menos había encontrado unos cuantos amigos, fines de semana intensos, de mucha risa. Y ahora Priscilla hacía que los tramos del tiempo parecieran menos largos. Y tenía además este jardín como un fragmento a escala de la naturaleza,

árboles y plantas donde acudían alegres pájaros por las mañanas, mitigando su poderosa nostalgia.

-Hola-. La voz de Norita lo arrancó de sus pensamientos.

-Hola, linda...

-¿Me puedes hacer un favor?-. La chica llevaba un libro de tapa azul celeste y una pluma fuente-. Tengo que estudiar historia para mañana...Antes me ayudaba mi papá.

Jorge leyó, la miró con seriedad de profesor y le habló de los factores que detonaron el Renacimiento.

Nora lo escuchó con atención y le dijo:

-Gracias, Angelo.

-¿Gracias qué?

-Angelo. El otro día me dijiste que si quería te inventara un nombre. Te puse Angelo -dijo sonriendo.

## DOS

-¿Vas a salir esta noche, mi amor? -preguntó Mariela arrastrando las palabras hacia un territorio sensual.

Rolando dejó de teclear, se sacó la pipa de la boca, hizo girar la silla y contempló a su mujer en short y descalza, apoyada en la puerta de ese estudio en que había convertido el cuarto de servicio. Mínusculo departamento cuyo arriendo pagaban apenas con su ayudantía en la Facultad y las clases que hacía Mariela en un liceo nocturno de la comuna. Habían decidido casarse principalmente debido a que ya venía un segundo -¿o segunda?- en camino y total, llevaban dos años de pololeo y tres en el Departamento de Filosofía.

-Dame un beso -dijo Rolando.

Ella se acercó. Se trenzaron en ese beso, “huelas a tabaco”, “y tú a cebolla”, luego él, sin levantarse de la silla, refregó su cara en los pechos de Mariela. Con manos ávidas cubrió las nalgas y fue deslizándose el short hasta que sus dedos reptaron como serpientes inquietas calzón adentro.

-Pongámonos serios -dijo de pronto Rolando-. Tengo que terminar este artículo.

Le habían pedido un texto en favor de la liberación de Marcos Ana, poeta español que llevaba largo tiempo prisionero en las cárceles de Franco. Los intelectuales republicanos del exilio habían desatado una campaña mundial para la libertad de este hombre que empezó a escribir en la cárcel, capturado a los dieciocho años por combatir la sedición franquista.

-Esta noche no te escapas -sentenció ella.

-Si es que alcanzo a terminar. Tengo que llevarlo a casa de Fala-bella.

-¿De nuevo hasta las tres de la mañana?

-¡Bruja!

Se estamparon otro largo y retorcido beso y Mariela salió del “estudio”. Rolando volvió a encender la pipa, única posibilidad para escritores y pintores de fumar mientras ocupan las manos en lo suyo, decía siempre, y siguió dándole duro al teclado de su Hermes Baby, la máquina de escribir más barata que sus talentos habían encontrado.

Por sesenta años de prisión le conmutaron al poeta las tres penas de muerte a que fuera condenado, veinte años por cada una. ¿Saldría alguna vez? En todo caso, era preciso llevar adelante la campaña. Por la ventana, el tecleo y el humo escapaban hacia los castaños de la calle. Escribir era la libertad que más valoraba. Su libro *La verdad y otros textos breves* se había publicado en una edición artesanal mediocre, fea portada, demasiadas erratas, pobre, en resumen. Pero era su primer libro y algunos críticos lo elogiaron, así como elogiaron también aquel cuento suyo que poco antes apareció en la antología que había compilado Lafourcade para coronar unas lecturas públicas realizadas en la Universidad Católica. Los ganadores fueron aquellos que generaron más aplausos del público, y él figuró entre los aclamados, junto con José Donoso y Claudio Giacconi. Sin embargo, difería de los conceptos que algunos de esos autores emplearon para definirse en entrevistas, artículos y manifiestos. Eran sobre todo anti criollistas. Irreverentes también, y apolíticos, aunque varios de los participantes –Margarita Aguirre, Cassigoli– se habían mostrado bastante críticos frente a los rumbos que tomaba la política nacional, deploraban el enfrentamiento de la Guerra Fría surgida entre los dos sistemas que habían derrotado al nazi-fascismo en 1945, socialismo soviético versus imperialismo yanqui, guardianes del mundo. Escribir es lo que más le gustaba a este joven Rolando, y también le gustaba el hecho de que sus camaradas mayores, los encargados de la prensa clandestina, le pidieran colaboraciones, las que firmaba como “Rayo”. Libertad para Marcos Ana. Antes la campaña había sido por liberar de la silla eléctrica a los esposos Rosenberg, víctimas de la cacería de brujas del senador McCarthy, casi tan brutal como la que en el siglo diecisiete llevó a la horca a

diecinueve mujeres en Salem. Ahora fueron directores, guionistas y estrellas de Hollywood.

\*\*\*\*\*

Rolando terminó de leer su artículo en voz alta y esperó los comentarios.

–Creo que debieras incorporar algunos versos del poeta –dijo Jorge–. Son buenos.

–Eso le daría más fuerza a las razones para exigir su libertad –apuntó Falabella, superando su habitual dificultad para hablar–; pero creo que también falta un poco de información histórica sobre la guerra de España. Es importante recordar.

Rolando tomaba nota.

Manuel solo dijo que el texto le parecía bastante bien.

Priscilla no dijo nada.

Cuqui tampoco.

Bebieron una copa de vino tinto y despotricaron contra el hecho de que Chaplin, después de cuarenta años de residencia, se hubiera visto expulsado de los Estados Unidos debido a los excesos demenciales del fanático senador McCarthy. Después de otras copas, Cuqui insistió en leer varios poemas de amor de un libro recién editado en Argentina sin firma de autor. ¿No les suena a un poeta conocido?, preguntó luego. Jorge aseguró que se parecía mucho a Neruda. Quizás después del monumento histórico, geográfico, humanista y universal del *Canto General*, haya vuelto con pasión al tema del amor. La reunión terminó temprano, sin que nadie pensara en convertir ese día en sábado. El sábado se volverían a reunir, y sería sábado legítimo.

Al cruzar la Plaza Ñuñoa, Rolando deseó vehementemente que Mariela se hubiera dormido.

\*\*\*\*\*

En la esquina de Irarrázaval con Macul, Manuel esperó el micro Catedral. Era el único del grupo que vivía un poco lejos. Antes fue también vecino de Ñuñoa, pero un año atrás sus padres compraron una casita en la costa y apenas pudieron –trámites de jubilación, arreglos para dejar el lugar habitable, venta de algunos muebles imposibles de trasladar- partieron a Cartagena, dejándolo a él instalado en un mini departamento frente al Museo de Bellas Artes. Aunque se trataba de un “hogar” mezquino, él se sentía un tanto privilegiado con respecto a sus compañeros. Un ambiente, baño aceptable, cocineta para preparar el desayuno y freír un par de huevos o un bistec por las noches. Un closet mínimo, dos ventanas sin gracia. Oscuro. Pero total, él no pasaba ahí las horas del día, era su refugio para dormir, bañarse, flojear un poco algunas mañanas, estudiar en la noche y escribir. ¿Escribir? Casi nada, eso lo hacía los fines de semana mirando el mar cuando visitaba a sus padres, y también en los períodos de vacaciones. Su relación con ellos era cálida, amorosa, sin presiones ni exigencias, lo pasaban bien juntos. Por fin llegó el micro, pocos pasajeros, un tanto destartada. No le gustaban estos viajes nocturnos y tampoco lo hacía feliz llegar a la soledad. Estaba juntando algo de dinero, soñaba con un tocadiscos que le regalara por las noches la voz de Gardel o la de Lucho Gatica, y así dormir mejor. Contaba además con una cama extra, plegable, por si alguna noche el papá o la mamá debía quedarse en Santiago. Nunca venían juntos ya que no se animaban a dejar solos a los dos pekineses. La casa de ellos, “el buque” como la llamaban debido a la forma de su arquitectura, estaba situada en un lugar más o menos solitario. Junto al mar, sobre un risco desde donde se domina toda la bahía. El micro dobló por Manuel Montt hacia Providencia. Muy tarde para haber hecho escala en casa de los Ureta, la familia de la Vero, un bombón, un malvavisco por el cual se sentía más o menos loco,

aunque no entendía bien la razón, si apenas tenía quince años, estaba aún en el colegio y no sabía nada de nada. Entre los quince y los veinte, al parecer, hay mucha diferencia. Él cursaba una carrera, se había decidido a militar en la Jota, escribía, adivinando que escribir sería su destino, se codeaba con personas mayores como Rubén, Rolando, Falabella, sabios que parecían conocerlo todo. Ahí la Vero no hubiera tenido de qué hablar. Era preciso pulirla, elaborar un plan, llevarla a ver obras teatrales, a escuchar conciertos, inducirla a leer las maravillosas novelas que él iba leyendo, *Las uvas de la ira*, *Manhattan transfer*, *Los Thibault*. Interesarla en sus cosas, porque perderla, eso no. Mañana la llamaría a la hora de almuerzo y la iría a buscar al Manuel de Salas a la salida, caminarían de la mano, ella en su uniforme azul marino, sus zapatones de muchacho y los calcetines blancos, tan espléndida, rosada, sonriente, él con su chaquetón de cotelé y los mocasines que se había comprado en Juvens, una tienda donde se podían encontrar camisas de franela roja y pantalones color gris perla. En la casa, mientras tomaban té, escucharían música, y se mirarían un rato a los ojos antes de que ella se pusiera a hacer las tareas y él partiera a sus propios quehaceres. La “carreta” tardó alrededor de media hora en llegar a Providencia para enfilarse a Plaza Italia y Merced. Por suerte ya estaba pasando el frío. Días más largos, mañanas menos gélidas en la escuela. Pronto florecerían los árboles, pensó. Tiró la cuerda del timbre para indicarle al chofer que debía detenerse en la esquina, bajó, y caminó hasta su edificio, una mole de cuatro pisos sin ninguna gracia. No circulaba gente en las calles, los negocios habían cerrado, inclusive la pequeña fuente de soda donde algunas noches se tomaba un café. Le sorprendió ver a Collins sentado en las gradas que conducían a la puerta.

-Hola –dijo levantándose-. Te estaba esperando. Cogió un bolsón de cuero bastante gordo.

Era un compañero de curso con el que había hecho buenas migas, a pesar de que afirmaba con énfasis que la política es una mier-

da; no le creía nada a los gringos, pero tampoco a Nikita, ese pelado que había ascendido al poder tras la muerte de Stalin. En todo caso, tenía humor y por esa zona se encontraron. Estudiaba Letras a la fuerza, ya que su pasión era la música. Andaba siempre con una partitura a la mano y la leía como si se tratara de un libro, a veces silbando o tarareando la melodía que manaba de las figuritas negras.

Manuel miró el reloj, casi la medianoche.

-¿Me invitas un café? No tengo dónde dormir.

-Claro –dijo Manuel, metiendo la llave en la cerradura.

\*\*\*\*\*

Jorge abrió y entró con sigilo, no quería despertar a nadie ni tampoco que se dieran cuenta de que llegaba un poco tarde en día de semana. De la casa de Falabella había caminado con Rolando hasta la Plaza y luego tomó su propio rumbo. Al pasar por el Pipa Bar, en Irrarázaval, se le antojó apurar una última caña de tinto. No había nada en el mundo como los pechos de Priscilla y un buen vaso de vino. El barman le pidió su carné. Lo mostró con una sonrisita de suficiencia. Tenía cara de niño. Fueron tres las cañas, pero no se sintió afectado. Caminó casi volando el trecho que faltaba hasta la casa. Cruzó en puntillas el comedor y advirtió que en la pieza de reposo había una luz encendida. Se acercó para apagarla. La puerta estaba junta, adentro la niña Nora, de vestido azul, y un jovencito adolescente en casaca de gamuza, bailaban medio besándose. Jorge se retiró en silencio y subió a su habitación. Con el volumen muy bajo, puso un tango cuya letra a veces lo hacía llorar añorando el retorno a lo suyo, a lo verdaderamente suyo. Era como estar en casa allá en Lautaro, sentado junto a su padre escuchando la victrola al calor de la cocina, *volver con la frente marchita, las nieves del tiempo platearon mi sien*. Jorge escuchaba siempre a Gardel y revivía viejas horas infan-

tiles, pero a pesar de eso, no lograba entender lo que Lucho -una de las noches bohemias en casa de Falabella- había aseverado con tanta seguridad. “El tango es lo más importante que ha producido la cultura latinoamericana en este siglo, ya van a ver, pasará todas las fronteras”. Y no lo decía al azar, era resultado de seria meditación.

-¿Y el muralismo mexicano? –le preguntó Falabella.

-¿Y Rubén Darío, Vallejo, Neruda? –preguntó Jorge en tono de discusión.

-Ya van a ver – repitió Lucho, sirviéndose otra copa de vino-. Ya van a ver-. Como muy dueño de lo que decía. Era un tipo ceñudo, oscuro como su traje, o “como el olvido” de un tango que solía cantar cuando las copas hacían su efecto.

*Que febril la mirada errante en la sombra, te busca y te nombra*, terminaba el Morocho del Abasto. Grande Gardel, se dijo Jorge. Y se dijo que Norita era muy chica para andar besándose con un muchacho a media noche. ¿Que no estaba en casa la mamá?

## TRES

Únicos clientes en el segundo piso del salón Center, Macul con Irarrázaval, a pocas cuadras del Peda, frente a frente, Jorge y Miriam llevan un buen rato observándose sin decir palabra. Ella enciende un cigarrillo y bebe otro sorbo de café, da una pitada profunda y expira el humo hacia la pared cubierta por fotografías de pugilistas y afiches de toreros. Él no ha probado su pisco sour.

-De modo que así es la cosa -dice ella. *Eres un poco hombre, Jorgito -piensa-, un maricón sin ninguna consistencia. Para salirme con este guiso me perseguiste con tanto afán, tan enamorado, haciéndote el poeta triste, niñito consentido, cagón, escribiendo versos para ablandarme el corazón, llevarme a la cama, hacerme engañar a mi novio porque se secaba tu alma. La imaginación apenas te alcanza para las cursilerías que garabateas en tus cuadernos, sí, en realidad terminar es lo mejor, separar destinos, juntos no íbamos a llegar a ninguna parte, mucho más hombre que tú es el Marcelo, no entiendo cómo me dejé embaucar.*

-¿Qué más te puedo decir? -concluye Jorge y con el pensamiento le reprocha: "Tú tampoco diste ninguna señal de que quisieras llegar más lejos conmigo, ¿por qué no rompías con tu pituquito, ah? Claro, él profesional, y el casorio andaba mucho más cerca que conmigo, apenas en segundo de la carrera, provinciano, sin dónde caerse muerto. Tus padres te habrían desheredado, igual que en una novela rosa.

-Tan fácil como eso-. *Seguro que con tu nueva puta serán la pareja del año, Rodolfo y Mimi, ¿ya le has leído tus poemas? Ojalá que no muera de tuberculosis como la protagonista de esa estúpida novela que me hiciste leer, y yo la huevona hacerte caso, devorar rápido los libros que me pasabas para que así tuviéramos tema de conversación, ¿te conté, maricón, que bajaron todas mis notas semestrales mientras anduve contigo?*

-No sé qué más decirte. Las cosas son así. Empiezan y se acaban. Los amores eternos duran tres meses, pregúntale a Shakespeare. Lo

*que no te voy a decir, rubiecita rubensiana, es que Priscilla es mucho mejor que tú, seria, firme de carácter, decidida, profunda, y no un atado de frivolidad y coquetería, como tú. Tampoco te voy a decir que en unos meses me casaré con ella, porque viéndote los ojos sé que me podrías tirar el vaso por la cabeza, de manera que tampoco te contaré que este verano iremos a Lautaro para que la conozca mi familia.*

-Claro, eso no es novedad: empiezan y se acaban. *No te han contado todavía que tu musa anduvo unos meses puteando por los bulevares de París luciéndose con un tipo casado, un actor que la flechó cuando vino la compañía de Barrault el año pasado, si no lo sabes, en cualquier momento te llegará la copucha, niñito ingenuo, faldero, tú no necesitas una compañera, lo que necesitas es una mamá, pollerudo, inútil, no sirves para vivir.*

Jorge se rió para adentro y la miró a los ojos con pesadumbre.

-Tres meses, el amor eterno -dijo. Luego disparó la vista hacia la ventana, vio en la calle los ciruelos florecidos y se alegró.

\*\*\*\*\*

*Amigo Diario: estoy contenta por dos razones. La primera es que en las pruebas bimestrales me saqué un seis en castellano y otro en matemáticas, los ramos más importantes. La otra es que ahora estoy medio como pololeando con el Mario. Ayer viernes, sabiendo que mi mamá iba a llegar tarde, le pedí que viniera a verme, tenía un L.P. de Los Cuatro Ases y si quería podíamos bailar, total no me sentí mal porque a mi amiga ya no le gusta el Mario, ahora le gusta el tontón del Gustavo, qué raras son las cosas. Mario llegó como a las ocho y trajo varios 45 de Nat King Cole, qué dulzura ese negrito, darling je vous aime beaucoup, I love you, yes I do. Tomamos coca con hielo, nos pusimos a bailar a media luz y muy pronto juntamos las mejillas como hacen las parejas en las películas. En una de esas nos estábamos besando. Mario intentó estirar un poco las manos, pero no lo dejé, eso sí que no, dije, y me puse a tararear la música, "hey there, you with the stars in your eyes". De pololeo no hablé nada, pero supongo que si no hay declaración, un beso es el primer paso. Estuvo rico todo, y eso rico*

*duró hasta el momento en que se fue, como a las doce, un poco tarde, bueno, total vive a dos cuadras.*

*Lo malo, aunque debiera decir “lo bueno”, es que Angelo nos vio. Hoy en la mañana yo estaba en la mesa del comedor escribiéndole una carta a mi papá, y Angelo se deslizó como los gatos, apoyó los brazos en una silla al lado mío y, mirándome con una expresión medio burlona, preguntó si acaso mi mamá había llegado muy tarde. Como a la una, le dije.*

*-Y tú aprovechaste...*

*Sentí que me ponía roja y me temblaron un poco las rodillas.*

*-Es un amigo. De mi colegio.*

*-¿Y con todos tus amigos te comportas así?*

*-No.*

*Oye, Norita –me tomó una mano-. Yo no soy nadie para controlarte, pero ten cuidado, a veces los muchachos buscan otras cosas-. Me dio una mirada, completa, nerviosa, y me hizo un cariñito en la mejilla.*

*-No pienses que le voy a decir a tu mamá. Esto queda entre tú y yo.*

*Me gustó que hubiera visto a Mario besándome, porque la otra tarde, cuando celebré mi cumpleaños, mientras cantaba la Vereda tropical, él me miró como pensando que yo era una niñita de lo más fome. También me gustó esa mirada con que recorrió mi cuerpo. Y más que nada, lo que dijo antes de partir. Ahora teníamos un secreto.*

*Ah, también me puse contenta porque están floreciendo los arbolitos.*

\*\*\*\*\*

Manuel y Verónica caminan desde Plaza Ñuñoa hacia Avenida Grecia, tomados de la mano, el anochecer plácido de un sábado. Él le dice por tercera vez, con paciencia, que ella tiene que entender: militar en la Jota no es cualquier cosa, las salidas a propaganda por la noche resultan riesgosas, pegar carteles, pintar los muros, ir los do-

mingos a vender el diario a las poblaciones, casa por casa, todo eso lleva tiempo, él no puede llegar todas las tardes a tomar “oncesita” a su casa, escuchar algunos discos y ayudarle a hacer las tareas del colegio, ¿comprende? Es otra etapa la que está empezando a vivir, de que la quiere, sí, la quiere, es preciosa y él está loco por ella, pero esta noche la dejará en su fiesta y pasará a buscarla a las doce, porque le juró a don Fernando que antes de la una se la tenía de vuelta. Mientras tanto se reuniría con unos camaradas. No era del todo cierto, la verdad es que a Manuel no le atraía una fiesta de niños de catorce o quince que jugaban a las prendas, tomaban bebidas gaseosas y bailaban foxtrot, y otras tonterías, para nada, él prefería caminar unas cuadras más y parar un rato donde Falabella.

-Pero entra un rato –dijo la Vero cuando llegaron a la casa donde era la fiesta.

-Es que si entro, me van a dar ganas de quedarme –mintió Manuel con descaro-, y tengo que ir a esta reunión. Te vendré a buscar un poco antes de la hora para conocer a tus amigos.

Se dieron un beso largo, ella entró, y él partió caminando con las manos en los bolsillos hacia la casa del músico. Los sábados ahí eran famosos. Linda la Vero, pensaba, pero muy niña. La había llevado al teatro a ver “El tiempo y los Conway” y tuvo que explicársela entera cuando salieron. La invitó también a un concierto de la Sinfónica dirigido por Tevah y ella no hizo más que bostezar. Le prestaba libros que ni siquiera empezaba a leer... Pero, bueno, tenía una sonrisa de diosa, una voz sedante que entonaba las canciones de moda y un sex appeal a toda prueba, algo que latía y crujía en ella, un llamado como el de los manjares más sabrosos, y todo eso no se podía pasar por alto. Además, en su casa lo habían acogido a él como de la familia; cualquier noche que se apareciera, tenía un puesto en la mesa y don Fernando le servía dos o tres copas de vino porque ya no era liceano sino universitario, y proponía temas filosóficos y literarios para conversar, y la señora Raquel se portaba maternal y cariñosa. Una sola vez la Vero lo acompañó al depe, por la tarde, él había puesto



un disco de música polinésica muy plácida que le provocaba sueños dulces y lo hacía pensar en la Marina Vlady de “Antes del Diluvio”, cuando, terminada la guerra, ella y sus amigos del colegio quieren protegerse del mundo que los adultos han diseñado para vivir. Se dieron unos besos tendidos en la cama, pero cuando él intentó deslizarse una mano pierna arriba, ella dijo no, no que no quisiera sino que después le explicaría algunas cosas.

Aunque la brisa del anochecer septembrino no llegaba a estar fría, instaba a caminar rápido hacia la casona de Falabella.

\*\*\*\*\*

-Dos películas buenas en cartelera –dijo Butaco, crítico de cine para la revista “Vistazo”-. *Candilejas*, la coronación de Chaplin, y *Milagro en Milán*, neorrealismo italiano con algo de los cuentos de hadas.

-Yo vi la de Chaplin –dijo Cuqui-. Me gustó, tiene filosofía y la historia convence. Linda música.

En un extremo de la larga galería vidriada donde estaban reunidos, Jorge se defendía de un estudiante panameño, poeta también, y del pintor Orellana. Entre los dos le sujetaban los hombros, intentaban sacarle la chaqueta al parecer, mientras Jorge, entre risas, se resistía. Manuel se acercó al grupo. En el camino lo atajó Rolando, con un vaso de vino en la mano, para preguntarle si había visto *Candilejas*, fabulosa, dijo con su exageración napolitana, un Chaplin viejo explicando y justificando toda su carrera de bufo, ¿acaso necesita explicarse un genio? Pero todo estaba ahí, el cine mudo, la ternura de *El pibe*, la poesía de *Quimera del oro*, el maduro filósofo de *Monsieur Verdoux*, el crítico anticapitalista de *Tiempos Modernos*, el enamorado que siempre fue, tanto en sus películas como en la vida real, pero un enamorado viejo ahora, lleno de sabiduría, genial –repitió-, como

todo lo que hizo. Su despedida de Hollywood, incluso su partida fue un acto de ética política, tienes que verla, es arte, poesía, filosofía, política, ética, lo mejor, no te la pierdas. No le paraba la lengua a Rolando y en su entusiasmo elevaba la voz como para que otros lo escucharan y se sumaran a la conversa. Se les acercó una mujer delgada, treinta y ocho, cuarenta, Anuquita preciosa, dijo Rolando, te voy a presentar a un amigo que escribe cuentos igual que yo, igual que tú, y buenos también, a pesar de lo guagua que es. Se saludaron con beso en la mejilla y ella lo miró con simpatía.

-Me gustaría leer alguno de tus cuentos –le dijo-, anota mi teléfono...

Manuel siguió su camino y cuando llegó al grupo de Jorge, los otros dos ya le habían sacado a su amigo el vestón y le estaban arremangando la camisa a pesar de sus negativas. Uno de ellos, el panameño de Psicología sacó un cortaplumas del bolsillo.

-¡Manuel, me quieren tajar!

-¿Qué pasa? –preguntó Manuel tímidamente, sintiéndose como un intruso.

-No pasa nada, chico –dijo el panameño-, es que Gastón y yo ya mezclamos nuestra sangre, muéstrale, Gastón.

Gastón se recogió la manga y enseñó una cruz de sangre coagulada en el antebrazo.

-Carlos y yo ya somos hermanos de sangre –dijo-. Ahora nos falta mezclar con Jorge.

-No quiero –dijo Jorge.

-El no quiere ser hermano de sangre –repitió Manuel-. Y por efecto de alguna persuasión, Carlos y el panameño desistieron.

Más vino.

En su silla de ruedas, el dueño de casa, se paseaba de un grupo a otro, hacía sus brindis, conversaba un poco, reía. Su casa era no solo generosa, sino también opulenta. Una renta heredada le permitía a Falabella vivir con holgura y convertir su hogar en sede de

jóvenes artistas, intelectuales, estudiantes inquietos que no tenían dónde caerse muertos. Gobiernistas, no. Pro imperialistas, no. Escepticos, sí. Nihilistas, sí. Izquierdistas militantes, sí. Derechistas, dudoso. Qué diablos, así estaban las cosas, el mundo dividido en dos bloques irreconciliables que podían llevar al desastre. Era preciso tomar partido, todos caían inevitablemente en el juego. El último presidente, el anterior, elegido por una mayoría de centroizquierda –el “traidor”-, se había cambiado de tienda para seguir como un borreguito la política de Washington y le había dado la espalda a sus salvadores, poniéndolos fuera de la ley, reprimiéndolos, relegándolos a regiones inhóspitas, si hasta el propio Neruda -no se cansaba de alegar Falabella- tuvo que arriesgar su fuero parlamentario cuando pronunció ese famoso “Yo acuso” y debió huir de Chile para evitar que lo encarcelaran o lo relegaran a Pisagua, donde se abría el primer campo de concentración, a caballo huyó, cruzando la cordillera, un hombre mayor de cuarenta, obeso, no acostumbrado al más mínimo ejercicio, eso era valor, carajo, ¿comprendían? A pesar de las dificultades para hablar que generaba su enfermedad, Falabella era un apasionado orador.

Cuqui había conseguido una guitarra. Se sentó en la mecedora y de pronto casi todos los comensales estaban cantando *Dime dónde vas, morena, dime dónde vas al alba*. Jorge también cantaba y Manuel lo miró interrogante, ¿no venía de Lautaro, plena Araucanía, la frontera? Jorge le explicó entonces que su padre sabía todas las canciones de la guerra civil española y que en su casa se cantaba no solo esa, también “El ejército del Ebro”, “Los cuatro generales” y “Si me quieres escribir, ya sabes mi paradero”. Manuel también cantaba. Se las sabía todas por sus padres, que vivían en Madrid cuando estalló la guerra civil. Consultó la hora, tenía que ir por la Vero, aún le quedaba un rato. Anuca se le acercó.

-¿Vives lejos?

-En el centro, cerca de Bellas Artes.

Ella se dio media vuelta.

-Por favor, súbeme el cierre, a cada rato se me baja-. Era el cierre del vestido, que al parecer se iba deslizando desde la nuca hasta casi la cintura. Manuel lo subió-. Si no te vas muy tarde, te puedo llevar, tengo auto.

Diablos, una mujer bonita, alegre, elegante y además con auto, se dijo Manuel.

-Gracias, Ana (¿Ana? ¿Se le habían subido también las copas?), pero es que tengo que pasar a otra parte.

Ella pareció decepcionada.

-Bueno, recuerda que me interesan tus cuentos... Ay, ya se está corriendo este maldito cierre, ¿me lo subes?

\*\*\*\*\*

Con las manos embutidas en los bolsillos del pantalón, un paso ligeramente vacilante y silbando “Los cuatro generales”, que no quería despegársele, Manuel camina unas cuadras y llega hasta la puerta de la fiesta. Abre una empleada de uniforme.

-Buenas noches, vengo a buscar a Verónica.

-¿Desea pasar, o le digo que salga?

Manuel entró. Quedaban pocas personas en la reunión, muchos y niñas quinceañeros ocupando los sillones del salón, cansados o aburridos, le pareció, escuchando cancioncitas de moda, todas en inglés, *made in USA*, algunos globos dando tímidos botes en el suelo, cornetas de cartón diseminadas. Se le acercó una chica, Gladis, ya la conocía, se la había presentado la Vero una tarde a la salida del colegio.

-Hola, Manuel –dijo, mirando hacia la zona donde estaba la mesa de comedor arrimada a la pared, junto a la cual un señor y una señora permanecían sentados muy erectos, contemplando la realidad-

Te presento a mis papás-. Manuel saludó correctamente evitando expirar para no revelar el tufo a vino que debía tener-. La Vero está en la otra sala, ven...

En un ambiente semi oscuro, dos o tres parejas bailaban una de esas piezas melosas y lentas, estilo Nat Cole. La Vero y un tipo larguirucho, moreno, de pelo rizado, eran una de esas parejas.

-¡Manuel! -dijo ella, desligándose del abrazo-. Te presento al Negro Gutiérrez, un compañero de curso.

Hola, Negro, hola, Manuel, se dijeron. Después Vero empezó a despedirse, dar las gracias, decir que todo había estado muy bueno.

Tomados del brazo Vero y Manuel caminaron hacia la Plaza Ñuñoa. Eran las 12. 40 y a esa hora los micros no pasaban con demasiada frecuencia. Se sentaron en un banco frente al cine Dante, mirando a la avenida Irarrázaval, esperando la Catedral-Manuel Montt. Ella le tomó la mano, diciendo que no se preocupara, estaban bien de hora, diez minutos más, diez minutos menos no eran importantes, el papá no haría cuestión.

-No quiero fallarle a don Fernando -dijo Manuel-, y además hay algo que tengo que decirte, no vayas a creer que no me gustas o que no te quiero, porque sí me gustas y sí te quiero, y te encuentro preciosa, rica, una fruta fresca, pero lo nuestro no va a resultar, no todavía, nos separan varios años y nuestros intereses van por lados diferentes, la verdad es que yo no habría aguantado ni veinte minutos en tu fiesta, y si tú hubieras ido conmigo a casa de Falabella, te habrías lateado más que en el concierto, ¿te das cuenta? No hay por dónde, mis actividades me dejan poco tiempo y el tiempo mío libre no coincide con el tuyo, tú tienes que tomar once, hacer tareas, llevar un orden, sales de clases a las cinco, ¿cómo coincidir?-. Habían llegado otras personas, hombres y mujeres, al paradero de los micros, alegres, canturreando. La noche caía oscura, la iluminación de la Plaza era tenue, y de pronto se escuchó nítido un motor micrero. Ojalá fuera la Catedral-Montt-. De manera que por supuesto nos seguiremos viendo, la amistad no se termina, iré a tu casa algu-

nas noches, pero no vamos a seguir pololeando, no tiene sentido, al menos por ahora, quizás más adelante. Subamos, es nuestro micro-. Al momento de levantarse ambos, Manuel se dio cuenta de que la Vero estaba llorando. Subieron, había asientos de sobra, él le tomó la mano con ternura y la apretó-. Es lo mejor -dijo, y sintió un poco de mareo, algo como nauseas. Demasiado vino, quizás.

Recuperándose, mientras el micro hacía su parada en Pedro de Valdivia, le contó también que tenía un alojado en su depe, Collins, que unas noches antes se dejó caer lloriqueando porque no sabía dónde dormir, se peleó con su madre y ella lo echó de la pieza que compartían en una pensión, unas noches no más, pidió, mientras encontraba trabajo, algunas horas de clases que le habían ofrecido en un colegio, pero ya llevaba varios días y era un tipo desordenado y medio fresco, usaba sus camisas, sus chaquetas, se daba largos baños de tina que los hacían partir atrasados a la universidad, y cuando estaba en el depe, tocaba incesantemente melodías en una maldita *tonette* que le ponía los nervios de punta y no lo dejaba estudiar, pero qué hacer, ¿podía echar a un compañero a la calle? El micro había doblado por Montt, tres o cuatro minutos más y llegaban.

\*\*\*\*\*

Después de una hora entonando canciones de la guerra española, de zamparse unas empanaditas de queso que Falabella había mandado preparar y de beber bastante vino, de conversaciones locas e invectivas contra el estado de cosas, Rolando le dio dos o tres golpes de cuchillo a una botella y esperó que los comensales guardaran silencio para anunciar alegre y operáticamente que Jorgito había terminado de armar su primer libro, que sería editado muy pronto, y deseaba leer tres o cuatro de sus poemas para los amigos. Algunos no pusieron buena cara, latas no, dijo alguien. Pero Jorge se instaló bajo una lámpara, sacó unas hojas del bolsillo interior de su chaque-

ta y con voz tímida comenzó su recital. “Otoño secreto”, saludar los platos y el mantel puestos sobre la mesa, y ver que en el viejo armario conservan su alegría el licor de guindas que preparó la abuela y las manzanas puestas a guardar. “Imagen para un estanque”, ventanas golpeadas por el viento en las casas desiertas, reflejos del sol en el dedal de la hermana, la leña que se quema en la chimenea, claros guijarros lanzados al río por un ciego. “Un jinete nocturno en el paisaje”, mi abuelo tiene voz profunda, aprendida del tiempo. El campo está solo, tembloroso. Y él lo mira. La mañana tiene olor a pan amasado. La ropa recién lavada dice “adiós” en los patios. “Chiquilla”, del árbol de la tarde cereza o manzana eres. Tu delantal a cuadros vibra azul en el patio..

Muy buenos, dijeron al unísono, buena dosis de frescura, un adolescente de mil años sueña un presente que se vuelve pasado, la lucha con el tiempo, es el sur, siempre el sur, Neruda, Juvencio Valle, aunque ahora no tanto el sur de los bosques y la lluvia, sino el de la infancia.

-¡Eso es! –gritó Rolando con entusiasmo. Es poesía lárca, como dijo Rubén, la nostalgia de un pasado irrecuperable que sin embargo sigue ahí.

-Un brindis por el poeta –propuso Cuqui-. Ese libro tiene que publicarse.

-¿Cómo se va a llamar? –preguntó Ana.

-“Para ángeles y gorriones” –dijo Jorge.

El grupo volvió a desmembrarse, algunos fueron hacia el vino, otros hacia las empanadas. Ana fue hacia Jorge. Le dijo que sus poemas le habían parecido maravillosos, con mayúsculas, sin exagerar, MARAVILLOSOS. Después le pidió que por favor le subiera el cierre posterior del vestido, al que porfiadamente le daba por bajarse.

## CUATRO

Cuando el sol comenzaba a caer, después de bastante conversa y algunas copas de vino, masticando también un charqui llegado del sur, Jorge y Rolando decidieron partir, cada uno a lo suyo. Jorge tenía que ver a Priscilla y Rolando debía juntarse con Mariela en la puerta del cine Oriente, iban a ver *Un tranvía llamado deseo*, con un tal Brando, y Vivien Leigh, la hermosa Scarlett O’Hara de *Lo que el viento se llevó*. Dirección de Kazán, por añadidura.

-El soplón -dijo secamente Rubén, sirviéndoles la copa del estribo-. Cantó como canario y delató a sus colegas y compañeros en este asunto de los “diez de Hollywood”, quedó como chaleco de mono para que McCarthy no fuera a lastimar su carrera. Se vendió por un plato de lentejas. Pero es buen director, ¿me comprende?

Rolando parecía animado por el elogio que el Cara de Hombre había hecho de su artículo sobre Marcos Ana, si bien le criticó la falta de una selección de poemas, gran poeta, sostuvo, trae toda la fuerza de sus predecesores, Lorca, Miguel Hernández, Altolaguirre. Se tomó la del estribo.

Jorge, de pie, sonreía, copa en mano, contento también de que Rubén, después de leer algunos de los poemas que iba a incluir en “Para ángeles y gorriones”, le hubiera dicho que sin duda en un tiempo más su nombre aparecería en las enciclopedias. Salud, Rubén, gracias por todo.

El único que no parecía muy contento era Manuel, se notaba tristón, cabizbajo, desconcentrado, qué te pasa, había preguntado el Cara de Hombre y él dijo que nada, sabiendo que eso no era verdad, que sí le pasaba algo, estaba arrepentido como los pecadores de haber roto la relación con su pololita, pensaba en ella night and day como un obseso, algunas noches no pegaba los ojos recriminándose iracundo por haber sido el campeón de los huevones, perder esa rosa, su frescura, su misterio. Él no estaba tomando la copa del es-

tribo, porque no quería partir todavía, por nada iba a pasar a casa de la Vero después de la última conversación, y aunque Collins ya había encontrado dónde irse, sentía muy pocas ganas de llegar temprano a su departamento. Se despidió de ambos amigos. Nos vemos mañana, le dijo a Jorge. Ellos partieron.

-Este niño es un verdadero talento –farfulló Rubén, sirviéndose otra copa-. Su padre no lo creía, pero yo se lo aseguré hace tiempo, cuando hice clases en Victoria-. Tiene una voz poética original y potente, de tonalidad lárca, ¿haz leído a Lubicz Milocz? ¡Qué lo vas a haber leído! –concluyó.

Sonó el timbre. La señora Leontina fue a abrir. Entraron a la casa dos hombres y una mujer. Rubén hizo las presentaciones. El tipo más grande, macizote, de buena barba y cejas gruesas, era Coloane. Manuel había leído algunos de sus cuentos en el colegio, recias historias de témpanos, canales, islas solitarias, lanchas meciéndose al viento, fareros. Al otro, de estatura baja un poco calvo, sonriente y afable lo apodaban Eslabón. La mujer era Regina, pequeña y muy delgada.

-¿Todo listo, Rubencito? –preguntó ella.

-Tómense un trago de vino y partimos –replicó el Cara de Hombre-. Tengo un tarro grande de engrudo y uno de pintura roja, con tres brochas. Los carteles llegaron. Vamos a ir a la zona del Estadio Nacional.

Después Rubén, apartándose un poco, se dirigió a Manuel. Que no dijera nada de lo que estaba viendo y escuchando, ¿comprendía, o no entendía lo que estaba diciendo? Lo que iban a hacer se llamaba “salir a propaganda” –siempre como hablando a sus alumnos- y era clandestino, si los pillaban, podían ir a dar a la cárcel, de manera que shhhhh, hizo un gesto apretándose ambos labios con dos dedos, como si estuviera sellando la boca con un candado. Manuel no le dijo que ya sabía lo que era eso, que había ingresado a la Jota y que pronto le tocaba a él una salida a propaganda con los compañeros de su célula. Pensó que lo mejor era irse, para tranquilidad de todos, y se despidió de cada uno. No te pierdas, le dijo el Cara de Hombre.

Estaba oscureciendo, de la cordillera se veía tan solo una larga silueta sombría. Caminó hacia Irarrázaval, pateando las piedras del camino, mirando al cielo con desconfianza, pensando que era un huevón de tomo y lomo por haber perdido lo que había perdido. No es que no hubiera intentado recuperarlo, pero todos sus tiros fallaron, ella estaba saliendo con el flaco ése de la fiesta, su compañero de curso, el negro Gutiérrez, ¿era posible? Un mocoso que no conocía aún la hoja Gillette. Decidió embarcarse hacia el depe y dedicar parte de la noche a escribirle una carta a la Vero explicando algunas cosas.

*Esa noche yo estaba muy mal, mi amor, por eso hice lo que hice, dije lo que dije, me habían ocurrido dos o tres cosas de esas que dejan huellas, y mi ánimo andaba por los suelos, te lo puedo contar todo porque te quiero, deseo que vayas sabiendo lo que me ocurre, no te imaginas cómo me he ido acostumbrando a ti, pasar un rato por tu casa todas las tardes y escuchar contigo al negro Cole con sus dulces canciones, ver tu sonrisa, deleitarme frente al óleo donde tu tío dejó grabada la misteriosa luz que esconden tus ojos, y hablar de James Dean en “Rebelde sin causa”, que te tiene loca para mal de mis celos, y algunas noches quedarme a cenar como huésped ilustre de la familia, y salir contigo al teatro, a los conciertos, al cine, “desasnarte”, como una vez te dije.*

Lo primero ocurrió la noche del viernes anterior. Eran las ocho y yo me había puesto el terno azul, una camisa a rayas de cuello italiano y una corbata tejida, porque se realizaba una gran fiesta en la Escuela de Periodismo y uno de mis profesores me había invitado, insinuando que yo era candidato firme a una ayudantía en su cátedra. Resulta que cuando estaba casi listo para partir, suena dos veces el timbre del depe –así era el acuerdo- y acto seguido entra mi padre con su llave. Se veía cansado, un poco pálido, pensativo. Papá, le dije, ¿estás enfermo? Respondió que no, venía de una reunión muy larga y se quedaría esa noche a alojar. Me puso en aprietos ya que a la cama plegable tenía que llegar a dormir Collins, ¿qué hacer? Escribí una nota explicándole a mi “amigo” la situación, tendría que buscarse otro lugar. ¿Y por qué tan “chute”? me preguntó mi padre.

Le conté que estaba invitado a una fiesta y al despedirme de él tuve la mala ocurrencia de hacer un gesto con la mano y la cabeza para indicar que habría trago en abundancia. Clavé la nota para Collins con un chinche en la puerta y partí.

No soy bueno para el baile, quizás por tímido, pero ahí en Periodismo advertí que después de un par de tragos mi ánimo se envalentonaba y entonces me convertía en un tipo como Clark Gable, sin inhibiciones, capaz de sacar a la pista hasta a la misma Brigitte Bardot, de manera que me eché al buche la tercera cuba, sin haber comido, y la cuarta, pero en lugar de salir a bailar, di con los huesos en el suelo, perdí la conciencia y no sé que más pasó, solo que como a las tres de la mañana, dos compañeros, uno de los cuales sabía mi dirección, me depositaron en calidad de estropajo en brazos de mi padre que, consternado, abrió la puerta para encontrarse con la sorpresa de que tenía un hijo borracho. Pero fue un exceso sumado a mi falta de experiencia con licores fuertes, porque aparte de vino y cerveza casi nunca había probado nada. A la mañana siguiente, cuando mi padre se despidió, al partir a tomar el bus para Cartagena, no me dijo nada, pero me miró con tristeza y eso me dejó muy mal. Él jamás me reprimía, nunca merecí su castigo. Pero acusaba los golpes, y yo le había asestado uno.

*La segunda causa de mi bajoneo es que la novela que estoy escribiendo no me resulta, tiro páginas y páginas al canasto y no puedo lograr lo que deseo decir. Estoy seguro de que la causa es el hecho de que Collins llevaba más de dos semanas en el depe y, aunque somos bastante amigos y tenemos un humor afín, me irritaba su presencia forzada en lo que ya a duras penas podía llamar mi casa. El tipo llegó sin siquiera un maletín con su ropa, de modo que se ponía mis camisas, una chaqueta de Harry's tweed que tengo, las corbatas. A veces yo volvía por la noche con hambre, dispuesto a freírme un bistecuito, y él ya se había comido la carne. Por las mañanas se premiaba con unos baños de tina tan largos que, para llegar a tiempo a clases, yo no me alcanzaba a dar ni una miserable ducha. Después de la visita de mi padre, se me ocurrió una tarde decirle que por razones médicas —inventé— el viejo iba a tener que venir seguido a Santiago, y que por lo tanto, él debería buscarse un lugar, una pensión, o volver con su madre,*

*qué sé yo, y le di dos días de plazo, ya que al tercero —mentí— venía otra vez mi padre. Me trató de mal amigo, de maricón, de burguesito, ¿te das cuenta?, pero lo importante es que se fue y pude cantar victoria. He seguido escribiendo mi novela y creo que va mejor.*

*Entonces llegó el sábado de tu fiesta y mi ánimo andaba a la altura del unto. Después de dejarte, fui a la casa de Falabella para hacer tiempo, tomé unas cuantas copas de vino y, bueno, pasó lo que pasó. Te pido perdón, fui un bruto, pero ahora soy el Manuel que tú conoces, y te quiero y deseo ansiosamente volver a estar contigo, besarte, tocarte, escuchar "Mister Sadman", lavar juntos los platos por la noche.*

Ten piedad, pensaba concluir, pero prefirió frenar el lloriqueo.

\*\*\*\*\*

Se juntaron en el Saint Leger de calle Agustinas, un bar de los buenos, no tan pituco como el Lyon D'Or o el City, pero también en pleno centro, cerca del departamento de Manuel, de los mejores lugares para servirse unas cuantas cervezas, un par de cañas de vino o cualquier trago mayor, si es que había dinero. Pero dinero no había, de modo que lo más barato resultaba un par de pilseners y una pichanguita para que los grados de alcohol no hicieran de las suyas. Aunque a esa hora los comensales no eran muchos, la bulla reinaba: los golpes de cacho resonaban sobre las mesas y luego se escuchaba el rodar de los dados.

Primero Manuel lloriqueó un poco por las consecuencias de la torpe decisión de romper con su polola chica, la Vero. Dormía poco, se desvelaba, ¿me comprende? Se le estaba pegando esa maldita mulletilla del maestro Rubén, sí, Jorge comprendía, las rupturas son algo muy difícil, ¿en qué momento se jodían las relaciones? Él también había padecido una, con Miriam, aunque en su caso no estaba en absoluto arrepentido porque la verdad neta es que Priscilla no tenía parangón. Se desvelaba, insistió Manuel, pensando en la chiquilla y

por más maniobras que fraguaba para volver con ella, nada producía buenos resultados, ni sus cartas, ni los ruegos, ni mil promesas, todo se estrellaba contra un muro de concreto armado, así era la fuerza de voluntad de la Vero, hasta que una noche mientras lavaban los platos de la cena y don Fernando discutía cuestiones de orden filosófico con un amigo de Xime, ella le contó la firme, no es que él no le gustara, sí le gustaba, pero no podía, o más bien no quería volver porque estaba segura de que tarde o temprano terminarían acostándose, él era más grande, y ganas de eso no le faltaban a ninguno, y la cosa es que no estaba dispuesta a provocarle sufrimientos a su padre después de lo que había pasado la noche en que Fernán fue a buscar a la Xime para salir y el papá preguntó si volverían tarde, que no fuera muy tarde, dictaminó autoritario, y Fernán respondió con saña que sí, que volverían muy tarde porque iban a ir a un motel que estaba un poco lejos, y la pareja partió entre risas, y algo más tarde Vero encontró a su padre llorando solitario en el patio, ¿entendía? Verlo así le partió el corazón, no estaba dispuesta a provocarle más angustia, y con el Negro Gutiérrez eso no iba a pasar, a él ella podía manejarlo, llevarlo por aquí, por allá, sin que la cosa llegara a mayores, de manera, Jorge, que estaba en la cuerda floja, no había por ahora vuelta atrás, él mismo había cavado su tumba aquella noche después de la fiesta de imberbes, en plena Plaza Ñuñoa, sobre un banco que miraba a Irrarázaval, por donde pasaban los micros.

Y Jorge también le contó que aquella misma noche en casa de Falabella, después de leer algunos de sus poemas, se le había acercado esta mujer Ana para felicitarlo, preguntarle si tenía más poesías escritas, le gustaría conocerlas, y pedirle que la acompañara a comprar cigarrillos, se les habían acabado a todos y se moría de ganas (no dijo de qué), tenía que haber más de un lugar abierto en avenida Irrarázaval, por algo era noche de sábado. Jorge accedió y, después de subirle el cierre posterior del vestido, que a cada rato se resbalaba, partieron en un pequeño Fiat negro –qué lujo, por ahí nadie gozaba el privilegio de un auto- y cerca de Los Guindos encontraron un lugar, compraron dos cajetillas de Liberty y regresaban a casa de

Falabella cuando en las inmediaciones de la Plaza Ñuñoa ella detuvo el auto en un rincón oscuro y encendió uno, le expiró el humo en la cara y dijo ya se me bajó este maldito cierre, y al deslizarlo él hacia arriba, ella tiró el pucho por la ventanilla, le tomó el vientre con ambas manos mientras se enredaban en un beso frenético y bajó su mano derecha para agarrarle con firmeza lo otro. Después del beso ella sugirió no volver donde Roberto, vamos a otra parte, y partieron hacia un hotel no muy lejos, un lugar increíble, exclamó Jorge, deslumbrante, se entra por unos portones ocultos, se mete el auto a un box y ahí llega desde dentro una señorita con una de esas linternas que apenas lanzan un hilo de luz para guiarlos por pasadizos secretos hacia la habitación, y la habitación ni hablar, un cuadro de Dalí, un sueño, fuera de toda realidad. Cama enorme, los dos desnudos a media luz, los cuerpos se reflejan en un gran espejo embutido en el techo, un pisco *sour* doble sobre cada velador, ella montada sobre él cabalgándolo frenética y repitiendo la frase cómo me calientas tú, cómo me calientas tú, y después bombeando de lado y todavía después en la posición más normal, la del misionero que llaman, montado él ahora y dale, dale, dale, pero Jorge no se podía librar de la imagen de Priscilla, dale, dale, y no acababa nunca porque no estaba ahí, en ese lugar, no acababa nunca, mientras que ella se había retorcido gimiendo en tres o cuatro ocasiones, ay cómo me calientas tú, gritaba, y él pidiéndole perdón, es que no me puedo concentrar, y ella que está bien, no te concentres, sigue, sigue, y él seguía, siguió hasta que la misma Ana se fue aquietando sin que a él le hubiera llegado el orgasmo, porque los orgasmos, pensó, eran exclusivos para Priscilla. Pero lo peor es que la vieja, bueno, vieja no era, en verdad era rica, quería seguir viéndose con él, él no, para él fue una vez y punto, sin embargo ya habían tenido un segundo encuentro, sí, era una fiera, no podía negarlo, y la cosa había resultado igual, buena para ella, mala para él. En todo caso, los pisco sour y los canapécitos que ofrecía el hotel valían la pena y, además, era ella quien pagaba.

-Mucho hueveo, compañero –dijo Manuel.

-Mucho hueveo –repitió Jorge-. Pidamos la otra.

-Y la cuenta. Deberíamos concentrarnos más en el estudio.

-Y en la escritura.

-Y en la política. Según Rubén, la cosa se está poniendo mala. El viernes hay salida a propaganda.

Pidieron una cerveza más y la noche se acortó. Después, cada quien para su casa.

\*\*\*\*\*

*Hola Diario: por suerte está empezando el calorcito, ya me tenían loca esas lluvias que se descargaron en septiembre después del dieciocho. La mañana estuvo soleada, tibia, y una se levanta con ganas de dar saltos. Además es rico que oscurezca más tarde. El lunes fuimos a la popular del Rialto con el Mario. Nos sentamos en la última fila y del "Gran Carusso" no vimos ni los títulos, claro que de todas maneras oíamos las canciones. Dejé que me rozara los pechos, que se me están notando un poco más, pero cuando quiso deslizar la mano por debajo de mi pollera, le dije que lo iba a dejar plantado ahí mismo. Se calmó mansito, de manera que "Escuela de sirenas" la vimos entera, linda la Esther Williams nadando entre flores, realmente una sirena. También a Mario le ha dado con insistir en que mi mamá no debiera tomar pensionistas hombres. Como que no le gusta que Angelo ande por ahí. Le pone mala cara cuando se cruzan, y una vez hasta llegó a decirme que si él se propasa conmigo le va a sacar la cresta. Estúpido. Si el Angelo es un pan de Dios con los ojos tristes. Descubrí que aunque pueda estar contento, haciendo una broma, riendo, su mirada tiene siempre un dejo de tristeza.*

*El domingo Angelo se quedó en cama. Tuve que llevarle el desayuno y el almuerzo. Le pregunté si estaba enfermo y dijo que solo un poco a mal traer, algo golpeado, y en verdad tenía la cara hinchada y uno de sus ojitos se veía fatal.*

*-¿Qué te pasó, Angelo?*

*-No preguntes tanto, niña.*

*Y me pidió que le telefonara a un tal Rolando para decirle que él estaba bien, solo eso, que estaba bien. Cuando le llevé el almuerzo, había puesto un disco en el pick-up que se compró hace poco. Es Carlitos Gardel, me dijo, el Morocho del Abasto, el Zorzal criollo, el Mudo. ¿El mudo? Puse cara de pregunta y me senté a los pies de la cama para escuchar al famoso Carlitos. Murió el mismo día en que nací yo, siguió Angelo, 24 de junio, 1935. Es grande. Nadie ha cantado como él. Y en verdad el tipo canta bien, aunque sus temas me parecen un poco lúgubres.*

*-Cuéntame qué te pasó, Angelo –volví a preguntar, porque daba la impresión de que le hubieran dado una tunda.*

*-No seas preguntona. Anoche me metí en un lío, eso es todo.*

*Moví la mano y sin querer la posé sobre uno de sus pies. Lo miré, daba pena el pobre, le sonreí, como queriendo decirle que me había equivocado, pero no saqué la mano. Ni el corrió el pie.*

*-Me gusta –le dije.*

*-¿Mi pie?*

*-No. Gardel*

*No me atreví a preguntarle por esa poesía. Una tarde, cuando Angelo salió, yo creo que a ver a una polola, entré a su pieza y empecé a intrusar en sus cuadernos. Me encontré con un poema fechado hace pocos días. Se llama "Chiquilla". Me gustó tanto, que fui a buscar un cuaderno mío para copiarlo. Lo leo todas las noches y se me metió en la cabeza la idea de que esa "chiquilla" soy yo. "Del árbol de la tarde cereza o manzana eres./ Tu delantal a cuadros vibra azul en el patio". Así empieza, y yo justo tengo un delantal azul a cuadros y él debe haberlo visto. Azul es el color que más me gusta. "Tú eres tan pequeña que el viento se hace niño/ para jugar contigo igual que con la avena", dice en otra parte, ¡qué lindo!*

*Volví a sacarme un seis en matemáticas, y en castellano subí a siete, el ramo que más me gusta. Esta tarde le voy a escribir a mi papá para contarle, aunque sé que no me va a contestar. Todavía no me ha dicho nada sobre pasar las vacaciones de verano con él.*



## CINCO

-Para estudiantes y profesores el veraneo es distinto que para el resto de los mortales –pontifica Rubén el Cara de Hombre, haciendo volutas con el humo de su Cabañas-corcho y escrutando uno a uno los ojos de sus comensales, ceño fruncido como siempre, expresión severa, voz lijosa-, ¿me comprende?-. Detiene su mirada en Rolando.

-Yo creo lo mismo, Rubén –dice Rolando sosteniéndole la mirada.

-¿O no entiende lo que le digo?

-¿En qué sentido distinto? –pregunta Jorge.

-¿A cómo estamos hoy? –pregunta el Cara de Hombre.

-Dieciocho de diciembre –responde Manuel.

Rubén le dirige a éste la mirada.

-¿Diste ya todos tus exámenes?

-Todos.

-¿Te quedó alguno para marzo?

-Ninguno.

-Eso quiere decir que desde este momento hasta casi mediados de marzo no tendrás otra actividad que la que tú mismo te inventes. Medio mes de diciembre, enero completo, todo febrero, unos diez días de marzo: ¡tres meses! ¿Me comprende? Tres increíbles, largos, fabulosos, inverosímiles, irremplazables meses, ¿quién goza de un privilegio así? Fecundos. ¿Fecundos? Depende.

-Estudiantes y profesores –dijo Rolando.

-Un privilegio.

-Profesores y estudiantes.

-Voy a llenar la jarra-. El Cara de hombre se levantó y caminó arrastrando las pantuflas hasta el barril donde reposaba ese pipeño blanco de Cauquenes que sin duda habría sido mejor compañía

para unas almejas al matico, picorocos al vapor o un plato de erizos, que para estas longanizas chillanejas que le habían enviado unos ex alumnos dueños de carnicería, pero la longaniza estaba sabrosa y, además, a caballo regalado no se le miran los dientes, y poca plata se conseguía en estos tiempos de inflación galopante, cesantía, violencia. Volvió con la jarra llena a su asiento. Se había derramado vino en ese overol gris de tela tosca como el que usan los gasfiter-. Lo importante –continuó- es no malgastar el tiempo, no dedicar esas maravillosas horas al *dolce far niente*, sino intentar al menos un uso creativo de ellas-. Iba rotando su cabeza para mirar fijo a cada uno como si fueran alumnos en una clase, se detuvo ahora en Manuel-. Fortalecer el espíritu, ¿me comprende? Aprender, aprender más, vivir experiencias fundamentales, meterse de narices en los clásicos, ¿has leído *El Quijote*, *La Araucana*, *Hamlet*?, escuchar buena música, pensar también, meditar, ir sacando algunas conclusiones sobre el significado de la vida, viajar, y crear, en el caso de ustedes que son poetas, cuentistas o qué sé yo. Meter las narices en la realidad, detectar la mierda, encerrar el mal que se agazapa tras una sociedad hipócrita, conservadora, pechoña, indiferente a la injusticia, encontrar los caminos para cambiar el mundo, pero no se revuelquen en el ocio como chanchos en el barro, igual que tanta gente, ¿me comprende? Por eso somos un país mediocre. A ver, sírvanse otra copa, y que cada Caballero de la Bola Azul haga un brindis y nos cuente con detalles el magnífico verano que le espera, como si proyectara una película.

\*\*\*\*\*

-Mis vacaciones serán sin Aristóteles, Nietzsche ni Heidegger. Pienso hacer el recorrido chilote según los consejos de Rubén –dijo muy ufano Rolando, recordando el mapa, los nombres, el orden, todo lo que el Cara de Hombre había diseñado para un posible via-

je, y el viejo sabe casi más de Chiloé que de literatura, gramática española o poesía chilena, fue como el inventor de Chiloé, porque después de obtener su título de Profesor de Estado se pasó unos buenos años enseñando, primero en Ancud, después en Chonchi, hasta se unió ahí con la hermosa Lala, que sería la madre de varios hijos suyos, y en esos años había recibido la visita de escritores y pintores amigos –Pablo, Juvencio, Luis Enrique, el “chico” Roa, las hermanas Falcón- y escribió una novela de corte naturalista –decía él-, sobre los personajes y la vida sórdida en ese pueblo cuyas casas se elevaban sobre zancos desde las aguas de un canal, como los palafitos.

“Después de la fiesta de Año Nuevo –siguió Rolando-, Mariela y yo haremos algunas compras necesarias para la jornada –una linterna, unguento contra las picaduras, una baraja, cosas útiles- y a Puerto Montt los boletos en el tren nocturno para llegar al medio día siguiente, buscar algún hotelucho barato cerca del puerto donde alojaremos una sola noche. Pasear por la ciudad, tomar un micro a Pelluco y si andamos de suerte, capaz que nos toque algún curanto. Recorreremos las animitas de Fortuoso. Por la noche, aunque cansados, ya de regreso en el hotel, le quitaré a Mariela sus prendas lentamente, una a una –ella se dejará entre risitas y estremecimientos- y haremos el amor igual que dos salvajes, sin recato, como nos pasa solo a veces.

“A la mañana siguiente, con nuestras mochilas a la espalda, nos iremos derecho a Angelmó dispuestos a reponernos con un buen mariscal que lleve almejas, machas, navajuelas, piures, cholgas, ulte, cebollita picada, cilantro, mucho ají merkén, todo bien regado con ese pipeño que se sirve en tazas de peltre como si fuera té, y ahí- tos caminaremos luego hasta el molo para esperar alguna lancha carguera que pueda llevar pasajeros a Chiloé. A las siete de la tarde estaremos a bordo de la “Francisquita”, en una cabina con asientos para doce personas, y nos dejará –si Dios quiere, dice el Capitán- en el puerto de Castro.

“La travesía será accidentada, apenas zarpando, frente al islote de Calbuco, se desata una tormenta furiosa y es preciso anclar y aguardar algunas horas hasta que llegue la calma, no se puede emprender en esas condiciones la travesía del Canal de Chacao. A media noche zarparemos nuevamente, aún con mucha lluvia, pero sin el ventarrón. Durante el cruce, la lancha se zangolotea y por la cubierta de proa las olas barren de lado a lado. Varios pasajeros se levantan de sus asientos y buscan el único rudimentario baño de la embarcación para descargar las entrañas. Mariela también, quiero acompañarla, me pide que no.

“Alrededor de las ocho, estaremos desembarcando en Castro con nuestros bártulos. No llueve, preguntamos por la residencial “Mi Casa”, frente a un burdel llamado “El Farolito”, y nos encaminamos hacia la zona mala, que es más barata.

“El hecho –sigue Rolando- es que en Castro tomaremos contacto con la familia Guerra –él presidente del Rotary Club, ella directora del Liceo-, y nos conseguirán caballos para recorrer los alrededores y una lancha que nos lleve a Achao y a un par de islas más del archipiélago, para ver esas famosas iglesias construidas con tejuela de alerce, sin el auxilio de un solo clavo. A caballo llegaremos a Chonchi para buscar los caminos de Rubén, de su novela. Después, en Huillinco esperaremos la lancha-correo para pedirle al piloto que nos flete al otro lado del lago, al pueblo de Cucao, una sola calle de casitas que miran a un río, a los arenales que le siguen y a un Océano Pacífico bastante inquieto. Le pediremos que nos dé pensión al viejo Maldini, un italiano que llegó en los primeros años del siglo a buscar oro y se quedó para siempre porque lo atacó el amor de una nativa que le robó el corazón, pero que no pudo otorgarle muchos años de felicidad porque cuando cruzaban el lago en una chalana cargada con rollos de tejuela para ir en busca de un médico que la asistiera en el parto, los azotó un surazo, ella no logró sujetarse con fuerza al mástil y en un arrebato de las aguas salió disparada y nunca más se supo de su cuerpo. ¿Oro? Maldini escudriñará en el cajón de

una vieja cómoda labrada en caoba para sacar una bolsita de tela y a la luz de una lámpara de alcohol nos deslumbrará con cinco o seis perfectas pepitas de oro que nunca quiso vender. El viejo italiano nos indicará también, en un nuevo día, el camino que lleva a la cumbre más alta de los suaves lomajes de la isla grande, desde donde se ven, si no hay bruma mirando al sur, las islas Guaitecas. Una tarde, caminando sin rumbo, nos quedaremos boquiabiertos cuando Mariela diga ¡no puedo creerlo!, y tras un cerco de lampazo, veamos en el centro del corral un busto de Abraham Lincoln en perfectas condiciones, ¿qué puede estar haciendo ahí, en un villorrio donde no viven más de cincuenta personas que de seguro ni saben quién fue el “Leñador”?

“Deslumbrados por esas geografías, los cielos inconstantes, la persistencia de la llovizna, las gigantescas nalcas, los ancianísimos alerces que crecieron durante siglos en los montes, la generosidad de los chilotes, que lo comparten todo, Mariela y yo, embriagados de amor y deseos, emprendemos el regreso, otra vez cruzar el lago, no hay camino alternativo, para ir buscando en viejas góndolas, trencitos de trocha angosta y breves caminatas la ruta de Ancud, puerto capital de la provincia, desde donde partiremos en una chalana pescadora con su vela de arpillera muy hinchada hacia el continente, para desembarcar un par de horas después en Carelmapu, justo para el día en que comienza la novena de la Candelaria, a la que acuden pescadores y gentes de todas las islas sureñas a instalarse en las arenas y guijarros de las playas improvisando sus carpas con las velas de sus navíos.

“Esas serán mis vacaciones –concluye Rolando-. ¡Salud!

\*\*\*\*\*

-Antes del Año Nuevo, me iré a despedir de la Vero y su familia, que fue muy gentil conmigo –dijo Manuel-. De ella, creo que la despedida será para siempre, llevo muchos meses padeciendo debido a

la estupidez que yo mismo cometí, pero ya estoy cansado de darme de cabezazos contra la pared. Después, temprano en la mañana, me montaré en el tren excursionista y llegaré hasta el final de su recorrido, Cartagena, Puerto Nuevo, la Caleta de Pescadores. De la estación caminaré directo hacia el mar y llegaré en pocos minutos al Buque, la casa de mis padres. Ellos estarán felices, y los tres pekineses me saltarán encima moviendo sus colitas como plumeros. Voy a instalarme en el “camarote” del norte, que mira a la bahía y domina la costa de enfrente desde San Sebastián hasta Punta de Tralca. En una cabaña al fondo del patio que sirve para guardar baúles, vestejorios y objetos en desuso, arreglaré un rincón para instalar una mesa cualquiera sobre la cual colocar mi Olivetti y pasar en limpio la serie de cuentos ya corregidos que pienso integrarán mi primer libro, porque la novela que empecé varias veces la tiré definitivamente al tacho de la basura, pero me atrevo a creer que de los veinte o treinta cuentos que habré escrito unos diez pueden salvarse, y quiero trabajarlos con esmero, darles la última mirada, contar, contar, descripciones dinámicas, acción y sentimiento, ¿verdad Rubén? Pero no crean que todo va a ser trabajo y literatura, también algunas mañanas pasaré por la Marina Alta a buscar al rucio Zambrano para ir a nadar con él, zambullirnos en la Playa Chica y salir en el roquerío debajo de nuestra casa, bucear no me gusta, eso se lo dejo a él, que saca locos y erizos del fondo marino. Con mi padre, cuando esté subiendo la marea, iremos a pescar al Peñón Ferrari, desde donde pueden verse los rollizos saeteando entre unos huiros que parecen cabelleras de mujer, o a la Caleta Vieja, donde abundan los tomoyos, siempre oportunos para el almuerzo. Alguna tarde que no sea sábado ni domingo, iremos a San Antonio, y en Puertecito esperaremos con paciencia la llegada de las lanchas camaroneras para comprar a huevo un par de cajas de gambas que nos harán felices durante varios días. Algunas mañanas, cuando mi madre vaya de compras, la acompañaré hasta los almacenes de La Marina para ayudarle con los perros, que nunca quieren perderse ese paseo. Algunas veces, a la hora en que los veraneantes van poblando todos los espacios de

la playa, bajaré a buscar entre el gentío a Sonia, la bailarina, bueno, estudiante de danza, que conocí la otra noche en un concierto de la Sinfónica al aire libre, en el Parque Forestal, casi frente a mi depe. Uno de esos días la encontraré, seré capaz de distinguirla como una luz en las tinieblas –ella estará tirada tomando sol en un traje de baño blanco que resalta lo morenito de su piel- y en ese momento sabré a seguras que no necesariamente voy a concluir mi libro de cuentos, porque pensaré en llevarla a Las Cruces, Isla Negra, Algarrobo, y también hacia el lado sur, a Santo Domingo, ya que ella no conoce la zona porque solo este verano, por primera vez, sus padres han arrendado una casita en Cartagena. Lo pasaremos bien y se irá tejiendo un sentimiento fuerte entre los dos. Leeré también los dos últimos tomos de *Los Thibault*, que me tiene muy agarrado, ya pasé “El cuaderno gris”, “*La sorellina*”, “La muerte del padre”. Así será mi verano, ¿me comprende? ¡Salud!

\*\*\*\*\*

-Mi verano va a ser un poco más raro que el de ustedes –afirmó Jorge, sirviéndose otro vaso de pipeño-. Nada de “archipiélagadas” ni de balnearios, crepusculares o estravagarios. La primera semana de enero, Priscilla y yo nos vamos a casar. Será una ceremonia quitada de bulla: el juez, ella y yo, dos testigos, y se acabó. Después nos juntaremos con algunos amigos, ustedes, por supuesto, si todavía están aquí, en la casa de Falabella, o bien en algún bar, y esa noche alojaremos en el Hotel City para cumplir los ritos matrimoniales. A la mañana siguiente vamos a tomar el rápido al sur, en primera clase, y para el almuerzo, quizás también la comida, iremos a instalarnos como Dios manda en el coche comedor, parte de la luna de miel, ¿o no? Nada de sanguchitos ni alfajores para engañar miserablemente al estómago. Durante el viaje iremos bajando en cada estación a comprar tortas de Curicó, sustancias de Chillán, chupones, avella-

nas, lo que haya, para amenizar las cervezas que vamos a comprarle al niño del canasto, que a cada rato pasa gritando “¡malta, bil y píl-sen!”

“Llegaremos a Lautaro como a la medianoche y ahí estará esperándonos mi padre en su viejo Dodge del 30, y mi mamá con mis hermanas. Iván no, porque se fue a Valdivia a casa de un primo. Tengo ganas de verlo y de leer lo que está escribiendo.

“En casa, frente al fogón, tomaremos vino conversando un poco, no mucho, porque vamos a estar cansados y después, buenas noches los pastores, un sueño profundo hasta las doce del día siguiente.

“La segunda mañana caminaremos por todas las calles de mi pueblo para que Priscilla se vaya familiarizando, ya que alguna vez, cuando yo me titule, será ahí donde vivamos. La llevaré al almacén de la calle Freire, donde de seguro todavía están adheridos al antiguo mostrador de madera los letreros de cigarrillos *La favorita*, *Reina Victoria*, *Compadre*, que son de otra época, y quizás si hasta sigan vendiendo lámparas de carburo y aperos de labranza.

“Después tomaremos un micro hasta Victoria, nos sentaremos en la plaza, le mostraré el liceo donde fui su alumno, Rubén, donde conocí también a Luis Vulliamy, que sigue siendo mi amigo, y la pensión donde viví solitario en una pieza los últimos años de colegio.

“La llevaré a caballo por los lomajes y las espesuras de La Frontera, trotando los senderos polvorientos, plenos de zarzamora a lado y lado, beberemos agua de los manantiales y me treparé, si puedo, a la copa de un mañío para bajarle a Priscilla, como una ofrenda, el nido de algún sanguinario peuco, matones que dan cuenta de chirigües, diucas, loicas pechito colorado, zorzales, con el afán de gozar a fondo sus festines.

“Los días de lluvia le pediré a mi mamá que prepare sopaipillas...

“Bueno, así será mi verano. A fines de febrero nos vendremos a Santiago para buscar algún lugar donde vivir y prepararnos para un nuevo año en el Pedagógico. Mi suegra se está comprando un departamento en Providencia. Si se cambia, nos quedaremos con la

casita de Los Guindos. Yo me puedo conseguir algunas horas de clase en el Vespertino, y Priscilla trabajará por las tardes en la Librería Universitaria como vendedora, ya está arreglado. Y como saben, en abril aparece mi libro. ¡Salud!

\*\*\*\*\*

-¿Y usted, maestro, qué hará con sus vacaciones?

-La Leona con mi preciosa Juanita se irán al campo, donde las hermanas.

Juanita había entrado a la galería y estaba sentada muy sonriente en las rodillas de Rubén mirando a los amigos de su padre desde esos grandes ojos que podrían competir con las aceitunas de Azapa, mesándose las dos trenzas azabache-. Yo creo que iré con Pancho Coloane a pasar unos días en Isla Negra. Pablo nos tiene una cena sorpresa (sospecho lo que es) y yo le tengo a él dos o tres piezas que recogí para su colección de poemas raros y cursis, aquí va uno, ríanse un poco: *La amaba con ansia loca,/ primero la besó en la frente,/ después la besó en la boca/ y así sucesivamente;* pero él insiste en que nos quedemos al menos una semana. Si así resulta, cuando Pablito, después de los opíparos almuerzos que nos va a ofrecer, se retire a dormir su siesta cotidiana, Pancho bajará con su rústico equipo a los roqueríos a pescar tomoyos, jerguillas y toritos, que en los huirales abundan, mientras yo me dedico a la carpintería. Le voy a confeccionar a Pablo una repisa de roble para que se acomoden holgadamente los cinco nuevos barcos en botella que se trajo de Europa. A la hora en que se pone el sol, nos sentaremos los tres en la barra de la cantina (ojalá seamos cuatro con la Hormiga) y nuestro amigo poeta, luciendo su flamante chaqueta roja de barman, servirá de ese whisky que compra en San Antonio a los contrabandistas (a veces sale bueno) y brindaremos por los viejos tiempos, el Pedagógico, los atardeceres de Maruri, por amigos idos, Romeo, que partió tan joven (Rezad por

*vuestros hijos, madres de los poetas,/ que yo por consolaros rezaré con vosotras*), Rojas Giménez que viene volando solo, solitario, solo entre muertos, para siempre solo. También me gustaría aclarar el conflicto que surgió entre Pablo y De Luigi, un asunto bastante ingrato.

Después de esa semanita, que será alegre y fértil, me vendré a Santiago y aprovechando que voy a estar tranquilo, pienso escribir un artículo sobre la antipoesía de Nicanor, y luego dedicarme a terminar mi novela-. Miró a sus tres amigos con severidad-. ¿Me comprende?

-Quiero que vengas con nosotros al campo, papá –lloriqueó Juanita, allá también puedes escribir.

-Por supuesto, mi amor, claro que sí –dijo Rubén dándole unos tironcitos a las trenzas de la niña y permitiendo que la hosquedad de su mirada se fundiera en una expresión de ternura. ¡Salud!

\*\*\*\*\*

#### *Amigo Diario:*

*Por fin terminó esta pesadilla de los exámenes, pero al menos no dejé ni uno para marzo, ¿qué tal? Eso sí, la vieja de botánica estuvo a punto de rajarme en el oral porque en un momento me confundí y le dije que el helecho era un alga marina. Mario salió mal en matemáticas y va a tener que tomar clases particulares en el verano, porque si vuelve a reprobar, repite el año. Yo, después de las fiestas, me voy derechito a Coquimbo, en el Norte Chico. Mi mamá irá a dejarme a Calera, que está cerca de Santiago, y ahí solita me embarco al norte en ese tren como de juguete, que marcha muy lento, para disfrutar más a fondo del paisaje.*

*En la estación de Coquimbo estará esperando mi papá para llevarme a su casita en Peñuelas, en plena playa, cerca del Casino, donde trabaja. Tengo harta curiosidad por conocer a su nueva señora, aunque mi mamá jura que es un plomo.*

*Con el Mario nos comunicaremos por carta. Pienso llevarme el disco donde sale "With a song in my heart" para escucharlo a solas y recordar a mi*

*pololito con mucha pena por no estar juntos. Prometimos escribirnos dos veces a la semana, ¿será mucho?*

*Se acaba el año, y como no todo ha de ser alegría, también tengo que comunicarte una noticia triste que a ratos me quita el sueño: Angelo le avisó a mi madre que en enero ya no vivirá en la casa. El tonto se va a casar con una tal Priscilla.*

*Ya tengo varios de los poemas de Angelo copiados en un cuaderno y cuando él se despida de mí, me atreveré a preguntarle si acaso esa “Chiquilla” con delantal azul a cuadros soy yo, y también le haré prometer que me llamará por teléfono o vendrá a visitarme a veces, aunque se pueda ofuscar el pesado del Mario o aunque a su Priscilla le parezca mal.*

## **SEGUNDA PARTE**

**|1957**

### **NOMBRE DE TANGO**

## UNO

Rubén volvió de la pipa vinera con un jarro lleno hasta el borde de ese caldo rústico que deleitaba a sus amigos. Haciendo equilibrio como si caminara en la cuerda floja, lo depositó sobre el vidrio que encerraba su colección de monedas en la mesa de centro.

-¡La cosa se pone mala! –continuó-. La gente ya perdió toda esperanza en el “general de la esperanza” –se le escapó una risilla ronca-. Esa famosa “escoba” con la que el presidente Ibáñez pretendía barrer la corrupción, la politiquería y la pobreza, no sirve más que para borrar las ilusiones de quienes creyeron en su lema y sufragaron por él, ¿no vieron a don Inocencio hace unos días? Dos cuadros: en el primero se lee “Al mercado” y aparece don Inocencio o “el hombre que creyó en promesas electorales” transportando una carretilla de albañil llena de billetes. En el segundo cuadro dice “Del mercado” y nos muestra a don Inocencio con una bolsita mínima sujeta entre dos dedos, ¿me comprende? Eso es, la inflación día a día hace más insignificante lo que puede comprar nuestro dinero.

-Debe ser por eso de la misión Klein-Sacks –dijo Rolando con cierto espaviento teatral-. El librecambismo que recetó la derecha está empezando a asfixiar a la gente más modesta.

-La situación parece inquietante –siguió Rubén-. No se escuchan las demandas sindicales, los acuerdos pactados con los trabajadores en huelga no se cumplen, la cesantía cunde y el “Caballo” aplica muy suelto de cuerpo las leyes represivas que dejó de regalo el “traidor”. Además, por si no lo saben, ayer detuvieron a don Clotario, a Vargas Puebla y al estudiante París, dirigente de la FECH. Hoy por la mañana tuve que bajar al centro y me dio la impresión de ir caminando por una ciudad sitiada. Circulaban patrullas militares, en algunos lugares había tanques apostados.

-El año no partió muy bien –dijo Manuel, agitado-. Los estudiantes estamos en pie de guerra por el aumento del pasaje escolar. En Valparaíso, en Concepción. De un peso a cinco, están locos. Vengo

llegando del centro. Los pacos parecían fieras, nos barrían a man-guerazos y cuando empezaron a correr nos luma, sacamos pecho y nos pusimos a cantar la Canción Nacional. Pero se engrifaron al recibir un chaparrón de pedradas. Frente a la Plaza de Armas, un camionero había descargado un arsenal de guijarros que sirvió para que unos cuantos “francotiradores” bombardearan a los carabine-ros, mientras otro grupo daba vuelta un micro, dejando la calle to-talmente bloqueada.

-¿Con los pasajeros arriba? –preguntó Jorge.

-No. Los hicimos bajar, por supuesto. A no mucha distancia se escucharon balazos.

Jorge bebía su pipeño como si tuviera prisa, algo nervioso. Desde el pasillo interior Juanita entró corriendo, papá, papá, mi mami dice que vayas al tiro. El Cara de Hombre se levantó con resignación, tomó a su hija de la mano y salieron juntos de la galería.

-Puede quedar la grande –dijo Jorge.

-¡Que quede, ya está bueno! –. Rolando expiraba el humo en vo-lutas perfectas.

-Estoy leyendo la novela de un italiano que describe una situa-ción parecida –continuó Jorge-, y queda la cagada. La gente no da más, se rebelan obreros y estudiantes, el gobierno los reprime, los apalea, los arresta, igual que aquí, pero además mata como a cuatro.

-A lo mejor se están dando las condiciones para un estallido po-pular –dijo Rolando. Se sirvió más vino y ofreció.

-Yo no –dijo Manuel.

-Yo sí –dijo Jorge.

Rubén volvió con una casaca de cotelé encima.

-Tengo que salir, chicos, falta pan y aceite. Llevo los billetes en la carretilla. La mercadería la traeré en este bolsillo. Ustedes se que-dan, no tardaré mucho-. En ese momento empezó a temblar y vino un compás de espera. El movimiento pasó rápido-. ¡País de mierda! –despotricó Rubén-. A la vuelta comeremos algo. De Chiloé me mandaron navajuelas y piures secos, se están cociendo.

\*\*\*\*\*

Se despidieron en Irarrázaval, contentos de vino pipeño y de mariscos.

-Nos vemos mañana en la asamblea –dijo Manuel y cruzó la ave-nida para esperar su maldito micro.

Rolando caminó en dirección oriente, hacia la Plaza Ñuñoa. Le aguardaba pelea con Mariela. La había dejado plantada para la co-mida. Pero a esa cazuela marina que ofreció el Cara de Hombre nadie podía negarse. Las discusiones con Mariela se estaban dando con demasiada frecuencia, y le dejaban siempre la boca reseca. De seguro que se debía a su relación con Carla Luiselli. Las mujeres tienen un sexto sentido para detectar las infidelidades y, por otra parte, a los pecadores, algún detalle los delata. Una mirada esquiva, cierto silencio, frecuentes distracciones, ese mínimo factor que de pronto entrega la clave, aunque él podía jurar que de su relación con Carla nadie sabía nada, nadie podía siquiera sospechar. Llevaban poco tiempo juntos, muy en secreto. La conoció en el liceo Vesper-tino antes de fin de año, y la mirada que se cruzaron la primera vez resultó un flechazo de doble vía. Tejer amistad fue rápido, caminar juntos al término de la jornada, entrar a cualquier café para mirarse a los ojos, todo eso, hasta que el cántaro al fin se rompe, y ahí no más, a la vuelta de la esquina, está la “manzana”, el hotel preciso para la cita clandestina, una vez, dos veces, y en enero, de vacaciones en lugares cercanos, los encuentros secretos en la playa *ah, Carla, cómo nos dejábamos rodar por las pendientes suaves de esas dunas blanqueadas por los conchales primitivos, cómo al detenernos en el plano sobre la arena aún tibia paseabas tus manos por mi melena mientras yo permanecía helado solo de contemplar la delicadeza de tu cuello, esa curva suave, larga, que no puede tener metáforas, y nos desnudábamos tan sueltos de cuerpo, total ahí quién, ahí nadie, y pasaba el tiempo, se iban las malditas horas, se venía encima el adiós como si fuera la copa del estribo quebrándose en ese encuentro solitario y angustioso, porque la libertad sí que no era nuestra, tú a tu casa allá, yo a mi casa acá,*



*balnearios distintos, mañana no pero el miércoles sí, contra viento y marea,* y después de los pecados, Carla arrepentida, diciendo que mejor no, él es casado, padre de dos hijas pequeñas, mejor romper lazos ahora y no exponerse a un ventarrón pasional que los pueda zangolotear como peles para luego depositarlos más allá de ese punto desde el cual ya no hay retorno, Carla Luiselli, ¿de dónde saliste? Sí, él es casado y tiene dos hijas, ¿pero acaso ella no? Ella sí, tiene un hijo de cinco años y también está casada, aunque no viva con su marido, se separaron hace un tiempo de mutuo acuerdo y pronto iniciarán los trámites de nulidad. Rolando no, ¿separarse? Ni pensar. Mariela es una compañera ideal en muchos aspectos, a pesar de que después del segundo alumbramiento se puso reticente, lejana, fume en la cama, y a pesar también de que ya sus escenas se están haciendo demasiado frecuentes. ¿Separación? ¿Para volver a casarse y otra vez todo lo mismo, empezar de nuevo? Carla es ardiente, voluntariosa, decidida, además de linda. ¡Pero no!

Va llegando a casa y siente un tiritón angustioso de solo pensar en lo que viene. *Deja vu.*

Era casi la media noche cuando Rolando entró a casa, seguro de que Mariela no estaría durmiendo. Semi recostada sobre el almohadón de espuma, tejería o leería alguna de sus novelas a la luz de la lamparilla. Lo miraría cuando él entrara. O a lo mejor ni lo miraba sino que le lanzaba la pregunta sin quitar la vista de su tejido o del libro. O a lo mejor sí lo miraba sin decirle nada, con el posible propósito de dejar pasar, sin abrir la boca hasta que él se hubiese metido en la cama listo para dormir. Entonces Mariela apagaría la luz, agitaría un poco el lecho en busca de comodidad y cuando él estuviera a punto de traspasar la tenue frontera del sueño, atacaría:

-¿Te dormiste?

-No –diría Rolando besando la almohada-, pero me gustaría poder dormir, de modo que si tienes algo que decir, dilo ya.

-Podrías ser un poco más cordial cuando llegas.

-Y tú también, cuando llego.

-Eso me lo podrías decir si fuera yo la que llega y tú el que se queda esperando. Pero no vamos a discutir. ¿Cómo te fue en la tarde?

Así, con una pregunta inocente, se daría tregua, dejando que el tono de Rolando se calmara.

-Más o menos bien.

Él le contaría algunas de las cosas que había hecho, no tuvo tiempo de ver lo del préstamo, pero sí logró entrevistarse con el corredor por el arriendo que quieren subirles. En algún punto detendría su relato para disponerse nuevamente a dormir. Mariela entonces mantendría silencio durante algunos minutos –más indecisión que guerra- y cuando él estuviera otra vez a punto de dormirse, volvería a preguntar:

-¿Te dormiste?

El se incorporaría bruscamente.

-¡Hasta cuándo vas a joder!

-¿Y se puede saber por qué llegas a esta hora?

-Buenas noches.

-¿Por qué no contestas, ah? ¿No te atreves?

-¡Buenas noches!

Luego Mariela despotricaría como una máquina de palabras contra la prepotencia de los hombres, gritaría que le importaba una hueva que le estuviera poniendo el gorro, pero lamentaba que fuera tan maricón como para no atreverse a confesarlo. Rolando permanecería inmutable hasta que ella, iracunda por la falta de respuesta a su ataque, comenzara a abofetearlo en la cara, a pegarle en la cabeza con el puño, a rasguñarle el pecho y los brazos, convertida en un nudo de llanto y gritos. Él permanecería pasivo hasta donde le alcanzara la paciencia, y luego la apartaría de un manotón en la boca. Ella lo miraría con profunda tristeza, limpiando con su brazo el hilillo de sangre. Y él entonces se acercaría engañado. Esta vez más rasguños, mordiscos en las piernas, como una bestezuela. Y él con otro tapabocas la dejaría laxa. Viéndola doblegada, apagaría la luz. Pero

ya no lograría dormir, sólo podría sumirse en una angustia muda y tranquila hasta que unos minutos después ella se levantara y sigilosa caminara hasta el baño. Allí permanecería un rato largo, esperando que él la fuera a buscar. Rolando le pediría que abriese la puerta y al no tener respuesta, comenzaría a golpearla, a echarla abajo. En ese momento ella descorrería el cerrojo y volvería a tomar su posición frente al espejo, el rostro rojo de llanto, los ojos perdidos en la lejanía y una hoja de afeitador en la mano derecha.

-Vamos -diría Rolando.

Mariela se dejaría llevar abrazada de regreso a la habitación, se dejaría secar las lágrimas, acariciar el cabello y luego, acostada ya, pediría perdón y se refugiaría en sus brazos. Le pediría que ese fin de semana la llevase a la costa o a la montaña y hablarían de cómo arreglar la casa, de los muebles que iban a comprar si les aprobaban el préstamo, muy juntos, abrazados, hasta que de a poco irían preparándose para el amor.

Rolando dejó su maletín en el sillón del living y se dirigió al dormitorio. Mariela leía recostada sobre el almohadón. Ni siquiera levantó la vista al decir “hola”. El se acostó con la cabeza centrada en varios acontecimientos del día, pero estaba cansado y el sueño de a poco lo fue venciendo, venciendo, venciendo, hasta que vino la pregunta seca y cortante:

-¿Te dormiste?

\*\*\*\*\*

A Jorge le quedaba sed en la garganta y pensando que desde Pedro de Valdivia hacia la cordillera, derecho por la amplia avenida Irarrázaval, había algunos bares que permanecían abiertos hasta tarde, decidió caminar hasta su casita de Los Guindos y hacer en alguno de ellos lo que llamaba una “escala técnica” para premiar

otro día vivido con una última caña, probablemente en el Hanga Roa, atendido por un pascuense de casi dos metros que daba trato sonriente a su clientela y siempre acompañaba el trago con algún antojito, aporte de la casa, dos rebanadas de pan con arrollado, por ejemplo, o varios trozos de charqui, un sitio agradable y limpio, de baja iluminación. Jorge no se podía dar el lujo de despilfarrar dinero, ya que los gastos de arriendo, más las cuentas mensuales de luz, agua y gas, resultaban bastante alzadas con respecto a la suma que desembolsaba cuando vivía en la pensión, ¿qué será de la Norita, *Dónde estará la Guillermina?* Además, como decía Rubén, la inflación ¿me comprende? era galopante. Al mercado... Del mercado. Pero él pasaba por un buen momento. *Para ángeles y gorriones* no había tenido una acogida favorable en las librerías, y muchas ni siquiera lo aceptaron en consignación -un libro pequeño, modesto, autor primerizo, y para remate de poesía, que no vende-, pero entre los estudiantes de la Facultad logró colocar más de trescientos ejemplares. Con el producto de cien había pagado la imprenta el saldo de la edición, y el resto le quedaba libre. Por otra parte, Priscilla de seguro ya estaba sumida en su sueño profundo, que sí era de veras profundo; de manera que a estas alturas media hora o una hora más daban lo mismo, no habría recriminación. Soplaba una brisa amable portando vestigios del verano que sellaba su despedida, anunciando la inminente caída de las hojas secas que tapizarían calles y aceras, quejumbrosas bajo la bota de los peatones. Sintió remordimiento por no haber llegado a casa a tiempo para comer con su mujer, los días de Priscilla se estaban poniendo pesados: temprano en la mañana partía a toda carrera a sus clases en la Facultad. A las dos tragaba un almuerzo rápido en el casino, y de tres a siete a vender libros en la Universitaria, única heroica librería donde su poemario ocupaba un sitio visible en los anaqueles. Esforzada y segura la Priscilla, tierra también, niña dulce quizás, pero poco tentada al ofrecimiento de las noches. Ella prefería acostarse temprano y conversar en cama, jugar, hacer el amor, todo lo cual estaba bien, pero no siempre porque la rutina es mala y también existen los amigos, la tertulia, las

alegrías báquicas. En casa se echaría la copa del estribo en la cocina y después entraría quedo al dormitorio para dar a la bella durmiente besitos en las mejillas, en el cuello, en los labios y si a través de su sueño se le asomaba una sonrisa, besaría también esos pechos que olían a bizcocho, a malvavisco, ¿a qué olían?

Entró al Hanga Roa y tomó un lugar en la barra. Una de tinto, amigo Terangi. El pascuense, siempre con un paño doblado sobre su brazo derecho, le alcanzó además una taza pequeña diciéndole pruebe esto mi amigo, le va a gustar, me lo enseñó un cliente mexicano. Jorge probó un sorbo y dio señales de aprobación. Consumé de camarones, algo así. A su lado izquierdo alguien le tomó amenazadoramente el brazo, al lado derecho, lo mismo. Dos compañeros del Pedagógico le dieron el susto, poetas como él, ¿cómo él?, el Chicolito Martínez, un mestizo panameño muy oscuro, estudiante de Literatura, y Carlos Rebolledo, de Historia, venezolano.

-Chico, por qué mejor no nos vamos a una mesa –dijo Chocollito-, es más cómodo-. Jorge miró la hora, dudoso-. Ya, Jorge, déjate de pendejadas, chico, ¡a una mesa!

Jorge supo que esa noche se alargaría.

-Bueno, un rato –dijo-. Acuérdense que mañana tenemos asamblea.

\*\*\*\*\*

Manuel llegó al depe cerca de la una de la mañana. El micro había tardado en pasar y, además, hizo su trayecto desde Plaza Ñuñoa hasta el Parque Forestal como si estuviera mostrándole la ciudad a un grupo de turistas. Desganado se lavó los dientes y alivió con algunas gárgaras saladas esa comezón de garganta que lo venía molestando desde la semana anterior. Se desvistió sin prisa, se embutió en el pijama y a dormir. Decidió no leer, porque era tarde y a la mañana siguiente debía asistir a la asamblea convocada por el Centro de

Alumnos para sumarse al paro decretado por la FECH. En todo caso, antes de apagar la lamparita contempló durante unos minutos la fotografía en que Sonia y él sonreían abrazados en la Caleta Vieja de Cartagena. Ella con el mismo traje de baño blanco que llevaba cuando él logró distinguirla entre cientos de veraneantes que tendidos sobre la arena negruzca tomaban sol antes del zambullón de medio día. Más de un año saliendo juntos, con una que otra pelea en el camino, los tiras y afloja de rigor, algunas arremetidas de Sergio, que no se conformaba con la decisión final de Sonia ante el dilema de dos amores, ¿final? Él la quería, de eso estaba seguro, le gustaba su cuerpo de bailarina, la piel trigueña, le encantaban sus pechos delicados, nunca mezquinos; sin embargo algunas noches, cuando se le hacía difícil dormir, lo atacaba con saña el recuerdo de la Vero rozagante y tierna como un durazno. Él seguía yendo a casa de los Ureta. No con la misma frecuencia, pero al menos una vez por semana se dejaba caer para la cena, comía un plato cocinado por mano diestra, brindaba un par de copas con don Fernando, bromeaba con la señora Raquel, le echaba algunas tallas a Ximena, y después del café se encerraba con Verónica en la cocina. Ella lava, él seca y en el trayecto conversan de cualquier cosa hasta que de pronto él le arrebató un beso a mansalva y entonces ella se pone roja como sandía y le lanza un no me hagas jugarle sucio a mi pololito. La verdad es que a pesar del tiempo, de la pasión por Sonia, de sus actividades en la Jota, no se había sacado a Vero de la cabeza, ¿de la cabeza o del corazón? Por eso, cuando el profesor de Psicología del Adolescente asignó los trabajos de investigación que exige la cátedra, él se inscribió con el tema “Rasgos psicológicos de una quinceañera a través de su diario de vida”. Verónica tenía dieciséis, pero daba igual. Una mañana se bajó del micro en Manuel Montt con Rengo y caminó hasta la callecita de los Ureta, por la Plaza Francke. Encontró a doña Raquel barriendo el patio.

-Manuel, ¿qué haces por aquí a estas horas, no deberías estar en clases? –dijo ella con sorpresa a través del enrejado.

-Sí, Raquelita, es que necesito hablar con usted.

-¿Conmigo? –sonrió-. Pasa-. Abrió la reja y le volvió a echar llave-. Entremos.

Se sentaron en el living. Ella ofreció un café. Mientras se calentaba el agua, puso la Sinfonía número nueve de Schubert en el tocadiscos. Sabía que a él le gustaba. Luego sirvió el café y volvió a sentarse frente a Manuel. Lo miró con simpatía. Era una mujer bonita, de unos cuarenta y cinco años quizás, un poquito pasada de kilos.

-Tú dirás –dijo.

Manuel le habló de las materias que debía cumplir ese semestre y le detalló el tema elegido para su trabajo de investigación.

-Necesito pedirle un favor, Raquelita. Quiero que me permita hacerle algunas preguntas sobre la Vero, sin que ella lo sepa. Su comportamiento adolescente. Puedo venir cuando usted me diga, cuaderno en mano-. Lo que no se atrevió a decirle es que el objetivo verdadero era el Diario de Vida de su hija, sabía muy bien en qué parte lo guardaba y pensó que la mañana en que fuera a hacerle las preguntas, mientras Raquelita preparaba el café, él se metería un rato largo con el Diario al baño y hasta podría copiar algunos párrafos que sirvieran de apoyo a la tesis, total esos trabajos no se publican.

La señora Ureta permanecía de pronto pensando, luego separaba los labios como si fuera a decir algo, pero no lo hacía, cerraba los ojos, los abría, como dándole muchas vueltas al asunto, fue y vino por los caminos de la duda, y terminó por acceder.

-Pero tienes que prometerme que la Vero no se enterará, se enojaría mucho conmigo.

Manuel juró por lo más sagrado y convinieron en la mañana del jueves siguiente.

Soy un maricón, se dijo Manuel, apagando la lamparita. Un hipocritón de mierda, porque si algo le parecía más claro que el agua, es que no le interesaba para nada el trabajo sobre psicología del adolescente, sino que debía con urgencia escudriñar en el corazón de la Vero, saber qué pensaba, las cosas que escribía acerca de él, lo

que hacía con el Negro Gutiérrez, dónde iban ellos los sábados en la tarde. Con esos pensamientos, y con la imagen de Sonia en su traje de baño blanco, se fue quedando dormido.

\*\*\*\*\*

*1 de abril*

*Querido Diario: el otro día ocurrió algo bastante raro. Resulta que hace más de un año que no veo al ingrato del Angelo. Cuando se fue de la casa prometió que me iba a llamar por teléfono con frecuencia para enterarse de mis “perversas travesuras”, así dijo, y que algunas veces se dejaría caer por acá para tomar un café y “recordar viejos tiempos”, qué gracioso. Pero la verdad es que no se ha aparecido ni de chiste, como dice Jesús Oliva, un amigo mexicano del colegio. Sin embargo, al llegar de clases una tarde, encontré sobre la mesita del living un libro titulado “Para ángeles y gorriones”, adivina quién es el autor. Lo tomé, lo abrí, y caí en una dedicatoria escrita con su letra: “A mi amigo Chocolito, el afecto sincero de Jorge”. Di una mirada rápida a los poemas. Varios de ellos ya los conocía y uno hasta me lo sabía de memoria, ese de la chiquilla con delantal azul. Corrí derecho a la habitación de mi madre y le pregunté si acaso había venido a visitarla “Jorge” (ella nunca supo que yo lo llamara Angelo). Respondió que no.*

*-¿Y esto? –dije mostrándole el libro.*

*-Ah –dijo... se le quedó a una persona –titubeaba-, un joven que vino a preguntar si teníamos alguna habitación disponible.*

*Me pareció raro todo el asunto y volví al ataque.*

*-¿Le dicen Chocolito por casualidad?*

*-No sé –dijo-. Cómo voy a saber eso-. Pero se puso roja. Me asaltó la duda: ¿a quién se le había quedado el libro? ¿Al tal Chocolito o a Angelo?*

*En todo caso, yo estaba al tanto de la publicación, porque como cada domingo nos traen el diario, tengo recortadas dos críticas y una entrevista en la que viene su foto. Cara de ángel sin afeitarse. Ingrato Angelo, deberías aprender a cumplir tus promesas.*

\*\*\*\*\*

2 de abril

*Querido Diario:*

*Varias tardes de esta última semana el Mario y yo hemos salido con un montón de compañeros del Liceo a desfilar en protesta por el alza del pasaje escolar. Pero ayer pasé un buen susto, porque en la calle MacIver los pacos nos hicieron una encerrona —éramos, pienso yo, unos doscientos secundarios—, y se llevaron detenidos a muchos en unos buses verdes con reja en las ventanillas. También nos agarraron a palos. Por suerte no me llegó ninguno, pero al Mario le dieron un golpe en el hombro y otro en la cabeza. Por lo menos no lo aturdió. La cuadra entre Merced y Monjitas se convirtió en un campo de batalla y no había para dónde arrancar; manguerazos, palos y los gritos nuestros, “¡estudiantes con obreros, defendemos el puchero!”. Varios de mi liceo que íbamos marchando juntos, nos metimos a un edificio de departamentos y buscamos las escaleras para refugiarnos en silencio hasta que pasara el peligro. Mario y yo nos sentamos acurrucaditos en un peldaño y él se quejó porque le dolía el hombro. Escuchamos algunos disparos cercanos. Yo tiritaba de miedo, nunca había vivido una situación igual y cuando nos asomamos a la puerta con la intención de largarnos, sentí un vacío en el estómago y falta de aire. Aunque se había disipado bastante el desorden, partimos rajados hacia Merced. Casi no circulaban micros y tardamos un siglo en llegar al barrio.*

*Pese a que con el Mario llevamos más de un año juntos, ya no es lo mismo que durante los primeros meses. Me da la impresión de que él se ha ido apagando. Pienso con pesar que esto puede deberse a la estupidez que cometí al contarle lo que me pasó con el primo Alejandro durante el verano anterior, ya sabes, cuando fui de vacaciones a la cabaña de mi papá en Peñuelas.*

*Mario me dejó en la puerta de mi casa y siguió caminando a la suya. Le pregunté si se sentía bien. Asintió, pero sé que le dolía. Entré con un poco de miedo, a mi mamá no le gusta que vaya a manifestaciones y no se cansa de repetirme que la política es cosa de hombres. Pero si sale con lo mismo, pensé, le voy*

*a explicar que esto no es política sino protesta por los sablazos que el gobierno está asestando a los bolsillos de la gente. Esta vez ella no repitió su monserga. Se limitó a llamarme desde la cocina —estaba recalentando la comida— y a preguntar por qué llegaba a esa hora. Le conté la verdad. Me miró con una mezcla de ternura y enojo.*

*-¿Te enteraste de que mataron a una estudiante universitaria en las manifestaciones?*

## DOS

Priscilla tuvo que darle a Jorge dos o tres fuertes remezones para despertarlo.

-Ya, levántate, el desayuno está servido –le dijo-. Y la asamblea debe estar por comenzar. Apúrate, ¿quieres?

Jorge abrió con dificultad los ojos y sintió el brutal hachazo que le asestaba el vino que se había tragado, primero donde Rubén, ese glorioso pipeño blanco de las regiones del sur, y luego en el Hanga Roa las botellas de Concha y Toro que se encargaron de completar eficientemente el trabajo demoledor. Se levantó a desgano, mareado y con una sensación de asco en el estómago, la boca amarga y pastosa. Algo lo refrescó una ducha rápida y luego entró en bata a la cocina para ese café matinal, que nunca lo había tentado demasiado. Le gustaban poco los desayunos. Una rebanada de fruta y ya. Jack London desayunaba un par de whiskies dobles, pero antes había escrito dos mil palabras. Malcolm Lowry se zampaba un gin con jugo de naranja a las nueve de la mañana, y seguía repitiéndoselo mientras escribía, hasta caer inconsciente, a las dos o tres de la tarde. Y Ava Gardner, en vez de té tomaba champaña rosada.

-¿Habrá una cerveza? –dijo.

-¿Tan mal estás, llegaste muy tarde?

-No... –aseguró Jorge.

Priscilla abrió el antiguo refrigerador que les había dejado su madre y respondió que no quedaba ni una cerveza, que tragara pronto su café y partieran de una vez a la Facultad.

El patio del Pedagógico se hallaba atestado de estudiantes que conversaban y discutían en pequeños grupos, agitando los brazos y vociferando. Jorge y Priscilla subieron al aula magna por las escaleras de atrás y permanecieron de pie en uno de los pasillos laterales, apoyados en la pared, porque no quedaban asientos desocupados.

Nunca Jorge había visto una asamblea tan concurrida. Buscó con la vista a Chicolito, que había jurado asistir, y no logró dar con él. Pero se sorprendió cuando Rolando, como un fantasma surgido de las tinieblas, abriéndose paso entre los estudiantes apiñados, trepó con decisión al escenario y le arrebató el micrófono al orador que acababa de abrir la reunión leyendo el temario en nombre del Centro de Alumnos.

-¡Compañeros! –gritó Rolando con la cara roja, hinchadas las venas de la frente-. ¡Compañeros, salgamos de aquí! ¡Mataron a una estudiante! ¿Se dan cuenta? ¡Una compañera universitaria fue baleada anoche y murió en la Posta Central a las once! –Una marejada de murmullo se apoderó de la sala-. ¡La mataron! ¡Vamos a la calle ahora mismo, todos! Con miedo o sin miedo, a gritar nuestro dolor y nuestra ira... La compañera es Alicia Ramírez, de la Escuela de Enfermería.

Se armó una batahola en el aula, gritos y empujones, y el mismo Rolando encabezó la marcha que empezó a bajar las escaleras como una larga serpiente, avanzó por el patio frontal hacia la salida de Macul, y cruzando las rejas se tomó la avenida de lado a lado rumbo a Irarrázaval, como un caudaloso río.

Jorge y Priscilla desfilaron tomados de la mano. Asistirían a la manifestación y desde ahí, ella tendría que caminar apenas un par cuadras hasta la Casa Central, donde estaba la Librería Universitaria.

¡Estudiantes con obreros, defendemos el puchero!, gritaban agitados los manifestantes. Jorge respondía en sordina, apenas sacando la voz.

-No me gustan estas cosas –dijo.

-¿Y a quién le van a gustar? Yo tengo hartos miedos -. Priscilla le apretó la mano-. Pero no podemos quedarnos de brazos cruzados.

Por un murmullo que recorría la culebreante marcha a lo largo de avenida Macul se enteraron de que también había un secundario herido a bala, un niño de quince años.

Al llegar a Irarrázaval, algunos manifestantes continuaron la marcha en dirección al centro, mientras la mayoría se dispersaba para encararse en cualquiera de los escasos micros que circulaban. Jorge divisó entre los que siguieron marchando al venezolano Carlos y al Cuqui.

La Plaza Vicuña Mackenna en Alameda, frente al local de la FECH, se fue convirtiendo en un maremágnum vibrante con los enfurecidos estudiantes que aparecían desde todos los puntos cardinales, de liceos y facultades universitarias. Eran miles y muy pronto partirían desfilando hacia el corazón de Santiago. Desde las ventanas de la sede, un dirigente anunció el recorrido autorizado: al centro por Estado, llegarían a Plaza de Armas y vuelta por Monjitas para tomar Mac-Iver y retornar a la Federación, ¡ojo con los provocadores, no había desvío de la marcha hacia la Moneda.

El desfile se inició alrededor de las once, encabezado por dirigentes que portaban un estandarte enlutado y una bandera chilena. Comenzaron las consignas, “si nos apuntan con pistola, les daremos poca bola... Si nos apuntan con fusiles, gritaremos Viva Chile”. En cada esquina se voceaba desde un parlante el potente grito “¡Compañera Alicia Ramírez Patiño!”... ”¡Presente!” coreaba la masa. “¿Quién la mató?”, decía el vocero. “¡Los pacos!” coreaba la masa. En cada esquina hacían guardia los carros de asalto y los lanza-aguas.

Jorge marchaba de la mano de Priscilla, mirando hacia todos lados. Lo ponían nervioso algunos exaltados que gritaban “asesinos, asesinos” a los carabineros. También advirtió que los negocios de las calles por donde pasaban, incluyendo cafés y fuentes de soda, cerraban apresurados sus cortinas metálicas. Con pesar veía alejarse la cerveza que mitigara el machetazo que aún le cercenaba los sesos.

Casi dos horas tardó el recorrido por el centro eludiendo manguerazos, asfixiándose con el gas lacrimógeno, peleando cuerpo a cuerpo con los pacos.

Al retornar al local de la FECH vinieron los discursos. El Vice de los universitarios intervino con rabia pasional para asegurar, entre

violentas aclamaciones, que los estudiantes no cesarían ni por un minuto su movimiento mientras no se pusiera en libertad a los compañeros detenidos, se derogara el alza de los micros y se castigara a los asesinos de Alicia Ramírez. En esos momentos, por MacIver, llegaron en masa los delantales blancos, alumnos de medicina. Griterío de consignas, ebullición, toda una batahola.

Jorge y Priscilla se deslizaron por la acera sur de Alameda y fueron abriéndose paso hacia la Casa Central.

-¿Me acompañas hasta la Librería? –preguntó Priscilla, cuando cerca de las dos y media se dispersaban los manifestantes en todas direcciones y con perfecto desorden.

-Por supuesto –dijo Jorge justo cuando un escuadrón de carabineros arremetía lanzando lumazos a diestra y siniestra sobre los manifestantes en retirada. Se produjo un griterío de insultos cruzados, un revuelo de movimientos, y Jorge perdió de vista a Priscilla, era difícil avanzar, difícil retroceder, pero como una lagartija se escurrió pegado a las paredes de los edificios. El aire, como nunca enrarecido por los gases lacrimógenos, le irritó los ojos y le produjo cierta asfixia asmática y una gran fatiga. Siguió avanzando cauteloso, cada vez más convencido de que su temperamento y la violencia no se llevaban bien. Advirtió que quienes enfrentaban cuerpo a cuerpo a la policía no eran únicamente estudiantes. Con ellos iban también trabajadores, mujeres adultas y hasta sujetos de traje y corbata, todos bufando como toros en el ruedo. Una corriente fría le perforaba la piel, se le metía sangre adentro, le paralizaba el corazón. Sentía miedo. Y sentía una angustia sorda por Priscilla, ¿habría logrado seguir su camino hasta la Casa Central, o quizás pudiera haberle pasado algo? Una corriente le estremeció el espinazo, y se sintió muy solo entre la muchedumbre. La cabeza le seguía latiendo como en la mañana.

Cuando llegó frente a la Casa Central, un estudiante de Medicina arengaba a sus oyentes encaramado sobre las espaldas de don Andrés Bello. Una cerveza, pensó Jorge, una cerveza, volvió a pensar.

\*\*\*\*\*

-¡Paco re-concha tu madre! –bramó Manuel rajándose la garganta y embistiendo contra el uniformado que acababa de abatir a una muchacha a golpes de luma. Recibió como respuesta un palo en el hombro y otro en las costillas. A la estudiante se la llevaron al furgón y en ese momento Manuel, debido a la arremetida de un contingente estudiantil que avanzó compacto sobre el destacamento de carabineros, logró escabullirse hacia el Portal Fernández Concha. Con casi todos sus faroles en el suelo, la Plaza de Armas se veía alfombrada de vidrios rotos; los escaños que por las mañanas albergan a hombres y mujeres de buena edad que buscan el cariño de unos rayos de sol y reparten miguitas a las palomas, habían sido arrancados “de raíz” y servían de barricadas, parapetos, seguían siendo gentiles; hogueras potentes elevaban sus llamas en las cuatro esquinas de la plaza. El infierno, por la puta, pensó Manuel. Sobre la calle Compañía, un microbús volcado se extendía de acera a acera entre la multitienda Los Gobelinos y la Librería Colón como gritando a viva voz su responsabilidad por la fila de vehículos atrapados tras ella, mientras a la vuelta de la esquina, por Ahumada, dos automóviles atravesados impedían también el tránsito. Los frenéticos bocinazos se entrecruzaban en el aire y convertían el centro de Santiago en un infernal desorden que solo parecía debilitarse cuando ganaba terreno el impacto de las balaceras. El gas lacrimógeno intoxicaba el aire. Sobre las cortinas metálicas de algunos negocios resaltaban las manchas de sangre. En una de ellas se había frustrado el intento de completar un nombre: “aquí mataron a Alv...”

Perdido del grupo con que desfiló después de la concentración, Manuel se sintió solo, más que solo, desamparado. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué es lo que en realidad estaba pasando? Parecía el comienzo de una rebelión popular que no acabaría de buenas a primeras. Acurrucado tras los arcos del Portal, trató de hacerse una idea de la ruta que habría de seguir para enfilar hacia el Parque Forestal,

a su depe. Estaba al borde del vómito, le dolía mucho el hombro, punzaban las costillas, temblaban las piernas, ya no era capaz de gritar siquiera.

\*\*\*\*\*

Rolando entró al departamento de Manuel alrededor de las seis, la cara empolvada de tizne amalgamado con la transpiración, su chamarra de cuero rajada, una pierna cojeando, doliente, bañado de luminoso sudor, pero loco por hablar, las palabras batiéndose a duelo por salir primero al aire. Manuel yacía en su cama y una muchacha le masajeara el hombro con mentolato, repitiéndole que luego se le iba a quitar el dolor, y jurando que en su vida había visto salvajismo igual al que hoy reinaba en las calles. Era Carmen, una compañera de curso que se había topado en el camino, desconcertada como pez fuera del agua.

-¡Está la escoba en todo Santiago, compañero! Hay noticias de que lo mismo pasa en Valparaíso y Concepción. Parece que empezó la revolución—. Rolando dijo esto con expresión beatífica, como si le hablara a una aparición en alguna parte del aire. Luego se dirigió a la cocina en busca de cualquier cosa, anunció ladrando, algo que lo serenara un poco y le bajara la adrenalina. Encontró una botella de pisco. El largo trago le quemó las entrañas, pero alivió también esa tensión perversa que lo mantenía como al borde de un ataque de epilepsia. Luego, las palabras se le atropellaron, primero para reconocer que el Cara de Hombre tenía razón cuando dijo que algo diferente estaba ocurriendo, que los asfixiaba una atmósfera enrarecida, algo huele mal en Dinamarca, y luego para ir narrando los hechos, contar que con un grupo de choque, el maestro Toro, el Cuqui y varios otros, habían atacado una camioneta de pacos y que los pacos, en su confusión, respondieron a balazos antes de salir disparados cuando una Molotov envolvió al vehículo en llamas. La



gente está enardecida, sin miedo, dispuesta a dejar la cagada, dijo, y no solo debido al alza de las micros, es por todo, es el sistema, estamos viviendo una crisis de la puta madre. Rubén sabe lo que dice. En el ataque a la camioneta cayeron por lo menos tres compañeros heridos a bala y sin embargo ninguno de nosotros salió corriendo, a Cuqui se lo llevaron, estaba rojo y tenía los ojos como en éxtasis. "¡Por fin, gesticulaba, por fin!". Toro vociferaba consignas, que resistieran, gritaba, la lucha la íbamos a ganar, la estábamos ganando, y llegaron refuerzos de los pacos y entonces por los choques, las persecuciones, los palos, nos fuimos dispersando. Me desconcertó ver avanzar varias tanquetas militares desde la Estación Mapocho, así como algunos vehículos que no eran típicos de Carabineros... Parecían del Ejército.

-¿Te hirieron? –preguntó Rolando.

-Lumazos –dijo Manuel-, estoy hecho mierda, casi no me puedo mover.

Rolando se pegó otro trago largo de la botella de Pisco.

-Voy a relajarme un rato –dijo-. Estoy muy tenso. Cuando oscurezca quiero darme una vuelta por el Diario.

-Compañero, ¿me podrías acompañar hasta mi casa? –dijo la muchacha-. Vivo cerca, pero tengo mucho miedo.

Rolando pareció hacer un recuento de sus tareas inmediatas.

-Te acompaño, no te preocupes. ¿Quieres un trago? –le ofreció la botella.

-No, gracias, tengo muy mala cabeza.

Un rato después, Rolando, aún despaturrado en la poltrona, dijo:

-Si quieres, vamos.

Manuel se había dormido.

Caminaron por los senderos interiores del Parque Forestal hacia la zona del Mercado. Se entrecruzaban aullidos de sirenas, gritos de gente iracunda, detonaciones, disparos. Un poco antes del puente

Loreto cruzaron la avenida y siguieron en la dirección del río hacia Recoleta. Estaba oscuro, solo relucía el fuego que hacía crepitar la estructura de madera que cubre la base del monumento a Prat frente a la Estación Mapocho. Los enfrentamientos no cejaban. Decenas de personas cruzaban los puentes y se dirigían hacia el sector norte de la ciudad. No circulaba un solo micro. Atravesaron el río frente a Recoleta y avanzaron por esa avenida entre un flujo de hombres y mujeres que sumaban centenares, trabajadores marchando hacia sus poblaciones, tras una jornada que podía marcar todas las diferencias. Los faroles habían sido reventados a pedrazos, y los pocos automóviles que inconscientes o ignorantes osaban bajar hacia el centro, lo hacían con las luces apagadas y a baja velocidad. El que no, recibía la señal a través de una lluvia de piedras. Era una marcha sorda, pesada, densa. Se habían apagado las infernales tronaderas del centro, ahora la gente no gritaba, ni siquiera hablaba mucho, solo caminaba silenciosa en su dirección y a ratos apedreaba los focos de algún auto imprudente. Rolando tomó a la muchacha del brazo, un brazo rígido. No fueron más de seis o siete cuadras. Cada una de ellas pareció una legua en la oscuridad de esa jungla de asfalto.

-¿Quieres pasar? –dijo ella frente a su puerta.

-Tengo que ir al Diario, bastante lejos.

-Gracias –dijo ella.

En qué andaría Carla, se preguntó Rolando al ir deshaciendo el camino como un excéntrico que nada contra la corriente. Era uno solo hacia allá. Hacia acá, el resto del mundo. Uno que iba, cientos que venían. Anhelaba verla, contárselo todo sin quejarse del dolor, abrazarla y comunicarle en ese abrazo la noción de que las cosas se ponían difíciles. Sintió un escalofrío al recordar la escena con Mariela. Ella había amanecido enferma (o neura, quién sabe) y no andaba metida en las reyertas. Tuvo la sensación de ir caminando a través de una ciudad destruida por las bombas.

\*\*\*\*\*

El humo de cigarrillos y cierto aire de amargura definían la noche en casa de Falabella. En su silla de ruedas, el anfitrión ladeaba la cabeza elevándola con esfuerzo como si con ese gesto las palabras le fluyeran más nítidas. Rolando lo escuchaba con atención y cada tanto asentía diciendo “¡claro!”. Quizás por ser el amigo más antiguo, lograba comprender con mayor facilidad la alterada pronunciación que su enfermedad le imponía al músico, “claro, claro que sí”, asentía una y otra vez, “sí, sí, de eso se trata”. Y aclaraba las ideas enfatizándolas para tres o cuatro oyentes interesados que podían muy bien escuchar y beber vino al mismo tiempo. Con su énfasis napolitano, aseguró que Roberto tenía toda la razón: el paro de los estudiantes había ido in crescendo hasta convertirse espontáneamente en un levantamiento popular, y la izquierda no tuvo la fuerza para darle una dirección política, no había razones, pensarán bien, para intentar el asalto al Congreso o los Tribunales de Justicia tan solo porque simbolizaran el poder, y los que pretendieron incendiar la Catedral están mal de la cabeza, las movidas fueron desproporcionadas, acéfalas, y en tales condiciones resultó que por cada carabinero que recibía un peñascazo, caían al suelo cincuenta estudiantes golpeados a luma o heridos a bala, ¿se puede pelear así, es posible que una bicicleta compita con un Cadillac? Hay momentos y momentos, como lo supo muy bien Lenin, que en ocasiones hasta tuvo que sujetar a las masas impacientes porque comprendió que no era el momento adecuado para la embestida final. El gobierno había ganado la batalla, encontró terreno fértil para asentar su autoridad. Destruyó impunemente las instalaciones de la Imprenta Horizonte, detuvo a dirigentes gremiales, estudiantiles y políticos, y ahora comenzaban otra vez a relegar gente, igual que cuando González Videla abrió el campo de concentración en Pisagua.

El maestro Toro estaba preso. Al parecer lo iban a relegar a Melinka.

Y a Cerdeña no se le había visto desde el martes 2.

Jorge escuchaba atento, con los ojos muy abiertos, sin hablar. Tenía a Priscilla bien abrazada y con la mano libre se llevaba cada tantos segundos el vaso a la boca, bebiendo su vino a sorbos pequeños.

-Detesto la violencia –dijo en una pausa, estremeciéndose-. Priscilla y yo desfilamos, pero no me gusta nada andar gritando y peleando con los pacos. Confieso que en la manifestación del 2 sentí miedo, y la verdad es que me carga tener miedo, creo que le tengo miedo al miedo –rió-, y estoy seguro de que cultura y violencia son conceptos diametralmente opuestos.

-¡Ya, chico, dejemos por un rato la política –dijo Chocolito levantándose de un sillón-, bebamos y bailemos, divirtámonos, estamos vivos, somos jóvenes, disfrutemos-. Fue a colocar un *Long Play* y en un tris se escuchó la voz de Jane Froman, *Blue moon, you saw me standing alone*.

Ana se levantó también de la poltrona donde se había despaturrado, se acercó a Jorge y Priscilla.

-Hola, chicos –dijo-, ¿bailas conmigo, Jorge? ¿Me lo prestas un momento? –le preguntó a ella. Tomó a Jorge de la mano y lo arrastró al centro del salón. Empezaron a seguir los compases.

-Yo bailo muy mal –advirtió Jorge, poniendo un poco de resistencia.

-Usted todo lo hace muy bien – le susurró Ana en el oído, dándole un toquecito de lengua y apegándosele con el cuerpo.

-Sin show, por favor –dijo Jorge.

-Entonces dime cuándo, dime ahora mismo, ¿cuándo, cuándo?

Priscilla los miraba con un mohín de ironía. Le parecían bastante malos bailando.

-¿Bailamos? –dijo Chocolito. Priscilla se levantó y ambos se deslizaron por el piso como profesionales de la danza.

-¿Has visitado a la dama? –preguntó ella.

-He ido a verla un par de veces –dijo Chocolito-, pero no pasa nada, parece que es demasiado seria, o quizás no le gusta jugar. El

miércoles pasé a saludarla con el pretexto de recuperar un libro de Jorge que se me quedó la primera vez, y ella se mostró muy gentil. Me invitó a tomar once con mucha sonrisa y miraditas coquetonas, pero eso fue todo. Me atrae, para qué negarlo, y pienso insistir, Priscilla, la próxima vez la voy a atacar firmeza, mira que yo no soy de los que se conforman con una negativa, chica.

-Pero si ella no te ha dicho que no.

-Es verdad, no me ha dicho que no, pero tampoco me guiña el ojo, yo siempre espero una señal. ¡Atacaré!

-Guiñaselo tú, tontón, ¿acaso no sabes que a las mujeres nos gusta que ustedes tomen la iniciativa?

Manuel dejó su vaso de vino sobre la mesa grande y se dirigió a un armario donde esperaban alineadas otras botellas, sentía deseos urgentes de beber algo más fuerte, ron, por ejemplo, o pisco, algo que lo distrajera del chancacazo que le había dado Sonia. Al volver de Chillán, el maldito de Sergio se había instalado en la casa de Sonia mientras encontraba un departamento para arrendar –dijo-, ya que al partir de vacaciones entregó su cuarto de la pensión para ahorrarse el pago de dos meses. El olfato le soplabá a Manuel que la idea podía ser una siniestra trama de doña Marta, que al parecer deseaba con vehemencia casar a Sonia con el futuro dentista, toda una perspectiva para su hija y con la que un estudiante primerizo no podía competir, y el maldito estaba entonces ahí, durmiendo en casa de Sonia, viviendo tranquilamente, como si nada, a sabiendas de que ella y Manuel seguían encontrándose, que todas las tardes Sonia se iba al depe cuando salía de clases, y sospechando también que ahí se practicaban actividades indebidas y riesgosas, ya que le repetía a diario a Sonia que él no estaba dispuesto a pagar los platos rotos, ¿comprendía? Si ella en fin... él no iba a cargar con el regalo, ni huevón, de manera que lo mejor era hablar de una vez con don Pedro, informarle lo que ocurría y alertarlo de lo que podía pasar, no fuera cosa que, oiga don Pedro, señora Marta, a mí que me registren, yo no fui, y al final, una noche, vaciando la depresión y compartiendo

una botella de vino con el viejo, el maldito fue largando la pepa de a poco, completa, y a Manuel entonces le cerraron las puertas en las narices, y Sonia fue regañada, ofendida, vilipendiada y ella misma se echó a morir, como que al cabo de unos días de dramático conflicto, muy llorosa, le dio a Manuel un saco de calabazas, no había nada que hacer contra la autoridad del padre, dijo, no se podía torcer el destino, tendría que casarse con Sergio, no quedaba otra, dijo sollozando y Manuel, después de asestarle a la mala el beso “del estribo”, justo en la esquina donde se despidieron para siempre, partió sin rumbo fijo buscando una cantina y luego otra y otra más, desde Mapocho hasta la Alameda, para que el pisco fuera ahogando su tristeza y le vaciara el bolsillo.

Llenó un vaso y se zampó la mitad de un solo trago. Tras los golpes que recibió durante la jornada del 2 de abril había quedado nervioso, hasta medio neurótico, y ahora esto de Sonia le echaba más leña al fuego, litros de limón sobre las heridas, ¿sería que siempre iba a tener mala cueva?

Se acercó al rincón donde Falabella y Rolando seguían conversando y brindó con ellos. Los otros bailaban.

## TRES

4 de septiembre

Hola amigo Diario: hoy recién me di cuenta de que estalló la primavera; los árboles del barrio han florecido de la noche a la mañana, la imagen de tantos ciruelos rosados y de esos jacarandás que se derraman como cascadas alegre a cualquiera. Es lo que me pasó esta mañana. Resulta que el “viejo” de Química llegó a clases medio desarmado —pálido, ojeroso— y después de pasarnos lista decretó “calducho”. Debe haberse pegado su buena farra anoche, tiene fama. Durante la primera media hora del show, Claudina Torres interpretó esa canción bastante estúpida que canta siempre en estas ocasiones, la de una pena y un cariño, el Mario —ya sabes quién— contó un chiste subido de tono que no sacó muchas risas, y el Negro Paredes, impostando esa voz aguda que maneja tan bien, se mandó “E lucevan le stelle” con una emoción que nos arrancó lágrimas, sobre todo porque antes de cantar nos relató el argumento de Tosca y dijo que justo en esa parte al tipo lo van a fusilar. Después de que el mexicano Jacinto recitó un poema sobre un actor de la Inglaterra que ríe con llanto y llora con carcajadas, se agotaron al parecer los repertorios, se produjo un vacío de varios minutos, como cuando dicen que pasa un ángel, y finalmente el “viejo” dijo que podíamos irnos.

Antes solía irme caminando con el Mario, siempre tomados de la mano, pero ahora, como la semana pasada terminamos nuestro pololeo, partí solita no más, tristonza, algo deprimida, para qué lo voy a negar, todavía no me conformo, aunque sí siento que las cosas tenían que ser así. Atravesé la Plaza Ñuñoa y bajé por Dublé Almeyda hasta Macul. Ahí fue que los árboles florecidos me sacaron una sonrisa. Estoy cambiando, lo sé, ya soy mujer. Reconozco que cuando me porté mal, el Mario me aguantó, pero cuando el chueco fue él, enfurecí y dije “hasta aquí nomás llegamos”.

Al pasar frente a las puertas del Pedagógico me vino la tentación de caminar por esos prados fragantes. Me daba cosa meterme al mundo universitario en mi uniforme de faldita azul marino y soquetes blancos, pero entré, como a veces lo había hecho con el Mario para conversar nuestras cosas acomodados en alguna

de esas glorietas cubiertas de enredaderas que en los días calurosos dan un rico frescor. Pensé que si andaba de suerte hasta me podía encontrar con Angelo. No lo veía desde hacía mucho, pero siempre estoy recordándolo y leo seguido sus poemas.

De pronto, mientras caminaba por un senderito pensando quién sabe qué, se me cruzó un joven oscuro de piel, aunque no tanto como los negros que cantan o tocan trompeta en las películas.

—Oye, yo te conozco, chica —dijo, deteniéndose—. Tenía una bonita sonrisa de dientes blancos, labios carnosos. ¿Lo conocía?—. He estado en tu casa —siguió—. Soy amigo de Jorge.

¿De Jorge?...

—Ya sé —dijo—. Tú debes ser Chocolito.

—Coño, ¿cómo supiste que me dicen así, chica? Tienes que ser muy lista, porque yo te he visto a ti, pero tú a mí no.

—Eres amigo de mi mamá... —

—Bueno... sí, la estimo mucho... Somos amigos. ¿Qué andas haciendo por aquí?

—No sé, nada especial, quizás buscando a Angelo, o alguien con quien hablar, no tuve clases.

¿Angelo?

—Tu amigo Jorge, yo le digo así.

—Mira, éste es el pabellón de Idiomas. El de Historia está para allá. ¿Quieres que te acompañe?

¿Cómo no iba a querer, si lo único que yo necesitaba era hablar? De no encontrar a Angelo, podría hacerlo con este Chocolito, que parecía una persona cálida. Caminamos hacia ese otro pabellón.

—Te voy a mostrar algo que te va a dejar con la boca abierta —dijo Chocolito, y me guió a una especie de foso acuático que no había visto antes, donde flotaban nenúfares y, entre las flores, asomaba la cabeza de un caimán que daba la impresión de estar muerto de la risa. Me quedé esperando que se moviera, pero no se movió.

-¿Es bravo? —pregunté.

-Chica, si tú te caes abí, te corta en pedacitos, que yo los he visto en mi tierra.

-¿De dónde eres?

-Panamá. Allá el cocodrilo hasta se come. Es sabroso.

Me estremecí. Luego seguimos viaje a unas vitrinas que daban al patio, exhibiendo animales vivos. Un vampiro rodeando con las alas su plato de aluminio, el hocico hundido en sangre viscosa. Drácula, pensé estremecida.

-Es el pabellón de Biología —dijo.

-¿Y el de Historia? —pregunté.

-Vamos.

No encontramos a Angelo.

-Bueno, gracias, Chocolito, me voy a casa.

-Te acompaño, chica, ya terminé mi jornada por hoy.

Y así, querido Diario, cambian las cosas. A pesar de que no vi a Angelo, y de que seguía bajoneada por la situación con Mario, esos árboles florecidos y el encuentro con Chocolito me levantaron el ánimo. Ya ves que después de tantos días vuelvo a escribirte. En toda una semana no me atreví. Lo más curioso es que cuando llegamos a la puerta de mi casa no era todavía la hora de almuerzo y entonces le pregunté a este nuevo amigo si quería pasar. Cuando estábamos en el living-comedor y yo acababa de tirar mi bolsón sobre el sofá, mi mamá se asomó de la cocina para saludarme. Quedó de una pieza al ver a mi amigo. Quise “presentarlos”, pero ella me interrumpió:

-Ya nos conocemos.

-Te dije, chica, que yo te había visto. ¿Cómo está, Amalia?

Se acercó a ella y la besó con delicadeza en la mejilla. Después anunció que debía partir y se despidió.

-¿Cómo sigues? —preguntó mi mamá cuando quedamos solas.

-¿Cómo sigo?

-Bueno, te he visto mal de ánimo.

-Mejor —respondí por decir algo.

-Preparé ravioles.

-Qué rico —dije también por decir.

Encendí el radio. Una voz aguda cantaba sobre el juramento que hicieron una rosa y un clavel. Se acerca el Dieciocho.

\*\*\*\*\*

El jardín posterior de la casa parecía una selva: más de dos mil metros cuadrados, frondoso, sin preocupación por el orden habitual de esos jardines que se maquillan, podan, lustran y desinfectan. Árboles viejos, altos y gruesos, contundentes paltos, castaños de mucha edad. Además, una cantidad de estatuas griegas se cruzan en el camino aparecen detrás de un arbusto aportando algo de misterio, la diosa Olimpia, la Venus de Milo o el Discóbolo, fuentes de piedra también, con agua que circula y hasta pobladas por pececillos de colores. Los comensales se paseaban a sus anchas por verandas y senderos rústicos del patio saboreando las cálidas empanadas dieciocheras y regándolas con vino tinto.

Jorge y Priscilla proyectaban una imagen de pleno romanticismo, tomados de la mano y meciéndose en uno de esos sillones-columpio que llevan a sus ocupantes a navegar por los cuadros más absurdos que pueda pintar la imaginación, basta cerrar los ojos, y vámonos a otros mundos. Ella con una holgada falda de paño color guinda, blusa amarilla tejida a crochet, de mucha respiración, él sin despegarse la sempiterna chaqueta beige demasiado grande para su cuerpo. Si alguien se acercara a la pareja, podría sorprenderse al escuchar la voz calmada de Jorge recitando *Me despido de una muchacha/ cuyo rostro suelo ver en sueños/ iluminado por la triste mirada de linternas/ de trenes que parten hacia la lluvia*. Y le impresionarían también los suspiros silentes de esa muchacha amada que lo mira embobada y se muestra colmada de pasión.

En un recodo no alejado de la veranda posterior se encuentran las cuatro parrillas sobre cuyos fierros se van dorando carnes rojas y

jugosas, trutros de ave, menudencias, longanizas. Un aroma septembrino sigue las órdenes de la dulce brisa que trae la tarde.

Mariela y Anuca conversan sentadas en un escaño verde como robado de alguna plaza pública. Anuca muestra interés y manifiesta tristeza por las palabras de su joven amiga. Mariela gesticula sin reír y con expresión amarga indica “no” moviendo la cabeza de lado a lado.

-No –dice -, ¡no!

Mariela ha contado que el pelotudo de Rolando se entusiasmó con una profesora del Vespertino y anda como loco por la puta, no para en la casa, no escucha cuando ella le habla, ni dice nada, mira al vacío, como que se cambió de planeta, pero se tendrá que cambiar de casa también, afirma, porque ella no aguanta más, no, no y no, cuatro meses sin relaciones íntimas, ni caricias. Cero señales del amor eterno que hasta hace poco le juraba con pasión y patéticos ojos de pescado. Y Anuca, con su invariable frescura de ánimo, le dice que no lo tome así, no es para tanto, a todos los hombres les ocurre lo mismo: de pronto les pica la araña y se ponen babosos, pero en poco tiempo se les pasa, ya verá, que resistiera, nada de rendirse ni echarse a morir, tienen dos hijas, que no lo olvidase. Y por otra parte, sugiere que le pague con la misma moneda, aconsejaba, estamos en el siglo veinte, la mujer cortó los yugos, que no desperdicie esa juventud que rebosa en ella. Pero Mariela no ríe.

En la inevitable silla de ruedas, cabeza ladeada hacia su huésped, Falabella escuchaba el discurso de Rolando, quien primero daba un paso adelante, luego un paso atrás, agitando los brazos, cerrando los puños y golpeando el aire, visible, aspavento, hiperkinético, como el personaje de una ópera.

-El amor es un organismo vivo, Roberto-. Vivo, como un canguro, como una papaya-. Falabella reía, ¡como una papaya!, reía salpicando saliva hacia un lado-. Vivo –enfaticó Rolando-. Nace, se desarrolla y muere. Tiene su tiempo, pero muere, y entonces viene otro, surge el relevo, y vuelve a nacer, a desarrollarse, para finalmente morir, es como el cuento de nunca acabar, ¿comprendes? Y hay que seguirlo.

Había que seguirlo –continuó-, porque si no sobrevénía la frustración, y los hombres tienen que realizarse. Lo contrario es morir.

-¿Y... Y... Y... las mujeres? –preguntó Falabella con su dificultad.

¿Las mujeres? ¿Las mujeres?

-Son siniestras. La “víbora” que describe Nicanor en los anti-poemas no quería prestarle la escobilla de dientes que él mismo le había regalado, ¿te das cuenta? “Las mujeres, las mujeres, sois una calamidad, no sois buenas, no sois malas, sois mujeres nada más” –dijo pronunciando las palabras como español, recordando a un viejo amigo.

Copa en mano, como surgido de la oscuridad, se les acercó el taciturno Lucho.

-¿Oiga, Roberto, a quién hay que pagarle la cuota? –preguntó.

-A Cuqui –respondió Rolando.

Lucho se alejó lento, manos en los bolsillos, hacia la veranda donde Cuqui paseaba una bandeja, ofreciendo empanadas. Cuando lo alcanzó, le introdujo dos billetes de mil pesos en un bolsillo de la chaqueta.

-Del otro bolsillo saca tu tarjeta –dijo Cuqui-. Y sírvete una empanada.

-¡Salud por el cumpleaños! –gritó alguien de voz potente-. ¡Que los cumpla feliz!

“Cumpleaños feliz” comenzaron a cantar varios, pero la canción no despegó con entusiasmo, y otros emprendieron “Las mañanitas”, llegando hasta el final, “levantáte de mañana, mira que ya amaneció”... Vítores, aclamaciones, aplausos, abrazos, regalos. El compositor Roberto Falabella, promesa musical de Chile, cumplía treinta años.

Jorge se había levantado de la mecedora y a la sombra de un árbol conversaba con Quique Lizama, que Manuel le había presentado. Se perfilaba como el poeta joven más talentoso de los últimos tiempos.

Un tipo delgado, de pelo motudo y que arriscaba la nariz como si estuviese oliendo feo. Dientes grandes.

El hueco dejado por Jorge en la mecedora lo acababa de llenar el panameño Chocolito. Le contaba a Priscilla que las cosas con Amelia se habían consolidado. Ella lo recibía algunas mañanas mientras Norita estaba en el colegio, pero había decidido no arrendarle la pieza que antes ocupó Jorge como pensionista porque de seguro la niña terminaría por darse cuenta. La mujer se mostraba bastante pasional y desplegaba un encanto subyugante. Lo pasaban muy bien, a pesar de que no pudieran expresar su amor hacia fuera, sí, sí, Priscilla, eso era amor, pero no podían salir juntos, había que mantener el secreto, una relación clandestina, eso era, prohibida, y por otra parte él tampoco estaba en condiciones de proponerle matrimonio ya que tenía el compromiso de regresar a Panamá apenas terminara los estudios.

-¿Matrimonio? –preguntó Priscilla-. ¿Pero estás loco, Chocolito? Esa mujer te debe llevar veinte años.

-¿Y qué, chica? ¿Tú crees que el amor tiene edad?

En otros rincones, Manuel reía y protestaba alegando ante las gesticulaciones con que el barbón Fernán disparaba sin tregua la sarta de experiencias que había vivido con dos amigos y compañeros de Arquitectura, recorriendo algunos países después del Festival de Bucarest. Hungría, Polonia, Unión Soviética, hasta China y Corea habían llegado entremedio de muchas sorpresas, peripecias, desencantos. Seis meses dando funciones de títeres de una ciudad a otra, Budapest, Praga, Leningrado, Moscú, Ulán Bator, Pekín. Muchas cosas buenas, sí, pero no todo era color de rosa en esos mundos tras “la cortina de hierro”. Andaban como turistas sin invitación, sin guías adiestrados que les mostraran las maravillas del socialismo, por lo cual tuvieron que buscarlas solos, y en la búsqueda encontraron de todo, por qué –se preguntaba Fernán- aquellos que lo conocieron antes no se dieron cuenta de algunas cosas y solamente hablaron de un mundo feliz y sin problemas donde las vacas dan más leche, cuando la verdad es que los problemas sobran y también se co-

metían errores –¿por qué no?- errores como los que se cometen cuando se hace algo grande por primera vez. Todo lo había volcado en sus Notas de Viaje, que se publicaban como folletín en El Siglo, alejándose un trecho respetable de las revistas de propaganda, frente a cuyas imágenes el socialismo que estaban viendo podía parecer una estafa.

-¿Es mejor o peor de lo que tenemos aquí? –preguntó Manuel.

-Mejor, sin duda –dijo Fernán.

Con el vino zumbándole en la cabeza y aflojándole las piernas, Lucho se atrevió a vocear que le gustaría escuchar otra música además de las cuecas. Aunque fuera septiembre y estuviéramos cerca del 18. Algún tango, Gardel por ejemplo, otra cosa, buena música y alta poesía, ¿no le parece Roberto? *Un pensamiento triste que se baila.*

-Les voy a transmitir una primicia –dijo a Falabella y a Rolando. El otro sábado fui al Rosedal. Un joven desguañangado, acompañándose con guitarra, cantaba Tinta Roja, un tango difícil. Y lo hizo bastante bien. Como Oscar Vásquez lo anunciaron. Me acerqué a saludarlo. Me dijo que es hijo de Nicomedes Guzmán, ¿qué tal?

Empezaban a circular las bandejas de carne asada, los choripanes, el trago revoloteaba alegremente en las cabezas. Más de cincuenta personas. Cumplida con creces la cuota que le habían asignado a la Jota de Ñuñoa para la campaña de finanzas. Esa noche no solo se celebraba el cumpleaños de Roberto. También se trataba de un acto político.

\*\*\*\*\*

Manuel llegó a la Estación Central a las seis veinte de la mañana. Los cuatro días de vacaciones por Fiestas Patrias pensaba pasarlos en Cartagena con sus padres y dedicarlos a leer la novela *Por quién doblan las campanas*, a pescar rollizos y tomoyos en las rocas de abajo, que se

veían desde su camarote, en esa bahía donde las gaviotas se dejan caer como flechas al mar cuando rondan cardúmenes de sardinas o anchovetas. Las fondas, la chicha y el zapateo con espuelas le interesaban poco. Había decidido viajar en tren, ya que en estos fines de semana largos, los buses se ponían difíciles. Ya a esa hora, los andenes bullían de un gentío vibrante y colorido, viajeros con destino a la costa central y a diversas ciudades del sur. Hizo cola en la boletería y antes de quince minutos tenía su pasaje para el “Excursionista”, que zarpaba a las siete. Se abrió paso al andén número 2 y entre personas jóvenes y viejas que portaban canastos, frazadas, mochilas, carpas, chuicos de vino, bolsas de mercado, sandías, entre niños gritones que saltaban y se desprendían peligrosamente de las manos maternas para corretear alegres, se plantó firme en el lugar donde su intuición le anunciaba una puerta cercana cuando se colocara el tren.

No pasaron muchos minutos antes de que arribaran lentamente los vagones verdes, impulsados marcha atrás por la ronca y humeante locomotora negra. Los pasajeros se abalanzaron a las puertas en una guerra para trepar en busca de asiento. Manuel ganó su apuesta: justo frente a él se ofreció la puerta posterior de un carro. Trepó de un salto y clavó bandera sobre un asiento en el lado de la sombra, ventanilla, eso era suerte. Junto a él se acomodó una mujer de aspecto rural, piernas más ágiles que sus contendores.

En medio del gran bullicio, los incómodos asientos de madera fueron ocupándose, y muchas personas se resignaban a viajar de pie. A las siete y cinco minutos el conductor sopló su silbato y el convoy comenzó a avanzar en marcha lenta hacia la salida de Estación Central, entre risas y algarabía de los pasajeros que de seguro adivinaban un día estupendo por delante. Antes siquiera de llegar a la estación de Maipú, se habían abierto los canastos del cocaví, pelaban frutas, tomates, huevos duros, y en tazas familiares servían café o té que escanciaban de termos o de simples botellas. Manuel perdió toda esperanza de dormir cuando empezaron a rasgurar los primeros guitarreos y se entonaron cantos dieciocheros. *Qué grande que viene el río, qué grande se va a la mar.* Y métale también a la cueca, mi

alma, que somos *la tierra de los zorzales, y de los rojos copibues.* “Malta, bil y pilzen”, grita un muchachito que se abre paso como puede entre la gente cargando un gran canasto lleno de bebidas. Y quedan atrás las estaciones de Malloco, Talagante, “vengaelbú”, piensa Manuel. Y sin quitar la vista de los trigales que van pasando, las granjas fruteras, los viñedos, las pequeñas casas de adobe y techo de paja, divaga sus pensamientos de una esquina a otra. Por esta esquina recuerda las palabras que escribe la Vero sobre él en su Diario de Vida, lo quiere, dice, pero no se atreve, no puede, porque el papá ha vuelto a padecer debido a la poderosa sombra de Fernán, y también por los avances de su relación con el Negro Gutiérrez, pero sí lo quiere a Manuel y siente celos de Sonia y de las niñas que Manuel le menciona y describe mientras lavan los platos después de la cena. Por la esquina de allá le siguen impactando los extravagantes relatos de ese Fernán que sale con la Xime y que anduvo viajando por los países “tras la cortina”, anotando todas sus experiencias en esas tierras lejanas donde con dificultades y abnegación se intenta forjar un mundo nuevo. Evoca también la figura dulce y amarga de Sonia y se extraña de que su pesar por el rompimiento forzado haya menguado, tan rápido, como si el tajo no hubiera dejado cicatriz, que ella se va a casar con el dentista, y que se case por la cresta, mientras que Verónica le duele siempre y de verdad, no lo deja dormir por las noches, y lo hace andar con el ceño fruncido durante el día. Ironías del amor, piensa, porque resulta que las dos lo quieren. ¿Lo quieren, cómo será la cosa? se está preguntando cuando siente un palmazo en el hombro. Es Lucho el tanguero. Lo ha visto varias veces en casa de Roberto y se topan a menudo en la Facultad, pero han conversado poco.

-Voy a San Antonio, ¿y tú? –dice Lucho.

-A Cartagena. Mis padres viven allá.

-¿Siempre viajas en tren?

-No, sólo esta vez, y creo que será la última.

-A mí me encanta ver cómo un solo día de playa genera esta alegría popular, y aunque el viaje demore el doble, me gusta ir pasando



por las estaciones, bajarme en Melipilla para una cerveza, aunque el viaje demore el doble. Claro que preferiría que los pasajeros cantaran tangos en lugar de estas tonaditas.

-¿El viaje es el doble?

-En bus son dos horas. En el tren, casi cuatro.

-¿No pescaste asiento? Podemos turnarnos con el mío, Media hora cada uno.

-Joven –dice la señora vecina-, yo voy hasta Melipilla no más, ahí le dejo el asiento.

-Gracias, señora; es bien cargante ir de pie tanto rato, bailando en este zangoloteo.

-No me lo diga a mí, me ha tocado hartas veces-. Le disparó su sonrisa desdentada.

Los recuerdos de Manuel se deslizaron hacia el final de la fiesta de Roberto, un par de días antes. La mitad de los comensales se había marchado, sólo quedaba el grupito de siempre, los más cercanos y de mejor garganta. Hacia la medianoche cayeron en el olvido las cuecas y el ambiente se dejó perforar por agudos tangos, boleros, blues, ritmos más humanos de bailar. “Volver”, “Mano a mano”. “Vereda tropical”, “*I get the blues when it rains*”, “*The man I love*”.

Priscilla bailaba con Chicolito, Rolando y Mariela se mantenían lejos el uno del otro, Jorge permanecía embriagado por el vino y la interminable conversa con el poeta Ledesma, él mismo –Manuel fumaba solitario acurrucado en una mecedora, esperando que no llegara a abordarlo Anuca, Roberto contemplando todo desde su trono, como un monarca, risueño y comprensivo. ¿Tenían “Sur”, preguntaba Lucho, ¿tenían “Sur”? Lo preguntaba con ansiedad. No lo encontraron, y Lucho debe haber pensado que de una forma u otra era preciso que lo escucharan, un tangazo –Troilo y Manzi, nada menos-, puesto que decidió cantarlo él mismo *a capella*. Además de ser un experto en el tema de la historia del tango, el tipo lo canta con sentimiento, piensa Manuel mientras el tren va dejando atrás la estación de El Monte.

-¿Por qué eres tan fanático del tango? –pregunta.

-¿No te gusta?-. Lucho se bambolea al ritmo del traqueteo.

-Sí, pero no tanto como a ti, parece.

-Yo creo que es una expresión legítima del temperamento urbano de Latinoamérica...- Cuando terminó de dar su explicación estaban llegando a Melipilla. Por la ventana compran dos sándwiches de ave. Alguien ha dicho que los hacen de tiuque y no de pollo. Ahora no pasa el niño de las cervezas. Un pan amasado, carne seca, apenas refrescada por dos o tres mezquinas rebanadas de palta. Ají rojo.

-Como las huevas –dice Manuel con una mueca de disgusto.

Lucho se pasa la lengua por los labios, sonrío, le brillan los ojos.

Pitazo, el tren reinicia su marcha hacia el poniente sobre el valle, ha bajado –no mucho- la temperatura y el color del cielo se torna más celeste y puro, cruzan el mínimo río Puangue, en el centro de un oasis, y al dejar atrás la estación de Leyda, pintada en azul colonial, se empieza a colar desde el aire el olor del mar. *Qué bonito que cantaba la palomita en su nido*, entonan los entusiastas de la guitarra. Tren a Cartagena, dice Lucho para sí mismo. Y un poco más adelante repite la frase: tren a Cartagena. Cartagena es el destino final del recorrido, pero él ha dicho que bajará en Barrancas, a medio camino entre Llo-Lleo y San Antonio, si es que el tren disminuye un poco la velocidad, ahí no se detiene.

-¿Por qué no nos juntamos esta noche o mañana? –propone Lucho-, ¿conoces bien el puerto?

-No, no mucho, dime dónde y a qué hora.

-Mañana mejor, Avenida Centenario con la Plaza, a las siete. Va parando esta huevada, me largo.

Un fuerte olor se filtró desde Barrancas al interior del tren.

-Son las fábricas de harina de pescado –dijo Lucho-. Te veo mañana.

Gloriosa la llegada a Cartagena quince minutos después, mirando un mar que reluce bajo el sol matinal de septiembre.

\*\*\*\*\*

Las banderitas chilenas y dibujos recortados en papel de volantín con los colores patrios que colgaban de las vigas le producían cierto placer a Rubén. Por los ventanales abiertos al patio se colaba una brisa fresca y alentadora que parecía enviada por algún dios para bajar la temperatura que el vino de la tarde había hecho ascender hasta el sudor.

-Es viernes –dijo el Cara de Hombre con su voz enronquecida por las *quinientas horas semanales* de clases, de las mismas que también se quejaba el antipoeta, ya que en materia de ojos a tres metros no reconocía ni a su propia madre-, pero como Caballero de la Bola Azul lo declaro día sábado, con o sin la aprobación de los presentes. He dicho.

-Adhiero –exclamó Rolando, levantándose de la poltrona con la mano derecha sobre el corazón, como un tenor de ópera.

-Yo igual –dijo Jorge, sin que variara su expresión-, adhiero a *finish*.

-¿Qué? –Rubén le clavó la vista-. ¿Eres de los que quieren acabar con nuestro idioma, okey, olrait, sí yu? ¡Aquí no se dice a *finish*, jovencito, se dice hasta las últimas! ¡O no hay pipeño!

-Hasta las últimas –se corrigió Jorge bajando la cara.

-Eso está mejor –dijo Rolando, y empezó una de sus peroratas, centrada ahora en la necesidad de mantener la pureza de nuestro lenguaje combatiendo a los siúuticos que le ponen nombres gringos a las personas y a las cosas, porque las ven en las películas que nos manda Hollywood, sobre todo después de que el siniestro McCarthy sacó a los diez mejores guionistas del cine norteamericano –Trumbo, Ring Lardner- y decretó que las películas debían ser vehículos ideológicos del imperio para mantener subyugadas a sus colonias. Cuando terminó, el Cara de Hombre estaba impaciente por un brindis y se limitó a decir “salud”.

-Yo me tengo que ir temprano –dijo Jorge.

-¿Priscilla? –preguntó Rolando.

-No. Me voy a juntar con Lizama.

-Por qué mejor no le dices que venga, es buena onda para la Bola Azul, gran figura de la poesía joven.

-No tengo cómo avisarle-. Alzó su vaso en señal de adiós-. Pero, bueno, por esta vez lo puedo plantar.

Eran cerca de las ocho cuando apareció Coloane con otro tipo más bajo de estatura, ambos de traje y corbata, paso bamboleante, como si vinieran de un cóctel.

-Conocen a Pancho –dijo el Cara de Hombre haciendo las presentaciones-, y él es Horacio, un pintor que ha hecho de las suyas. Acomódense amigos, tengo un pipeño chillanejo que los está esperando. Leooona –llamó-, ¡Leooonaaa!-

Desde la cocina se asomó la señora Leontina, sonriente.

-Leoncita mía, ¿por qué no nos trae charqui y algún pebrequito?

-Al tiro, mi amor –dijo ella, desapareciendo tras la puerta.

-Leí su libro, Rolando.

-Don Pancho, por favor, no me trate de “usted”.

-Está bien, yo te tuteo y si quieres hasta te puteo, pero tú me quitas el “don”.

-*Vuestro don, señor Hidalgo* -recitó Rubén-, *es el don del algodón, / que para tener el “don”, necesita tener “algo”.*

-Ya, huevón, no te pongas académico –vociferó Pancho, mirando la foto de los palafitos-. Maricón, me robaste Chonchi, pero bueno, disfrutemos como gente sencilla este vino fraterno y el charqui que nos trae la bella Leontina.

-¿Y qué le pareció? –preguntó Rolando.

-¿Qué me pareció qué?

-Mi libro.

-Ah, de veras... Me gustó el cuento del almacenero, los otros son más débiles, mucho mensaje. Buena intención, pero falta sutileza. El de "la pequeña dama" se salva...

Rolando se tragó esas palabras, y mientras Pancho brindaba vociferante por los dueños de casa y por este encuentro con Horacio, le dijo en susurros a Jorge el viejo está medio huevón, no entiende nada, qué va a entender, si solo escribe de islas, témpanos y faros...

-¿Quieren escuchar unos tangos? -preguntó Rubén-, me regalaron un LP de un intérprete que no conocía, Edmundo Rivero, me parece formidable.

-¡Tangos, tangos! -dijo Pancho.

-Tangos, digo yo -acotó Horacio.

Manuel pensó que Lucho habría estado bien ahí.

Rolando le susurró a Jorge qué pasa, por qué todo el mundo anda con esto del tango. Horacio levantó la copa y brindó por cada uno, especialmente por Pancho, asegurando que lo quería mucho, lo admiraba, que cuando escuchó por la radio que se había filmado una película basada en sus cuentos había salido de su departamento para correr por calle y calle a ver si lo encontraba en algún punto de Santiago, a Pancho, para darle un abrazo de hermano.

-Salud, hermano -dijo Pancho, después de echarse al seco su vaso de pipeño-, yo también he querido felicitarte, agarrarte a abrazos después de ver tus cuadros.

Durante un rato nadie habló porque todos rumiaban charqui, remojándolo con vino para que ablandara. El pebre picaba lengua y garganta, demandando más pipeño.

-No se preocupen, que vino no nos va a faltar -dijo Rubén-, la pipa está casi llena, y los Caballeros de la Bola Azul decretamos que hoy viernes fuera sábado, ¡salud!

-Yo sé, Panchote, que estamos en distintos bandos, pero los dos queremos lo mismo. Yo el 52 voté por Ibáñez, alguna vez me lo reprochaste. El Caballo ha dejado la cagada. Lo del 2 de abril no tiene

nombre, la inflación es la más grande de la historia, estamos hasta las bolas. Pero el próximo año Allende volverá a postular y socialistas y comunistas lo vamos a sacar.

Coloane parecía estar pensando en otra cosa.

Rolando hizo algunas observaciones sobre las diferencias entre "socialistas populares" y "socialistas de Chile", ojalá se unan. Rubén lo miró con severidad. En el disco terminaba "Cafetín de Buenos Aires". Muy bueno.

-Pancho -dijo Rubén-. Tenemos que ganar la Sociedad de Escritores. Hay tareas por delante, crear concursos, luchar por una editorial del Estado, tanta cosa, y tenemos el apoyo de muchos jóvenes como Rolando, Jorge y otros que tampoco se han inscrito. Es preciso iniciar una campaña para que se hagan socios.

-Sí -dijo Pancho mirando sus zapatos, rascándose la barba y agitando su copa vacía en dirección a Rubén.

-Y corrí, Pancho -volvió a la carga Horacio-, corrí por las calles de Ñuñoa buscándote, buscando a mi hermano.

-¿Qué estás pintando ahora? -preguntó Rubén.

-Te buscaba y te buscaba, mi viejo Pancho, para abrazarte. Estoy en un período constructivista, Rubén. Ya superé toda esa huevada de "adelante, camaradas, viva la huelga, compañeros", toda esa bazofia que nos llegaba como una orden de Moscú y que debiera llamarse "irrealismo comunista". Estoy en otra.

Pancho levantó con dificultad su corpachón del asiento y tomó a Horacio de la solapa, tirándolo hasta ponerlo de pie.

-¡Eso quería oírte decir, maricón!... Buscándome por las calles, ¿ah? Ya me parecía hipócrita toda tu monserga cagona. Se te salió el anticomunismo, concha tu madre-. Y le dio un empujón que lo tumbó sobre el mismo sillón del que lo había levantado.

-Ya, Panchote, se te pasó la mano, tranquilízate -intervino Rubén tomándolo de un brazo.

Rolando y Jorge se miraban como sin saber si reír o estremecerse.

Horacio lloraba, restregándose los ojos.

-Vámonos –le dijo Rolando a Jorge.

-Sí, ya es hora.

-No –recló Rolando en el acto-. Pensándolo mejor, no podemos dejar a Rubén solo en esta situación. Esperemos que se calme el huracán.

-De acuerdo –dijo Jorge-. Brindemos entonces. Rubén: salud por los Caballeros de la Bola Azul.

-Que no se acabe la diversión –gritó Rolando.

-Yo también quiero ingresar a esa orden, ¡salud! –dijo Pancho.

-Yo también, hermano –lloró Horacio.

Pancho lo miró dubitativo, que sí, que no.

-Tú también, hermano –respondió finalmente, estrechándolo entre sus brazos.

\*\*\*\*\*

La segunda botella había bajado y el alcohol les estaba bailando en la cabeza.

-Comamos algo –dijo Lucho.

Ordenaron una pichanga.

Poco antes se habían encontrado en la esquina convenida. Recorrieron el paseo costero hasta el Puertecito, una minúscula bahía dentro de la bahía, donde recalán lanchas pescadoras a su retorno de altamar, con su cargamento de gambas y merluza. Después, caminando cerro arriba por una calle de veredas escalonadas, encontraron las Delicias de Baco, esta cantina de poca monta, pero que se mantenía a salvo de las cuecas y tonadas que en estas fechas atacan a mansalva, apto además para conversar de política, de mujeres, de tango.

El diálogo iba, venía, subía y bajaba, se detenía en las sorpresas. Lucho simpatizaba con la izquierda, los comunistas le parecían serios, pero lo acosaba la necesidad de una formación teórica más sólida. No es que fuera un lego, insistió más de una vez. Conocía bien el Manifiesto, había leído también el Anti-Düring, y siguió un curso sobre el Manifiesto Comunista que dictó Juan de Luigi en la Escuela de Leyes, Ahora deseaba analizar muy a fondo los escritos teóricos de Gramsci, comprender a fondo el concepto de “intelectual orgánico”. El año anterior estuvo a punto de solicitar su ingreso a la Jota, pero la verdad es que lo perturbó bastante el asunto del XX Congreso y toda la olla de sapos y culebras que había destapado Nikita para desterrar la imagen de Stalin. Y lo inquietaban también las tendencias obreristas que miraban en menos a los intelectuales, y cierta tendencia de los organismos dirigentes a inmiscuirse en la vida privada de los militantes. Tenía como ejemplo algunos casos.

-¿Sabías que ese tipo, Fernán, estaba en Moscú cuando se realizó el XX Congreso?

Si el tango lo perforaba con tanta fiereza es porque desde que tuvo uso de razón había escuchado el programa “Tangueando al atardecer”, que su padre sintonizaba a la hora de hacer las tareas, y primero se le habían incrustado en el alma los de Gardel, Hugo del Carril, Charlo y Ada Falcón, y después, ya adolescente, con el virus circulándole libre por la sangre, solito había indagado en los más nuevos –el Varón Soza, Floreal Ruiz. Podía también decir con orgullo que tenía su propia selección de tangos. Los había clasificado por tema: marinos, como “Niebla del Riachuelo”, “Mañana zarpa un barco” o “Barco Amor”; Borrachos, como “La última curda”, “Los mareados”, “Tomo y obligo”; amores rotos: “Cristal”, “Mocosita”, “Fuimos”. Y así... Estaba saliendo, dijo, con una belleza de Psicología. Se habían flechado varios años antes en Chillán durante un congreso de estudiantes secundarios y después de varias asambleas, muchas discusiones y algunos atraques difíciles, medio furtivos, exitosos, concluyeron que estaban hechos el uno para el otro y tomaron la decisión juramentada de encontrarse en Santiago.

-Ella tiene nombre de tango –dijo Lucho.

-¿Cumparsita, Margot, Rosicler?

-Malena.

-¿Y canta el tango como ninguna?

-No. Pero le enseñaré. Eso sí, *sus ojos son oscuros como el olvido...*

-Te voy a decir, amigo, que al parecer en tangos no ando tan mal. Todos los que mencionaste los conozco.

Un mesero barrigón y desaseado les colocó sobre la mesa una bandeja, trozos de jamón, queso, aceitunas, pickles. Al retirarse se detuvo en la mesa vecina y remeció por los hombros a un vejete anteojudo que roncaba alegremente.

-¡Ya, caballero, despierte! –le dijo-. Aquí no se viene a dormir.

-Sírvenme otro pisco –dijo el tipo.

Manuel se explayó también sobre sus desventuras amorosas con la Vero y con la bailarina que prefiere a los dentistas. Se lamentó de su mala cueva, ya que amándolo las dos, aseguraba, ambas lo plantaron sin piedad, como si pisaran a una cucaracha, las mujeres son de otro planeta, extraterrestres, quién las entiende, hoy dicen una cosa, mañana otra –“hoy un juramento, mañana una traición”, interrumpió Lucho-, actúan sin lógica, ¿me comprende? Mejor buscar a las putas, las únicas amables y filósofas, como decía Sade, oye los puertos son famosos, ¿conoces algún puterío?

-Peligrosos –dijo Lucho, vaciando su caña.

-No lo digo para ir a tirar, sino para divertirnos un rato. No me interesa la sífilis, ni la gonorrea, ¿conoces los callejones de Ricantén?

-No, huevón, los prostíbulos de puerto son peligrosos por el ambiente, marineros borrachos, cuchillas, el facón.

-No te pongas tanguero.

-*El ciruja que era listo para el tajo...*

En un salón a media luz, despaturrado en un sillón antiguo, de verdosa felpa desteñida y polvorienta, estaba el tipo de lentes gruesos y cara angulosa. Sobre una mesita plegable se acomodaba una

botella de pisco que iba llegando a las finales. La mujer, sentada sobre el brazo del sillón, le acariciaba mecánicamente el cuello, luciendo orgullosa sus generosos pechos. El tipo se sirvió otra copa y la zampó de un solo trago. Parecía estar llegando al borde de la desesperación.

-¿No es Donoso? –preguntó Manuel.

-No sé –dijo Lucho-, a Donoso solo lo he visto en fotos. Podría ser.

Manuel lo miró con cierta excitación. Sus cuentos de *Veraneo* le habían parecido novedosos, potentes, sobre todo “El güero”, acerca de un viaje desde el puerto de Veracruz a la localidad de Tlacotalpan, remontando el río Papaloapan. Una pareja bailaba muy apegada al son del bolero “Tres palabras”. El paseaba su mano desde la cintura al culito respingado de la muchacha, ida y vuelta, preparándose tal vez para los momentos que vendrían. *Y esas palabras son cómo me gustas...*

-Hola, mi amorcito -. Una mujer mayor, cuarentona, maciza, sedosa y colorida de paños, se había acercado a Manuel-. ¿Me vas a invitar un trago?

-¿Cuánto cuesta un pisco? -Inseguro, tímido.

-Aquí todo es barato, ricura. Invítame un trago y después yo te invito a mi pieza, que mira al mar ¿ah? Se ven los barcos, ¿te gusta el mar?. -Había deslizado sin aspaviento su mano hasta la zona prohibida, como para ensartar definitivamente el anzuelo-. Hm, buen sexo, tomemos un trago, primero pisco, después pico, todo muy prisco, todo muy rico.

Era una poetisa.

A Luis aún no se le aproximaba ninguna de las chicas, tal vez alertas a su aspecto taciturno y solemne.

-¡Otra botella! –gritó el tipo de los anteojos gruesos.

-¿Quién es? –le preguntó Manuel a la mujer.

-Qué sé yo. Primera vez que lo veo. Debe ser santiaguino.

No me vas a creer, dijo Lucho, pero cuando te fuiste al segundo piso con la dama, el tipo anteojudo dejó pasar un rato, se tragó dos piscos al hilo y luego se me acercó con la botella y llenó mi vaso. Es Donoso, arrendó un cabaña rústica en Punta de Tralca y lleva tres meses viviendo ahí como un anacoreta, escribiendo su primera novela, la historia de una vieja de las familias jaibonas de Santiago que celebra su noventa y algo cumpleaños con un hijo zángano que vive con ella y no le ha trabajado nunca un cinco a nadie. Dice que con el libro de cuentos le fue bien, lo enfatizó varias veces, y se sintió estimulado para lanzarse en una aventura mayor que deberá coronarlo, sabe que esta novela será una catapulta para situarlo a la cabeza de su generación, pero por otra parte el tipo es complicado, de pronto los tragos se le aconcharon, cambió la dirección de su discurso, se amargó su rostro ya lívido, envejeció diez años y empezó a galopar salvajemente en otra historia, había llegado a este lupanar, esa palabra usó, porque después de tres meses de aislamiento total, sin ver a nadie, sin hablar, sin escuchar música ni noticias, corriéndose la paja por las noches, tuvo como una explosión y entonces se vino al puerto y en el primer kiosco de diarios que le salió al camino preguntó dónde quedaba la casa de putas más cercana y aquí andaba, tratando de conocerse más y sabiendo ahora sí, después de lo que acababa de pasarle, que con las mujeres nunca, y lloró, no puedo, decía tartamudeando, lloraba.

## **TERCERA PARTE**

**1958|1959**

**CUESTA ABAJO**

## UNO

Jorge cazó un buen asiento en el metro de la línea Broadway que lo dejaría en la estación Prince, en el sur de la isla, cerca del loft donde vive ese curioso tipo Marcelo que lo invitó a una reunión de “amigos del placer” en la cual tendría que leer sus versos. Le esperaba un largo camino. Se desató la bufanda burdeos y del bolsillo interior de su chaquetón sacó un sobre aéreo de color azul y releyó la carta que había recibido esa mañana.

*Querido Angelo:*

*Te estarás preguntando cómo supe tu dirección en Nueva York si nunca me has enviado una postal y ni siquiera pasaste a despedirme, Angelo ingrato, Angelo roto, ¡Angelo! El año pasado, hojeando el diario de los domingos, me enteré del premio por tu segundo libro y así supe también que habías ganado una beca para, ¿para qué? ¿Estudiar literatura? ¿Cuánto tiempo piensas quedarte por allá?... La dirección me la dio Chocolito. Te voy a sorprender con algunas noticias. Resulta que él visita mi casa algunas tardes, no por verme a mí, sino a mi mamá, ¿qué me dices? Yo desde hace un tiempo olía algo, hasta que una noche mi madre me largó la pepa, porque ya soy una niña grande y sabría comprender, dijo. Se empezaron a frecuentar hace como un año, y poco a poco fueron descubriendo que se querían más de la cuenta. Esto me tiene muy alterada y a veces por la noche me hierve la sangre, ¿cómo puede ser tan inconsciente la vieja? El hecho es que ahora está embarazada. No piensa casarse porque le lleva casi veinte años al Chocolo, pero el bebé sí que lo va a tener. ¡Linda situación! ¿Qué irá a decir la gente? ¿Cómo lo tomará mi papá?*

*En fin, tu amigo anda bastante preocupado por ti. A veces cuando lo encuentro en la casa, me entero de algunas cosas. Dijo que tenía que escribirte una larga carta porque habías dejado la embarrada antes de partir y lo que hiciste (no me quiso decir qué) estaba produciendo efectos que iban a repercutir profundamente en tu vida. Me muero de curiosidad.*

*Pasando a otro tema, hace unos días, en el Rialto, vi una película que me encantó, La ninfa constante. Una chiquilla como de mi edad pero bastante enferma que vive con su prima en unas montañas suizas parecidas a nuestra cordillera y se enamora del marido de ella, un músico que le enseña piano y es bastante mayor, ¿la conoces? Si la dan por allá, trata de verla.*

*Aquí no se va el verano todavía. Pasé tres semanas en Coquimbo con mi padre. Papá es un amor. Salí a bucear con los pescadores y me engullí todos los mariscos que pude.*

*Bueno, amigo ingrato y roto, te mando un abrazo y un beso. Si es de noche, que sueñes con los angelitos, y conmigo al ladito. Nora.*

*P.D. Escribeme, Angelo, por favor escribeme.*

\*\*\*\*\*

-Salud, amigos: como saben, no hay ninguna alegría verdadera que no provenga del alcohol –sentenció Jorge al levantar su copa de champaña, dibujando esa sonrisa cándida y picarona que solía producirle buenas cosechas sociales.

Estaban sentados en torno a una amplia mesa redonda, copas verdes, amarillas y rojas, con servilletas del color correspondiente. Un caracol nautilus comandaba desde el centro, sobre un pedestal de plata.

-Sírvanse, por favor –invitó Marcelo-, “salmón vikingo”.

Siete personas integraban este ágape de los “amantes del placer”: dos parejas, dos hombres solos y el anfitrión de turno, Marcelo. Jorge, el recién llegado, era el único extraño en el grupo. La noche del primer viernes de cada mes a un determinado miembro de la cofradía le tocaba festejar al resto, ofreciendo a sus paladares las mejores posibilidades gastroeconómicas, decía Marcelo, así como vinos y licores de excelencia.

El chileno Roberto Fuentes trabajaba en un bar-restorán de Brooklyn, y su esposa era una linda gringa de piel mate, cabello

crespo y labios carnosos -como una negrita de piel blanca- a la que llamaban Heidi. Le recordaba dolorosamente a Jorge la imagen de la bella Pilar; Arturo Campos, chileno también, y Amalia, venezolana, andaban bordeando los cincuenta, él un poco mayor, serrote, algo pálido, ella nada especial, casi no hablaban; Casagrande, un tipo de metro noventa, buen golpe de vista, ligero bigote blanquecino, sarape mexicano al hombro, pipa gruesa. ¿Solterón quizás? La estampa de una persona autosuficiente y muy mañosa. Alguna cualidad de delicadeza femenina había en sus modales; y Bruno Cuesta, joven novelista hondureño que sonreía poco, se apegaba a Casagrande y daba la impresión de no disfrutar los manjares de esa noche: camarones cristal, rodajas de holoturia cocidas al vapor, angulas en aceite... A Jorge, en cambio, los sabores marinos nunca lo sorprendían para mal.

-Salud –siguieron –¡Salud!

Difícil le resultaba tejer armoniosamente el conjunto de situaciones por las cuales la gran rueda del azar lo había depositado en el loft de este excéntrico Marcelo Monti, en Manhattan sur, como huésped especial de un club de latinos auto denominado *Amigos of Epicurean Delights*. Él no era más que un provinciano del sur de Chile al que de pronto dejan caer en el centro del mundo. A pesar de algunos años en Santiago, y de recitales en ciudades como Valparaíso o Concepción, no dejaba de sentir que era un hijo de esa aldea en la cual el vino es un joven bonachón y alegre que pretende iluminar la noche, y *la mañana tiene olor a pan amasado*. Le costaba trabajo despejar la confusión, concentrarse en los detalles responsables de su presente destino como poeta en Nueva York. De la noche a la mañana se vio transitando primero desde una fiesta que le dieron sus amigos a los muelles de Valparaíso, y luego desde ahí a la isla de Manhattan en un vapor transatlántico.

Falabella había invitado a los más cercanos a una cena para despedir a Jorge, que ya cruzaba las puertas del éxito, dijo, partía la tarde siguiente a explorar otras geografías llevándoles la voz poética juvenil de Chile. Primera vez que abordaría un barco para conocer



nuevos mundos, y aunque todos los amigos lo felicitaban, él no estaba feliz, qué tanto, por qué diablos era necesario conocer otros países, escuchar lenguas distintas, beber otros vinos, si bastaba y sobraba con la aldea minúscula, con los caldos vaciados directamente de la pipa, como en casa de Rubén, qué tanto, la chicha con naranja en la sidrería iluminada por la sangre de las manzanas y donde llegan los parroquianos de siempre, qué tanto, ¿valía la pena llegar a una tierra extraña sin amigos? Pero Falabella brindaba por uno de los grandes, uno cuyo nombre acabaría por sumarse a los de Neruda, Huidobro, Pezoa Véliz. Y Rolando gesticula y declara *sotto voce* que somos una generación en ascenso y vamos a dar qué hablar, debemos buscar con afán el recurso para fundir en un todo armonioso el credo netamente artístico de cada uno con el entusiasmo ideológico de quienes pretendemos mejorar el mundo, lo individual y lo colectivo. Y Lucho recordándole al poeta que nació el 24 de junio de 1935, el mismo día en que se calcinaba Carlos Gardel en el interior de un avión en Medellín, divulgarlo por allá, rindiéndole honores. Y Priscilla callada, como temerosa, pensando acaso que no es nada bueno separarse, deseando que su Jorge ya estuviera de regreso. Y Cuqui leyendo a todos un cálido saludo de Manuel, que estaba enfermo en cama.

Cuando llegó Quique Lizama acompañado de la bella Pilar, a Jorge se le cerraron los ojos, le tembló el corazón, le tartamudearon las palabras y se le entró el habla. Tenía que conversar con ella a solas, no debían delatar ante el grupo la pasión muda e infértil –solo expresada con los ojos– que les consumía el alma, *tu cuerpo es el frágil latido de flores con ojos de nieve que me traen los vientos venidos del país donde nunca se llega*. Nada había pasado, ningún contacto físico los había confundido hasta hoy, y mañana él se iba lejos por un semestre, debían hablar ahora, si no lo hacían su viaje no iba a ser más que una larga condena, una espera angustiada, para qué diablos habría dicho que sí, cuando vivir en la provincia es lo mejor, y ahora, desde esta metrópoli que apuntaba al cielo, Santiago se ve tan solo como un pueblo provinciano donde sobre el techo de las casas todavía se reúne el congreso de gorriónes.

Entretanto el anfitrión Marcelo descubría en la bandeja de plata, al centro de varias fuentes de endivia rebanada en aros, un enorme pez rosáceo salpicado de escamitas de eneldo. Un premio, pensó Jorge, la recompensa por favores concedidos, una bendición del Señor. Estaba crudo ese salmón, descubrió con alegría, adobado cuando mucho, y la verdad es que sus sabores equivalían a la recuperación de paraísos perdidos.

–Celestial –dijo Casagrande cerrando los ojos en un suspiro-. Casi no puedo creer lo que estoy comiendo.

–Modestamente –agradeció Marcelo con una sonrisa picaresca.

–¡Maravilloso! – exclama el chef de Brooklyn.

–Amigos –pontifica Marcelo, muy solemne, inflando el pecho y mirando a los comensales como un soberano desde su trono-, sepan que mientras se encuentren ustedes bajo mi techo, y sobre todo en torno a mi mesa, soy el responsable absoluto de vuestra felicidad. ¡Salud!

–Lo que separa al hombre del animal –dijo el chef-, es su capacidad de disfrutar los sabores.

Heidi lo celebró con una sonrisita más bien despectiva, mientras advertía complacida que el joven poeta chileno la devoraba con los ojos.

–No, no, no –refutó Jorge, quizás un tanto estimulado por el libre flujo de la champaña-, lo que separa al hombre del animal es la capacidad de mentir.

–Del animal –rió Casagrande.

Heidi miró a Jorge a punto de aplaudir su idea.

–Bueno, no lo digo yo, lo escribió Anatole France –siguió Jorge.

–Pasado de moda –sentenció el novelista hondureño, encogiéndose de hombros.

Jorge le dirigió una sonrisa medio burlona, y Heidi volvió a mirar al poeta chileno con un dejo de admiración.

–Lees bastante, ¿verdad? –le preguntó.

-No sé si mucho, pero en todo caso me degusto lo que cae en mis manos –la miró a los ojos-. El primer libro que leí en mi vida fue *Las aventuras de Tom Sawyer*.

Ella le demostró con los ojos que comprendía bien.

El piso abarca una manzana entera. Imaginándolo vacío, puede compararse con una cancha de patinaje, o una escuela de danza, o el taller para diez escultores en piedra. Muebles, separaciones, biombo, leves muros, un par de altillos: un mega departamento con el caos suficiente para que ocurriera ahí de todo, guerra, espectáculo, amor, vida cotidiana, el fin del mundo. Cuando preguntó por el camino a... los servicios, Marcelo le indicó el final de un pasillo longitudinal y Jorge partió canturreando Caminito y añorando una bicicleta. En la sala de baño, un lavamanos con varias llaves abarcaba todo el largo del muro, y al lado opuesto, cuatro tazas “silenciosas” una junto a la otra, sin tabique separador. Estas moradas gigantescas fueron fábricas textiles y de otras industrias menores -le había informado Marcelo- y al ser desmanteladas por la modernidad, quedaron esos grandes espacios sin nada más que algunos ventanales. En un extremo el baño de hombres, en el otro el de mujeres. A lo largo de su camino de regreso Jorge tuvo que hacer el quite a varios desechos secos del perro Foxy que, al parecer, no había disfrutado el privilegio de conocer la calle. Conque esto era un “loft”.

-Como estoy solo –dijo Marcelo después de ofrecer un postre que jugaba suavemente con los sabores del mango-, les ruego a las señoras que me ayuden a despejar la mesa. Pronto empezarán a llegar los comensales para el show.

Antes de las diez de la noche se habían juntado en el *loft* alrededor de cincuenta personas. Pagaban al entrar una cuota de cinco dólares para presenciar el espectáculo. Casi todos latinoamericanos, estudiantes, académicos, artistas. Marcelo había dispuesto una medialuna de sillas plegables frente a la plataforma improvisada que servía de escenario.

A las diez en punto, Marcelo tomó el micrófono y tosió dos veces antes de ofrecer la solemne bienvenida a los espectadores. Anunció

el programa general y presentó el primer número, un joven poeta chileno que se hallaba becado en Nueva York. Tres muchachas sirvieron vino navegado entre el público.

Jorge dedicó su lectura primero a la memoria del vate lituano Lubicz Milocz, “que entrega palabras como gorriones del cielo”, dijo, luego al beatnik californiano Allen Ginsberg, por su poderoso “Aullido” que resuena en todas partes, y finalmente a Joe Louis y Arturo Godoy, grandes del cuadrilátero, porque la carrera del pugilista es tan solitaria como la del escritor. Leyó de su segundo libro, el premiado, caminos que se pierden en la niebla, rieles que centellean y sidrerías que huelen a manzanas recién molidas, de un vaso de cerveza que prolonga la tarde, de las ortigas que invaden el jardín, y leyó también algunos textos inéditos en preparación, *me despido de una muchacha cuyo rostro suelo ver en sueños*. Lo aplaudieron a rabiar y la negrita blanca del chef de Brooklyn -¿cuarterona quizás?- hasta le pidió que por favor siguiera leyendo, eran muy finos sus poemas. Pero el anfitrión Marcelo, mediante un movimiento de cabeza, manifestó un discreto “no”.

Una bailarina de cuerpo grácil a pesar de la cintura poco tersa, subió al escenario e interpretó un solo con música de Gershwin. Al agradecer los anémicos aplausos, aseguró que el jazz es la música popular más importante que ha dado el siglo. Jorge recordó a Lucho, ¿qué hubiese replicado?

El número fuerte de la jornada estaba reservado a una pareja de actores uruguayos –hombre y mujer- que habían montado recién un drama del absurdo en Off Off Broadway. Vestidos con ropa de calle -ambos de edad madura- sentados cada uno en un sillón, mirándose de frente, empezaron una conversación bastante trivial. Me parece que yo la he visto antes, decía él, algo así. Oh, qué curioso, que interesante –respondía ella-, a mí también me parece que yo lo he visto antes. Qué curioso, qué interesante –seguía él-, pero ocurre que yo soy de Liverpool. Oh –seguía ella- qué curioso, qué

interesante, ocurre que yo también soy de Liverpool. Qué curioso... hasta que iban desembocando en una callejuela sin salida donde acababan por reconocerse como marido y mujer.

-Qué curioso, qué interesante -dijo Marcelo, felicitando al dueto y cerrando el show.

A medianoche solo permanecían en el *loft* el chef con su gringa cuarterona, dos de las muchachas ayudantes de Marcelo, y Jorge, quienes por residir en zonas lejanas, tendrían que dormir ahí.

Hay café -dijo el anfitrión-. Después vendrá la aparición de las camas, última función de esta noche.

Agotados por la mega jornada, tomaron su café sin hablar, como esperando tan solo que el anfitrión les asignara el lugar para el descanso.

Marcelo se levantó y con dos o tres movimientos de palanca, convirtió el antediluviano sofá en una cama matrimonial. Lo mismo ocurrió con otros dos armatostes que, transformados en camas, quedaron separados por más o menos dos metros de distancia en una caótica figura geométrica. Sobre cada una había un juego de sábanas, almohadas y cobijas-. Baño de mujeres al sur -señaló Marcelo con el índice-. Hombres al norte. -En algún punto equidistante de las tres camas, instaló una lámpara de pie y enseñó su mecanismo. Luego deseó buenas noches a cada uno de sus huéspedes, hizo un guiño a una de las ayudantes, se retiró hasta la escalera de su altillo, y trepó con Jane a su madriguera nocturna como lo hace Tarzán a la cabaña que construyó entre el ramaje de los árboles.

Jorge no pegaba los ojos. Priscilla y los niños, ¿cuándo volvería a verlos, cuándo volvería a leerle las fábulas de Esopo a Carolina antes de su sueño, cuándo visitaría a la pequeña Nora para ayudarle con las tareas, cuando abarcaría otra vez con sus dos manos los suaves pechos de Priscilla, cuándo le bañaría los muslos con vino dulce para luego secarlos a golpes de labio y lengua, esa lengua que atraviesa se desvía y busca el acceso a grutas oscuras con estalactitas que gimen como una bandada de murciélagos blancos, y vibran igual

que un descomunal hormiguero que sucumbe ante el avance de los alacranes ciegos, cuándo vaciaría con Rolando, Manuel y el Cara de Hombre un par de jarros de vino pipeño, cuándo volvería a regar por las tardes el jardín de su casa que mira a la cordillera, cuándo viajaría en el tren nocturno hasta Lautaro para regalonear con sus padres, sus hermanos, la vecina del molino, cuándo caminaría con Chocolito por Irarrázaval haciendo “eses” dictadas por el alcohol, cuándo, todo cuándo, ah, cuándo mi vida cuándo, una oveja, dos ovejas, tres ovejas, siete mil setecientos setenta y siete ovejas y no llega el sueño maricón, porque también en su vida se metió el demonio de Pilar, la novia de su amigo Lizama, y por eso en su espíritu aún no logra afincarse la paz.

La tarde aquella, poco antes de la última Navidad, él había bebido bastante cerveza. Lizama llegó a casa de Falabella con ella del brazo y la presentó a sus amigos, era su novia, polola, mina, como se llamara, pero justo era la “todo eso” de su amigo, su buen amigo, mejor, porque en ese poco tiempo la amistad entre él y Lizama se había estrechado y ya se estaban viendo con bastante frecuencia, compartiendo vinos nocturnos así como largas charlas sobre la poesía y los poetas del mundo que admiraban. Ella es Pilar, había dicho Lizama. Vestía una blusa de seda color fucsia y los botones superiores estaban fuera de sus ojales para que lucieran el nacimiento de dos pechos llenos, jóvenes, blancos. Y la cabellera casi roja, ligeramente ondulada, la llevaba suelta sobre los hombros, chasquilla hasta media frente. Una imagen deslumbrante, falda casi blanca de esa seda china que llaman “cruda”, apegada al cuerpo, piernas desnudas, pies con las uñas pintadas asomando de las chalas, una oleada de calor sofocante. Durante el primer largo y confuso intercambio de miradas con esos ojos grises y vivaces, Jorge tuvo la certeza de que entre ella y él en algún momento de la vida algo tenía que pasar. Se encontraron las dos parejas en varias ocasiones ese diciembre, pero Jorge y Pilar nunca se dijeron muchas palabras más allá del saludo.

Alguien ronca, ¿acaso una de las muchachas, el chef de Broo-

klyn, su esposa blanca-negra que recuerda a Pilar? Son dos los ronquidos, son tres, se entrecruzan como en una imperfecta melodía polifónica. A lo lejos gime la sirena de una patrulla. Alguien tose. Podría leer, piensa, para apurar un poco la noche, pero si enciende la lámpara, molestará a sus vecinos, lo odiarán, quizás lo ejecuten a ráfagas de maldiciones, hijo de puta, deja descansar, maldito, concédenos el reposo. No sabe cuánto tiempo ha transcurrido, ¿una hora, dos, tres? Pero lo que resulta definitivo es que champaña, vino navegado, café y otros líquidos apretujan su vejiga y que, haciendo de tripas corazón, tendrá que levantarse para emprender a oscuras y en silencio la ruta del norte.

Lentamente arrastra los pies hacia el baño de varones, cauteloso para no tropezar con nada. Pisa un recuerdo no tan seco del perro Foxy, resbala y está a punto de estrellarse contra el suelo. Lo salva la coreografía que le dicta su equilibrio. Mala cueva, se dice.

El regreso en la oscuridad le parece más llano, sin obstáculos. Al meterse de nuevo en su cama, sospecha que no está solo, quizás sin saberlo viola territorios. Estira una mano y toca un cuerpo. “Perdón”, susurra, “me equivoqué”. “No”, susurra también, en su acento mixto, la cuarterona, “parece que me confundí yo. Fui al baño de mujeres y al volver me acosté en la cama equivocada, perdón”. Los cuerpos se rozan. Antes de que cualquiera eche pie abajo de la cama, él siente que los pechos de Heidi presionan su torso y que ella entreabre los muslos. Se susurran, se besan, se lamen, mientras en las camas vecinas continúa el concierto de toses y ronquidos, se palpan, se arden, se incendian, oh, oh, no lo puedo creer, qué rara situación, cómo está pasando esto, muy extraño, el azar, lo nunca previsto, la magia, la sal y pimienta, sí, la magia, oh, oh... El desenlace de la obra teatral al revés.

-Amaneció nevando –dice Marcelo cuando están todos sentados a la mesa saboreando los huevos revueltos con tocino que él mismo ha preparado para el desayuno-; no lo puedo creer: llevo veinte años en Nueva York y jamás había visto nevar a fines de marzo. Creo que

algo debe de andar mal con el señor que controla las estaciones-. Mira sonriente a Jorge, luego a la negrita blanca-. No las estaciones de trenes –aclara-: las del tiempo. Ya me di cuenta, poeta, que tú prefieres las de trenes.

Llega el chef del baño, bien peinado, rasurado, *comme il faut*.

-¿Durmió bien, mi amor? –pregunta a su cuarterona.

-Oh, sí –dice ella-. Tuve sueños agradables y amanecí muy contenta-. Una de las ayudantes de Marcelo la mira con suspicacia. La otra aún no baja del altillo, ¿en qué momento subiría?

-Estuvo todo muy bien anoche –dice el chef-. No recuerdo a quién le toca la próxima jornada de los *Epicurean*.

-Me parece que a ti, muñeco –dice Heidi con gran encanto-. Tendrás que esforzarte bastante para que la jornada resulte como ésta.

Jorge pasea la vista por la geografía del loft, la detiene en los pechos de Heidi y quiere decir algo, pero solo bosteza

-Hasta la próxima, amigos –dice Marcelo Monti unos minutos después.

\*\*\*\*\*

Florece la primavera y desde las plazas se contempla un cielo alegre. De las calles solo se pueden vislumbrar retazos de cielo, triangulitos apresados por las cimas de los edificios. A cada rato y en todas partes se escucha la misma canción que habla de las *April showers*, chubascos de abril. Jorge recuerda haberla escuchado mucho tiempo atrás en una película sobre la vida del cantante que inauguró el cine sonoro y que se teñía de negro para interpretar el jazz, Al Jolson, “abril lluvias mil”, piensa. No entiende la letra, pero la música sí le llega y le trae recuerdos. Y ha llovido en estos días, aunque es preciso reconocer que hay lluvias y lluvias. Para él la lluvia tiene que

ver con sentarse al lado del fuego, simboliza un retorno al hogar y es el abrigo, “esta primavera no es la misma”. Sube la cremallera de su chamarra hasta la altura del cuello, muy primavera será, pero una brisa punzante se filtra por el ropaje. De *daffodils* habla esa canción, quién sabe qué flor será ésa que al parecer llena las colinas quizás como en el Lautaro de septiembre los caminos del campo se tapizan de alstromelias.

Sigue bajando a paso lento hacia *downtown* con las manos en los bolsillos. Al salir del sucucho donde aloja en un destartalado departamento del Bronx, había enfilado derecho al puente que atraviesa el río Harlem hasta la calle 207 W., la última de Manhattan norte, un puente cagón si se compara con el de Brooklyn o el Washington. Desde uno de esos dos se lanzó Tarzán Weissmüller el hollywoodense clavado cuando lo llevaron de la selva africana a la de asfalto. Llegará caminando a Broadway y ahí doblará rumbo al sur hasta donde resistan sus piernas, o lo alcance el tiempo. Si se fatiga o se le hace tarde, simplemente se dejará tragar por la primera boca de metro que salga al paso. Son muchas las cuadras hasta Columbia. Pero no puede darse el lujo de faltar a la cita. Incluirán tres poemas suyos en una selección latina que preparan los estudiantes de letras. Y le pagarán algunos dólares, ¡bienvenidos!

La carta larga y detallada que le escribió Chicolito lo ha dejado confuso, al filo de una sensación indefinible... De pronto aquella noche de la despedida en casa de Roberto, el Quique Lizama preguntó por Pilar, así decía la carta. Durante largo rato nadie la había visto. Priscilla, por su parte, buscaba a Jorge por los vericuetos de la casa. Por la mañana tenían que tomar el tren hasta el puerto. No lo encontró. Dentro de la casa ninguno de los dos aparecía. Encendieron las luces del patio para escudriñar sus rincones boscosos. Nada. Vocearon sus nombres varias veces. Nada. Una especie de sombra se extendió por los comensales, incómoda, densa, amarga. Jorge y Pilar se habían marchado juntos, pero nadie se atrevía a decirlo, nadie quería hablar ni hacer preguntas. *Yo siempre me fijé en cómo tú y ella*

*se miraban, chico, fuiste muy descarado, pero, coño, nunca pensé que fueras tan huevón, chico, la cagaste, te voy a decir que Roberto se quedó espantado con todo el asunto.*

Cuando Jorge llegó a casa como a las nueve de la mañana, Priscilla le estaba preparando su maleta. Pero no le habló. Iba una y otra vez desde la cama hasta el ropero y la cómoda, luego volvía, tarareando la melodía de “El amor es algo esplendoroso”, pero no le dijo nada, y él supo que para salvarse tampoco tenía que abrir la boca. Durante el trayecto a Valparaíso, durmió a pata suelta. No volvió a intercambiar palabra con su mujer. ¿En qué momento comienzan a irse a pique las relaciones? Ya a bordo, al despedirse, cuando un parlante anunció que los acompañantes debían bajar a tierra, se dieron un abrazo discreto y mudo. Cuando Priscilla descendió el último peldaño y pisó suelo firme, se ladeó ligeramente, buscó a su marido entre los melancólicos pasajeros apoyados en la borda y le dirigió una sonrisa que parecía desnudarlo ante el público, un reproche diciéndole “¿Cómo pudiste? Hasta aquí no más llegamos”. Entonces, abriéndose paso entre el gentío, se alejó sin esperar a que zarpara el navío. Jorge permaneció agitándole su pañuelo a nadie, vacío, helado por dentro, con ganas de soltar el llanto.

El asunto, comenta Chicolito en su carta, es que con toda esa situación quedó la escoba, y lo que viene, asegura, no sabe cómo decírselo, resulta difícil, duro, áspero, pero resista, carajo, afronte las consecuencias, el hecho es que Priscilla y Lizama están saliendo juntos, al parecer la cosa no tiene vuelta atrás, todo el mundo habla de eso, *terrible, hermano, pero jodiste tu matrimonio*. “Jodiste tu matrimonio”... Y todo por nada, se dice Jorge. Durante lo que quedaba de aquella noche de despedida, Pilar y él no hicieron otra cosa que caminar como dos adolescentes hacia la casa de ella tomados de la mano, casi sin hablar, mirándose de paso en paso, sin siquiera besarse, hasta que llegaron y se instalaron en un banco a esperar que el alba iluminara el patio de esa vieja mansión en la comuna de La Reina, pegada a los faldeos de la Cordillera. Cuando por la mañana

él miró su reloj y asustado anunció que debía partir, ella le dijo “hasta pronto” y le dio un ligero beso en los labios.

\*\*\*\*\*

Durante el mes y medio que llevaba en Nueva York, Jorge había dedicado buenas horas a los museos de esta ciudad en la que por las calles, en los cines, en las tiendas, en los restaurantes, se ven más africanos, latinos, orientales, de todo, que gringos, pero lo que más seguía practicando era la caminata, sus tacones le sacaban chispas a las aceras de Broadway, Quinta Avenida, la 42, Chinatown, *Little Italy*, la 14, las zonas del viejo Bowery, que conocía por ciertas novelas y porque en un hotelucho de ese barrio de asilos miserables, putas viejas, borrachos sin remedio, había muerto el poeta Maxwell Bodenheim, calles bullentes y apabullantes, llenas de pasión y nervio, de locura. Había conocido también a un par de personas que podían llegar a ser buenos amigos, uno de ellos el “epicúreo” Marcelo Monti, y también a una linda y ardiente damita dispuesta a familiarizarlo con la ciudad durante sus horas libres. En la Universidad lo trataban con el respeto que se profesa a los maestros, y todas las mañanas los aprendices de literatura latina visitaban su cubículo para conversar con él, leerle textos, hacerle preguntas. Pero a pesar de estos factores generosos, no lograba sentirse feliz. Sus pesares, temores, dudas, inestabilidades, remordimientos, le venían perforando la tranquilidad desde el mismo momento en que el Santa Luisa zarpó de Valparaíso surcando las aguas hacia el norte y él se metió a su camarote para llorar a solas y a moco tendido. No disfrutó la navegación ni se interesó por los puertos donde el barco fue haciendo escalas, Arica, El Callao, Guayaquil, Buenaventura, Panamá, *Capitán, padre mío, capitán de navío, ¿dónde están las ciudades azules y los puertos sombríos?* Tampoco puso mayor empeño en relacionarse con los demás pasajeros, que no eran muchos. Se encerró en sí mismo acatando la triste soledad

de un mar que no le sonreía. Escribió bastante, para no enloquecer, y leyó también. Sin embargo, no encontró diversión ni paz.

En Nueva York las actividades y el poderoso imán de la ciudad lograron distraerlo un poco, pero solo hasta la carta de su amigo Chocolito.

¿Qué soy? se pregunta. Un pobre y triste huevón, eso soy. Un pobre y triste huevón que ha sido feliz viviendo en su pueblo natal, con su familia, sus compañeros de colegio, sus amigas, pero que lo deja todo para irse a la ciudad. Un pobre y triste huevón que en la soledad de la capital encuentra a la mujer de su vida que le desparrama amor, le produce alegría, le da hijos, ofrece la posibilidad del orden, pero está a punto de perderla para siempre ¿O es que ya la perdió? ¿Existe “para siempre”? Un pobre y triste huevón que rompiendo los códigos de decencia le ha jugado sucio a un amigo. Un poeta provinciano que se ha llegado a infatuar por los efectos de un par de premios y tres o cuatro elogios críticos. Un pobre y triste huevón, nada más, completo, con todo, mayonesa, palta, tomate y chucrut. Un pobre huevón que duerme mal por las noches y se le hace difícil despertar cada mañana en ese sucucho que arrendó en el taller de un escultor, un cuarto mínimo, sin ventana, con unas maderas que gimen lastimeras a la presión de cada paso, paredes descascaradas. Difícil lidiar con la hostilidad del día. ¿Cómo seguir así? ¿Por qué mejor no se va? ¿Será posible escapar inventando la excusa de las excusas? ¿Qué es lo que quiere? se pregunta. Volver a mi pueblo, se dice, dormir bajo un viejo techo por el que corran los ratones como antes, sentarme frente a un fuego que envejece y mirar el jarro de greda donde aún queda vino, volver a la casa de Lautaro y asomarse por la ventana a la hora en que se encienden las calles, caminar hasta la estación desierta a sentir pasar el viento que silba como un vagabundo. Volver a la ternura tan húmeda de Priscilla que entona melodías todas las mañanas mientras calienta el café. Volver a Sebastián y Carolina cuando juegan con sillas diminutas mientras los grandes no tienen con qué jugar. Volver a los amigos de los días y las noches

para compartir con ellos la bondad del vino. Recuperar en sueños la misteriosa imagen de Pilar... *Volver*, cantaba el Zorzal, qué ganas de escucharlo, *volver con la frente marchita*. Con la cola entre las piernas, se dice Jorge y recuerda la famosa frase del hermano de su padre, el que se fue a la Legión Extranjera: “suicídate, no te vas a arrepentir”.

## DOS

Irracionalidad, sinsentido, Kafka. Manuel camina con lentitud bajo la bóveda tejida por el ramaje de los árboles que glorifican la avenida Suecia. Es como un mundo al revés al que sus amigos no logran enderezar. Un tipo lúcido, equilibrado, ecuánime, hasta sabio, capaz de tomar decisiones correctas, generar ideas precisas y que se halla nada menos que sobre la cima de la colina mayor cuando lo atacan con furia las cerbatanas del amor. Su matrimonio con una mujer vivaz y profunda, hermosa, se va a pique como un barco en la tormenta. Dos pequeñas alegres y juguetonas que entristecen cada mañana al preguntarse dónde estará el cepillo de dientes de papá. La crítica literaria lo corona como una voz potente de su generación, y su carrera académica navega viento en popa, nombrado profesor auxiliar del ramo que más le atrae entre toda la maraña filosófica. ¿No resulta demencial que recibiendo estos regalos de la vida se dedique a envolverlos en un elegante paquete para luego mandarlos a la mierda? ¿Por qué pasan así las cosas, por qué no será uno mismo el que le pase a las cosas, o es que tenemos que marchar por la vida como meros “juguetes del destino”? Piensa que en unos pocos minutos tal vez logre entender mejor el asunto. Al menos hará el intento. Se detiene frente a una reja metálica y mira el número, el mismo que indica la nota que encontró la noche anterior al entrar a su depe, un escueto mensaje de Rolando, que lo espera en esa dirección “mañana” al medio día para presentarle a su nueva compañera. Manuel toca el timbre y al minuto un pekinés café con leche corre hasta la reja moviendo la cola como buen amigo. Tras él aparece el delantal de una mujer de cabellos grises.

-Pase por favor.

Césped inglés, pequeñas tonsuras desde las cuales se yerguen rosales, dalias, geranios rojos y blancos. Chalet de un piso, color blanco invierno, ventanas ribeteadas por una franja azul colonial,

tejado español. El domicilio de Carla Luiselli, pintora y maestra de arte recién separada de su esposo, le ha informado Rolando. La conoció en el Liceo Vespertino, un flechazo y el amor creció vertiginoso, infiltró los espacios de dos vidas como una enredadera ciega y tenaz. Una noche, durante la cena familiar, ella se sintió incapaz de seguir manteniendo la mentira y le confesó a su marido que había aparecido otro hombre en su vida, quería separarse, ellos dos ya no se entendían, el matrimonio era rutina y tedio, más de un año que no dormían juntos, se acabaron las caricias, desapareció el misterio, para qué seguir, mientras antes, mejor.

Los cabellos grises guían a Manuel por el pasillo que une el comedor con una galería vidriada más allá de la cual, en un terreno generoso, se lucen los naranjos, un caqui y otros árboles frutales. Rolando y su nueva pareja se levantan para saludarlo. Al costado, frente a una mesa oblonga rústica, Rubén columpia su cuerpo chato en una silla mecedora. Cejijunto, expresión adusta, roza con sus labios el borde de la copa.

-Manuel, te presento a Carla –dice Rolando como si anunciara su triunfo en alguna batalla.

-Hola, Manuel, Rolando me ha hablado mucho de ti. El Cara de Hombre agota su trago, se levanta, estira su chaqueta.

-Debo irme, chicos –dice sin sonrisa-. Pasa a verme, Manuel. Me gustaría conversar contigo.

-Estoy dando los exámenes semestrales, pero voy a ir. Gracias.

Un niño entra corriendo, cuatro o cinco años, forrado en un buzo de franela.

-¡Tío Rolando –grita con euforia-, tío Rolando! ¡Enséñame otra adivinanza!

-Mi hijo Giacomo –dice Carla mirándome.

-Ya te dije que no me llames “tío” –lo corrige Rolando-. Tienes que decirme “papá”, ¿comprendes? Papá, a ver, repite.

El niño lo mira sin decir nada.

Manuel abre los ojos y se sacude, mira a su amigo como si no pudiera creer lo que escucha.

-Lo acompaño a la puerta –le dice Carla a Rubén. El niño los sigue.

-¿Te gusta la casa? –pregunta Rolando.

-No puedo entender que estés viviendo aquí –ataca Manuel-. ¿Te volviste loco?

-Claro que sí. Por ella.

-Me parece una soberana huevada-. Primera vez que se atreve a increpar a su amigo mayor.

-¿Qué dijiste?

-El niño... El niño ya tiene un padre. Ese padre es italiano. Perdió a su mujer, tal vez por tu causa. Si se entera de que además está perdiendo al hijo, te puede pegar un par de tiros, ¿me comprende? ¡Es italiano!

Rolando aprieta la mandíbula, abre y empuña las manos, su ceño se arruga.

-Quizás tengas razón –dice cuando Carla entra de nuevo al living trayendo un plato de aceitunas negras y otro de panecillos con queso. ¿Pero qué puedo hacer?

-¿Le serviste pisco sour a Manuel, mi amor? –pregunta ella-. Ay, Rolando, no se te ocurre nada.

-Ya te lo dije –concluye Manuel.

Mientras el jarro se vacía, los amigos intercambian noticias. La Orquesta Sinfónica incluirá en su repertorio de temporada los *Estudios emocionales* de Roberto Falabella, que por estos días anda muy risueño porque un crítico lo ha apodado “el Mozart chileno”. Pero más real y halagador fue la felicitación que le envió desde Francia el maestro Pierre Boulez. Esa es noticia buena... Y una mala: después del cataclismo que significó la fuga de Jorge y Pilar durante la fiesta de despedida, Priscilla se ligó con el poeta Lizama y ahora andan de



la manito por todas partes, al parecer bastante felices. Otra mala: Jorge no logró resistir el pulso de Nueva York ni su propia conciencia y se desbarrancó en una depresión oscura y silenciosa que lo tuvo recluido una semana en el hospital y condujo a sus anfitriones a la indeclinable decisión de regresarlo a casita, como que ahora navega por los mares en el mismo barco que lo llevó, o al menos también uno de la Grace Line... Chicolito es el más enterado. Y a propósito, otra copucha ni buena ni mala: Chicolito se enreda en amores con una dama mayor sin perspectivas de futuro, aunque viene un bebé en camino y ella está dispuesta a tenerlo.

-Y bueno, hermano, la vida es complicada –reflexiona Rolando-, cada uno vive sus pequeñas tragedias y comete sus propios errores, pero lo más importante de todo es la historia, la sociedad por sobre el individuo, el movimiento de los pueblos, recordemos que solo faltan setenta y cinco días para que Allende sea presidente. Mañana serán setenta y cuatro.

El vespertino “Última Hora” anuncia cada tarde los días que van quedando hasta la elección presidencial del 4 de septiembre. La campaña del candidato socialista ha tomado bastante vuelo y la discusión entre los distintos sectores políticos cunde vigorosamente en cada mínimo espacio de la vida nacional. El debate levanta polvo en liceos, facultades universitarias, en las micros, los cafés, las tiendas, en las calles del centro, los cines, las casas de puta, en plazoletas de barrio, en la misma Plaza de Armas cada noche hasta la madrugada o hasta que los manguerazos del “guanaco” disuelvan a los grupos que se dejan arrastrar a conflictos violentos. Cada uno de los cuatro candidatos en pugna, cuando salga elegido, pondrá fin a la miseria, señores, acabará con la inflación, traerá paz a los hogares. Con Alessandri, señores, no habrá cesantes en Chile. Allende entregará la tierra a los campesinos que la trabajan, señores. Nadie permanece indiferente. Las noticias ajenas al tema electoral pasan a segundo plano. Al principio, muy caballeros. Las expresiones de cada bando aparecen tímidas. El gerencial Jorge Alessandri, y Bossay del Parti-

do Radical, y Eduardo Frei Montalva, patria nueva, y Allende, médico galante que logró unificar a los sectores socialistas en el Frente de Acción Popular en alianza con el Partido Comunista, y también un payaso inventado a última hora, el Cura de Catapilco, aficionado a la cabalgata. Todos muy prudentes al principio. Sin embargo al poco tiempo, tras esas voces cautelosas se desata una vociferación vehemente, hasta frenética. Las ventanas de Santiago exhiben posters, yo voto por éste, lo digo y lo proclamo sin miedo, síganme, voten por él. Impreso a todo color, en gran tamaño, aparece el Paleta, el “Firmeza”, el hombre de la bufanda, mirando con severidad a quien lo mira, con el brazo estirado y el dedo índice apuntándolo acusatoriamente como antes lo hizo un mal agestado tío Sam llamando a los jóvenes de su país a enrolarse para combatir en la Segunda Guerra: “Dueña de casa, a usted la necesito” –dice el Paleta-, “Profesor, a usted lo necesito”. Cada mañana los muros de la ciudad despiertan tapizados de carteles nuevos, la pelea va, corre, salta, vuela, intrusea en todos los rincones.

-El viernes nos toca propaganda –dice Rolando.

-Ya lo sé –responde Manuel.

Carla sale de la galería, el pekinés la sigue.

-Creo que debieras largarte de esta casa por ahora –dice Manuel con un tono de urgencia, cierto temor en la voz. Consíguete una pieza, un depe como el mío, pero no te quedes aquí. Todo es muy reciente, las heridas siguen abiertas, el tipo tiene sangre en el ojo.

Vuelve a entrar Carla y se interrumpe el diálogo. Brindis, panecillos. Salud y revolución. ¡Por la felicidad!

\*\*\*\*\*

-Tiene que terminar su novela, Rubén –dijo Manuel-, somos muchos los que la esperamos.

-No avanzo nada –se quejó el Cara de Hombre.

Sus amigos más jóvenes habían leído con devoción *Gente en la isla*, recia historia de pescadores, aventureros, comerciantes, que provocó agitación en las conciencias conservadoras y fue acusada de atentar contra la religión, las buenas costumbres, el orden de las familias. En ella Rubén volcó las experiencias vividas como profesor en Chonchi, un pequeño pueblo de Chiloé al este de la Isla Grande, casas con zancos que caen a uno de los canales en que se divide el mar. Ahora sus amigos esperaban con impaciencia la segunda novela de este escritor intenso y poco prolífico que entregaba mucho más de su tiempo a las labores gremiales que a la escritura misma, una novela que había comenzado veinte años antes y a la que pensaba titular *Un hombre encuentra su destino*.

-¿Cuánto lleva?

-Poco.

-¿La mitad?

-Menos. He tirado muchas hojas al canasto.

-¿Un tercio?-. Manuel pensaba que si la novela era tan buena como algunas de las historias que el Cara de Hombre solía contar en las tertulias, lo pondría en los primeros lugares de la literatura latinoamericana.

-Tal vez. No creo que pase de unas cuarenta carillas-. Rubén cepillaba una tabla sobre el banco carpintero que ocupaba parte de su galería-. Cuando termine con esto nos tomaremos una copa de pipeño y te voy a contar una de las historias de mi novela. Después podemos escuchar un L.P. que me regalaron, boleros cantados por Lucho Gatica. Cursi, pero con calidad, ¿lo conoces?

Manuel dijo que lo había escuchado, tarareó la melodía de “reloj detén tu camino” y preguntó si era ése. Era ése.

-Menos mal que no te has casado –dijo Rubén.

-¿Por qué?

-Porque ya te estarías separando, parece una epidemia, ¿qué les

pasa a estos niños? Creen que casarse es como jugar a las bolitas, se casan y se descasan, Rolando parece un poto loco, Jorge se ausenta unos meses y Priscilla le pone los cuernos con su amigo.

-¿Sabe que Jorge llega en estos días? Chicolito jura que decidió venirse para salvar su matrimonio, pero Priscilla sigue diciendo no-nes, a pesar de que ya no se ve con Lizama, fue una relación motivada más por el despecho de ambos. En todo caso, ¿vuelta con Jorge? Nica.

-¿Nica?

-Así se dice.

-Ya sé por qué –rió Rubén-. Ahora entiendo ese cartel contra Alessandri en que se le ve sentado en una bacínica y dice “por el Paleta nica”.

Y faltan solo sesenta días para que Allende sea presidente. La ciudad es un hervidero, los ánimos de la población estallan, ya no hay indiferentes, las brigadas de propaganda de los cuatro candidatos se trenzan a golpes, patadas y palos disputándose los muros en la noche para pintar consignas y pegar carteles. Desde la casa de Roberto, desde un local en Plaza Ñuñoa, desde varios otros sitios, parten grupos que se dirigen a las distintas poblaciones de la comuna. Se trata de instruir a los trabajadores sobre cómo votar en la nueva cédula única que se ha diseñado para acabar por fin con el cohecho.

-Vamos a ver... Vamos a ver... por qué llora esta mujer-. Rubén hablaba solo, sonriente, midiendo la tabla... Vamos a ver, por quién vota esta mujer-. ¿Sabías que el voto femenino le dio el triunfo al Caballo? Bueno, tomemos un rico pipeñito, ¿qué te parece? Son las siete, hora de caballeros. Sentémonos, Manuel.

Manuel asiente a todo, al pipeño, a la historia de su novela, y después a los boleros de Gatica. Ejemplar Caballero de la Bola Azul.

\*\*\*\*\*

¿En qué momento naufragan las relaciones de una pareja? Aco-  
dado sobre la baranda de estribor, Jorge, cubierto por su maciza  
casaca de cotelé y envuelto en la bufanda burdeos que le tejó su  
madre, distingue a través de la bruma al otro lado de la bahía, las  
titilantes luces de Valparaíso antes del alba. En el oriente se adivina  
la cercanía del sol al filo de los montes. ¿En qué momento se joden  
y se van a la mierda? Tras casi tres años de vertiginosa pasión con  
Priscilla había sobrevenido una calma como las calmas que vio los  
últimos días en el mar tras las turbulencias en el Caribe, una calma  
coronada por la paz, la seguridad, la ternura, dos hijos, dos libros,  
mucho amor, en qué momento, mierda, en qué momento en el cruce  
de dos vías logra instalarse el ardor disfrazado de rojo, cabellera  
roja, ojos rojos, fuego hacia dentro, hacia fuera, hacia lado y lado, y  
entonces las cosas empiezan a cambiar, dan vueltas y vueltas, viran,  
el trompo zumba en su danza frenética. Nada ha pasado por fuera  
entre él y Pilar, pero hacia el interior de las entrañas, sangre y cora-  
zón se fundieron para tomar la forma de un alud devastador que  
arrasará con todo lo que se interponga en el camino. ¿Es uno mismo  
el dueño de sus actos? ¿Es ese el momento, o uno de los momentos  
en que se joden las relaciones? Porque la cuerda sí que se había roto,  
no existían nudos posibles para volver a amarrarla con firmeza, así  
al menos lo aseveraba la carta de Priscilla, la carta castigo la carta del  
K.O., la carta maldita, la carta castigo, la que le enrojeció los ojos, le  
apretó garganta y corazón, su dulce Priscilla, ¿cómo podía? La dulce  
y tierna Priscilla se sacaba la careta para enrostrarle su felonía, la car-  
ta que lo había enviado temblando, desangrándose, dándose de ca-  
bezazos, a ese *Medical Center* a partir del cual el rumbo que las hadas  
parecían haberle trazado a su carrera poética, daría un violento giro  
para apuntar nuevamente al mar, luego al sur, a Valparaíso, donde  
está llegando ahora, seguro de que no habrá nadie esperándolo por-  
que el niño dorado se convirtió en un perdedor, un “loser” como  
dicen los gringos, en alguien por el que no se apuesta un centavo, la  
carta lapidaria en que ella le reprocha haberla tratado siempre como  
a una mujer incapaz de interesar a los hombres y le cuenta que en

realidad las cosas no son así, él se equivocaba medio a medio, van a  
separarse, ¿comprende? —dice-, porque ahora ella es la amante de su  
mejor amigo, el poeta Lizama. Cien cuchillos clavándose al centro  
del corazón, ¿qué hará, hacia dónde se encaminará su vida? ¿La lu-  
cha, el duelo, la muerte? Poesía, poesía es lo único que hay, lo único  
que salva, que dignifica, “lo único que me interesa en la vida es la  
poesía”. La mañana comienza a clarear. Jorge saca de su chaquetón  
de cotelé una de las botellitas de ron que compró en Panamá. Un  
trago largo, desesperado, un trago salvavidas, el primero.

\*\*\*\*\*

*Hola amigo Diario: Ya sé que te he relegado un poco al olvido. Lo que  
pasa es que ya no soy la niñita que empecé hace unos años a contarte verdades  
y mentiras, bueno, no vas a entender, tengo que hacerte una confesión. Cuando  
comencé a escribirte, llevaba simultáneamente dos diarios. Uno eras tú, al que le  
contaba mis sentimientos, rabias, temores, lo que realmente pasaba. Te escondía  
celosamente en un hueco oculto de mi closet como para que nadie pudiera tener  
acceso a los secretos que guardabas. El otro era solo una sarta de invenciones  
que se me iban ocurriendo para sorprender a Angelo si es que alguna vez lo  
leía —yo siempre se lo dejaba a la mano-, para que no fuera a pensar que yo era  
una niñita a la que nunca le pasaba nada interesante. Lo de mi aventura con  
el profesor de Filosofía en el Parque Forestal nunca ocurrió. Situaciones que yo  
imaginaba y escribía con mucho morbo para que Angelo sintiera celos, pensara  
que él también podía acercárseme. Me hacía pasar por lo que no era. Pero lo  
que te contaré ahora es importante para mí.*

*La falta de lógica que existe entre las diferentes piezas de esta historia me  
tiene desconcertada, aunque el rompecabezas de a poco va tomando forma y  
color. Algunos hechos los he conocido por mi amigo Chocolito, digo “mi amigo”  
aunque su relación con mi mamá me sigue produciendo urticaria. Otros los he  
investigado yo sola igual que los detectives de película. Vamos al grano. Lo que  
me contó Chocolito en varias jornadas, a medida que los hechos iban ocurriendo,*

lo voy a resumir como si estuviera redactando una de esas composiciones sintéticas para mi profe de Castellano.

Resulta que mi querido Angelo conoció a Quique Lizama, y se hicieron amigos inseparables, aunque al parecer son bastante distintos como personas y, según Chocolito, también como poetas. Empezaron a juntarse casi a diario en los bares, El Bosco, las plazas, y los fines de semana se reunían las parejas, Angelo con esa fome de Priscilla, y Lizama con una polola muy linda y atractiva que dispara fuego con los ojos (palabras de mi amigo), nieta de un famoso pintor que vivió mucho tiempo en París cuando todos los grandes (dice Chocolito) andaban por allá, Picasso, Vallejo, Hemingway y no sé quién más. Se querían estos dos poetas, leían en voz altas sus últimos versos, bebían vino, reían, se emborrachaban. Se repartían el mundo.

En una fiesta que le organizaron a Angelo sus amigos porque se iba a Nueva York, intervinieron los duendes haciendo que Angelo y la Ojos de Metrallata desaparecieran. Pasada la media noche no circularon más por los salones ni las galerías de la casa, y entonces se desataron rumores muy feos. Chocolito cuenta que Lizama se tomó todo el vino tinto que quedaba en casa del músico y terminó muy borracho. Priscilla se acurrucó llorosa y muda en un sillón y nadie logró sacarla de su mutismo.

Pero de la misma manera que Angelo y Pilar descubrieron de pronto que habían sido moldeados por la mano de Dios para pertenecerse, Lizama y Priscilla descubrieron que los dos juntos ganaban fuerzas, se transmitían valor y alegría, y empezaron a pasarlo bien.

Un sábado en la mañana quise dárme las de “investigadora” y llegué hasta la casa de Angelo y Priscilla en Los Guindos. La calle es angosta y desemboca en una placita. Ciruelos y castaños de la India. En un banco me senté, dispuesta a esperar con paciencia a que ocurriera algo en esa casa. Más o menos a las once, una pareja abrió la reja del antejardín y salió a la vereda. Hablaron algo, se despidieron con un beso larguísimo, pegajoso, hmmm, y luego ella volvió a entrar, mientras él, amparado del frío invernal por un poncho araucano y un gorro de lana con orejeras, enfiló hacia Irarrázaval. Mi instinto detectivesco me cantó a las claras que ese tipo era Lizama y que había pasado la noche entera en casa de Priscilla.

Entretanto —recurso nuevamente a las informaciones de Chocolito—, cuando en Nueva York mi poeta, sentado en su trono de gloria, recibió la carta de desabucio que Priscilla le escribió sin vacilaciones ni piedad, el peso de los rasca-cielos se dejó caer sobre sus hombros y la situación barrió con él las calles de Manhattan.

\*\*\*\*\*

Después de frotarse enérgicamente las manos como si las tuviera frías, carraspeando, protegido por un tosco suéter de cuello alto que le llegaba a las rodillas, Rubén aplastó en el cenicero la colilla de un Cabañas corcho, se levantó de su poltrona exclusiva y, dándole unos suaves giros a su vaso de pipeño, enrostró con severidad a los comensales, frunciendo de tal manera el ceño que sus tupidas cejas chocaban una con la otra. Los fue mirando uno por uno como si se hallara a punto de dispararles un garabato, aunque el Cara de Hombre casi nunca decía garabatos. A pesar del bigotillo claro que pretendía dejarse, Manuel seguía pareciendo un niño, un jovencuelo bien trajeado, tweed y franela, tonos marrones. Rolando, metido en un grueso chaquetón marino, botones con ancla, ojeroso, bostezante, los rizos desparramados, muy tenso, ay Rolando. Y este personaje estafalario que le habían traído para comentar las circunstancias de la toma de terrenos ocurrida poco antes. Un Montgomery negro con el capuchón colgando, mechadas disparadas en todas direcciones, barba tupida, brazos interminables, dinámicos.

—Por mi voluntad como Caballero de la Bola Azul —dijo Rubén—, exijo que hoy miércoles se convierta en sábado, único día idóneo para comer, beber y divertirse. ¡Salud!

—¡Salud! —dijeron levantándose de sus asientos Rolando, Manuel y Fernán, cada uno vaso en mano.

—Me gusta tu casa, Rubén —dijo Fernán—. Las cuelgas de ajos, cachos de cabra y mariscos secos, y ese muro con el ladrillo a la vista,

original, para qué estamos con cosas, no había visto lugares así-. Luego miró la mesa de carpintero donde al interior de un gran frasco de vidrio, gordo y transparente, se lucían tentadoras las cebollas en escabeche-. ¿Podemos comer de ahí, se me hace agua la boca, dime, Rubén, dónde hay platos y cubiertos?...

Rolando y Manuel se miraron como al borde de la risotada. ¿Era posible? Nadie osaba tratar así al Cara de Hombre, el Chato Azócar, al maestro, este Fernán se echaba a todo el mundo en el bolsillo.

Manuel se había topado con él la noche del domingo en casa de los Ureta, disfrutando una corvina al horno que preparó Raquelita con destreza profesional, mientras la Xime, que había ingresado a la Jota, contaba con pelos y señales –para el horror de don Fernando- las peripecias que vivió acompañando a Fernán en la reciente toma de terrenos por los fétidos barrios del Zanjón de la Aguada, algo insólito, nuevo, un desconcierto, al menos una muestra clara del ingenio y la iniciativa que puede generar un pueblo jodido. ¿Por qué no iba Fernán a tomarse un buen vino con los Caballeros de la Bola Azul –pensó Manuel- para relatarles los pormenores de esta experiencia? Se lo propuso y lo dejó bien comprometido.

-Pero mi querido Fernán –dijo Rubén-, ¿usted cree que están de adorno? Si las cebollas escabechadas son precisamente para comerlas. Con ese fin las preparo. A ver, Rolando, trae unos platos y unos tenedores de la cocina.

-No me trates de usted, Rubén, y cuéntenme qué es todo esto que hablan de la Bola Azul –dijo Fernán.

Manuel le recitó de memoria los estatutos.

-¡Fantástico, quiero entrar!-. Fernán aplaudía, vociferaba, irradiaba dicha-. Me parece genial que todos los días de la semana sean sábado. ¿Me aceptan?

-Su examen de admisión a nuestro club será lo que nos va a contar ahora, Fernán, ¿me comprende?-. El Cara de Hombre volvió a sentarse-. Narre una historia que nos mantenga en el filo de la

navaja. He leído sus “Notas de Viaje” en “El Siglo”. Un poco irreverentes, pero intensas y divertidas.

-¿Irreverentes? Yo las encuentro casi cándidas, muy cartuchas.

-Bueno, ¿cómo puede decir tan suelto de cuerpo que las compañeras soviéticas son gordas?-. Rubén soltó la risa-. ¿Quiere por ventura que se desboque el rebaño?

-Pero si son gordas...

-Está bien, muchacho, son gordas. Pero eso no se dice, ¿me comprende?

-Ah, yaaaa...

Después de que saborearon los escabeches y vaciaron el primer jarro de pipeño, Fernán dijo que había llegado el momento de ponerse serios, estaba listo, escucharan muy atentos, y empezó a hablar dejando los brazos estirarse y recogerse como si fueran las patas de un palote en apuros, levantándose de su silla, imitando gestos, lanzando gritos, abriendo la boca de asombro, igual que un avezado actor que enloquece sobre el escenario dispuesto a cortar la respiración a su público, riendo ahora, luego orillando las lágrimas, dejando tropezar unas con otras las palabras, perdiendo el aliento y moviéndose como una marioneta desbocada. Unos meses antes, dice el Señor Corales Fernán dando comienzo a la función, un buen número de familias que vivían en plena intemperie, como salvajes, sin agua ni luz, chozas con pisos de tierra que a la menor llovizna se transformaban en lodazales, expuestos niños y adultos a infecciones, plagas, pulmonías, decidieron apoderarse a la mala de un terreno para la sobrevivencia. Cuando en el año 31 se cerraron las salitreras y se complicaron las cosas en el campo, disertaba ahora el historiador Fernán como un maestro en su sala de clases, se produjeron éxodos masivos desde la pampa nortina y los plantíos sureños hacia Santiago, y de pronto la capital se vio copada de un extremo al otro. Mineros y campesinos en busca de mejor vida saturaron algunos barrios antiguos y destartados, aledaños a la Alameda de las Delicias, gritaba Fernán emulando el frenesí de un canillita que

vocea los titulares con que la prensa pretende sorprender los oídos del transeúnte, “de las delicias”, reía con sorna maligna, ¿cómo podrían llamarle “de las Delicias” a esa mierda?... Debido al comercio capitalino que crecía y al desarrollo de algunas industrias, aseveró nuevamente el profesor, los desamparados afuerinos no tuvieron más remedio que desplazarse con lo puesto hacia la periferia de la ciudad y dedicarse a levantar estas improvisadas poblaciones que la prensa bautizó como “callampas”, casuchas pegadas con moco, dijo el coprolálico Fernán, construidas con fonolas, latas, cartones, tablas, todo lo que encontraran, para cubrirse, viviendas de mentira, créanme, para la risa, créanme, que se venían abajo con un soplo de brisa, créanme, que ardían como el infierno a la menor provocación de un fósforo mal apagado o una vela caída, sucuchos elementales luciendo sus vergüenzas en lugares asquerosos e inhóspitos, créanme. Uno de esos lugares fue el Zanjón de la Aguada, que acarrea la mierda de Santiago, el actor Fernán se tapó la nariz, hizo gestos y ruidos que simulaban violentos vómitos, se convulsionó entero. En las dos laderas de ese torrente malévolo se estaban concentrando emigrantes del campo, del desierto, obreros cesantes, parias del Mapocho, pasando por alto el peligro de infecciones y epidemias, la hediondez perversa de las aguas servidas. Cuando se decidió la toma vivían ahí alrededor de dos mil familias que solo contaban con techos agujereados, muchas ratas, vinchucas, pulgas, piojos y la amenaza permanente de que se desbordaran esas aguas putrefactas desparramando la mierda por todos los rincones. En octubre del año pasado, siguió Fernán el apurón, atarantándose como si quisiera llegar pronto a las conclusiones, estas familias “sin casa” decidieron jugarse el todo por el todo en su afán de hacer brotar como fuera un lugar más digno para acomodar su paso por el mundo, y así comenzaron a pensar, discutir, planificar, tirar líneas a ratos vacilantes, a ratos certeras, en esa dirección. Encontraron el apoyo de algunos diputados, dos o tres regidores y un arquitecto solidario que dirigió a media docena de sus estudiantes para realizar los levantamientos topográficos, diseñar los planos de la población y ayudar

a las familias a levantar cualquier rudimentario refugio que lograra aparentar cierta solidez que no pareciera vulnerable, seguía Fernán sin dar tregua. La noche del 29 de octubre una brigada de hombres jóvenes apedreó los faroles de la calle San Joaquín, que iluminaban la zona bastante mal, pero que aún así eran capaces de delatar los movimientos nocturnos que se iban a producir en breve. Y en la madrugada, todavía oscuro, unas quinientas familias se trasladaron a pie cargando sus enseres desde el Zanjón hacia una chacra llamada La Feria, mujeres llorosas de paso cansino, ancianos que a duras penas arrastraban sus huesos apoyándose en palos de escoba, bebés gimiendo en brazos de la mamá, niños al apa del padre, una marcha silenciosa y tensa que encontró la meta. Y comenzaron la “construcción”, era fantástico, bramaba Fernán lleno de entusiasmo, era la epopeya, hombres y mujeres que habían tomado una decisión inquebrantable, que parecían dispuestos a llegar hasta las últimas consecuencias. Y colorín colorado, dame vino Manuel, este cuento no se ha acabado, siguió Fernán el fabulista, porque igual que en los cuentos de hadas, los primeros destellos del amanecer iluminaron un bosque de banderas chilenas que flameaban en todo el territorio saludando a ese feble pero contumaz campamento levantado con furor y esperanza sobre la maleza.

-Esa es la historia –dijo Fernán, asestándole un sonoro mordisco a la última cebolla escabechada, el vinagre chorreándole la barba-. Claro que como ustedes se imaginarán, llegaron los pacos. Rodearon el sector, pero no se atrevieron a atacar a las familias, era delicada la situación ya que había niños, viejos, enfermos, de todo. Alrededor del mediodía, otro contingente de carabineros embistió con más brutalidad, pero un tupido aguacero de piedras les dio áspera bienvenida, hasta el Chino, yo y el mismo Rony lanzamos algunos camotes en esa batalla, claro que con muy mala puntería. Un par de semanas más tarde, seguíamos yendo a la población para diseñar calles, determinar el sitio para una plaza. A esas alturas desalojar a la gente parecía difícil, se hubiera requerido una masacre. Los partidos de izquierda empezaron a presionar a las autoridades, apoyados por

la Iglesia y la CUT, y al gobierno no le quedó otro remedio que ceder. Entonces se levantó el cerco. Tres mil familias, más de quince mil personas, se habían ganado su lugar para vivir.

-Y le pusieron La Victoria, buen nombre –dijo Rolando, con los ojos iluminados.

-La Victoria-. Fernán se levantó-. Me voy, tengo turno allá.

-Se decide por unanimidad tu incorporación a los Caballeros de la Bola Azul –dijo Rubén, mirando cejijunto a Rolando y Manuel como si les estuviera disparando un severo “¿me comprende?”.

## TRES

Lo que nos contó ese muchacho Fernán el otro día es muy interesante –dijo Rubén después de expulsar tres o cuatro volutas de humo espeso, acurrucado en su poltrona-. Algo sabía uno por los diarios, pero la versión que él nos trajo me pareció fresca y graciosa, vívida, ¿saben qué es eso, escritores? ¡Vívida! Si describes una tormenta marina, tiene que escucharse el viento, el crujido de los palos en la embarcación, la fuerza de la ola, ¡escritores! Simpático ese Fernán. Olvidé preguntarle por Santiaguito Aguirre, quizás sea su alumno.

-El domingo fuimos a llevarles un cargamento de víveres, arroz, harina, fideos, aceite –dijo Manuel.

-¿Fuimos...?

-La Jota de Ñuñoa. Es impresionante cómo se han organizado esos pobladores. Tienen equipos de vigilancia, turnos de trabajo, hasta le han puesto nombres a las calles, que son apenas unos trazados polvorientos con casas a lado y lado, “casas” es decir mucho, “viviendas” estaría mejor.

-Lo importante es el fenómeno, ¿me comprende? Lo que puede venir ahora, como que lo estoy viendo, es que otras “callampas” sigan el ejemplo y las tomas se multipliquen, aunque el gobierno ya va a estar alerta. Si las cosas se hacen bien, esos denigrantes caseríos irán desapareciendo de nuestro paisaje urbano.

-Yo pienso que detrás de todo hay una planificación –dijo Rolando-, es probable que ya se sepa cuál va a ser la próxima toma, y cuándo.

Rubén lo miró con curiosidad, como si hubiera dicho algo muy agudo. Apagó el cigarrillo, desanudó sus piernas y se levantó para ir por otra jarra de pipeño.

Manuel no prestaba mucha atención a la cháchara, concentrado más bien en imaginarse cómo iba a ser el encuentro con la Vero

un par de horas más tarde. Ella le había pedido que fuera a su casa como a las nueve para ayudarlo a traducir una canción del inglés. Iba a estar sola, sus padres tenían fiesta, y la Xime de seguro pasaría la noche con Fernán. El Negro Gutiérrez, de la categoría “chicos”, pensó Manuel, no tenía licencia para permanecer hasta tarde. *Mister Sandman, bring me a dream, make my complexión like peaches and cream...* Ya se había informado Manuel con su amiga Mimí y ella lo instruyó como se debe: el señor Sandman, hombre de arena, se ocupa de hacer que los sueños de la gente se conviertan en realidad, “haz que mi rostro sea como un durazno con crema”, algo así. Solita iba a estar la Vero. ¿Se atrevería ella a aceptarlo? En una ocasión él intentó besarla, solos en la cocina después de comer, y ella nones, con una linda sonrisa, pero nones, no me hagas engañar a mi pololito, le dijo alejándolo con una mano sobre el pecho. Al menos era palpable que él le seguía gustando, si en su Diario de vida escribió que cada vez que “Manuel habla de su famosa Sonia, o de Mimí, o de cualquiera de sus pinches de la universidad, me muero de celos”. Las personas se complican más de la cuenta, pensó Manuel, son capaces de convertir la vida en un lío, hacer de algo simple una maraña. Rolando había terminado por arrendar un cuarto con baño en una casa de Providencia, para salvar el pellejo, aunque su relación con Carla seguía avanzando como una bola de fuego rodando cerro abajo. Y ni qué decir Jorge, que deambulaba sin rumbo, haciendo locuras, batiéndose a duelos fallidos con el poeta Lizama, agarrándose a bofetadas, ambos insultándose, lanzando veneno en las palabras. Mucho, pensó Manuel, demasiado. Y pensó que ese fin de semana su padre celebraba sus cincuenta años, que estaría dichoso con el regalo que ya le había comprado, un tarro de tabaco Prince Albert. Iba a ser un buen descanso pasar ese par de días en la costa.

-La apuesta por Allende está creciendo bastante –dijo el Cara de Hombre-. El doctor, Chicho lo llaman, se ha manifestado como un buen líder, ideas claras, discurso potente, carisma, gran simpatía.

-Si es por lo simpático, tendría que ganar lejos –dijo Rolando-. El Paleta es tonto grave, agrio, no ríe nunca, “Paleta, pelota, por ti ya

nadie vota”. La imagen de Frei debe asustar a los niños, a las ancianas, y Bossay, el símbolo de lo fome.

-Pero no es por la simpatía que vota la gente –dijo Manuel levantándose, vaso en mano-. Hay que ganarse voto por voto, queda poco y el tiempo es oro. Bueno, Rubén, me despido, tengo un compromiso. Salud, por los Caballeros de la Bola Azul.

\*\*\*\*\*

Empezaba a oscurecer cuando Jorge llegó a la casita de Los Guindos, dice Rolando que dijo Chicolito mientras tomaban un café en el casino de la Facultad. Si acaso el poeta Lizama salía a la puerta, estaba dispuesto a desafiarlo a duelo, como mucho antes lo hizo en San Petersburgo el poeta Pushkin con su ofensor, como lo hicieron tantos otros en un pasado en que aún existían los héroes, que él mismo, Lizama, eligiera las armas- Pero si era Priscilla quien abría, pensaba pedirle humildemente que lo dejase entrar, para confesar algunas verdades, como que estaba muy arrepentido, la quería, eso era lo fundamental, diéranse un tiempo para repensarlo todo, tenían el mundo por delante, la quería. Abrió Priscilla, dice Rolando que dijo Chicolito. Se lo quedó mirando con cierta ironía vaga y lejana, luego preguntó si venía a ver a los niños, lamentablemente estaban en casa de la abuela por el fin de semana, pero naturalmente los podía visitar allá sin ningún problema. Jorge se atragantó, no le fluían las palabras, se mantuvo mirando al suelo, hasta que ella le preguntó si deseaba pasar. Él se sentó en el sofá y ella en un sillón, de frente, risueña, segura de sí misma, con un mohín como de compasión, cierta piedad, él con una barba de tres días, tembloroso, mudo. Le traía unos regalos a los niños, balbuceó, y por supuesto también a ella, y empezaba a abrir su morral de cuero cuando ella le cerró el paso, recomendándole que a los niños les diera los regalos personalmente, y en cuanto al regalo para ella, no lo quería, podía



llevárselo a Pilar o a quien fuera, pero ella no, ya no, muñeco, nunca segundas partes fueron buenas. El hecho, dice Rolando que dijo Chicolito, es que esa tarde en pocos minutos el tema de la relación entre ellos quedó claro, no había vuelta posible, a los hijos podría visitarlos cuando quisiera, sacarlos el domingo, tenerlos durante las vacaciones, y con respecto a sus libros, ropas y otras cosas, bueno, que se las llevara de a poco si lo prefería de ese modo, pero empezara pronto. De manera que Jorge salió con la cola entre las piernas, la derrota en sus pasos, y partió arrastrándose Irrarázaval abajo, caminó haciendo escalas en sus bares de siempre, como que la desolación tiene color de vino. Un par de cañas aquí, otro por allá, hasta rematar en el Hanga Roa, donde se encuentra con Chicolito y Carlos el venezolano –dice Rolando–, se sienta con ellos y se suma a la botella de pisco que consumen, hablando con la lengua más o menos traposa de su viaje, el encierro, la depresión, el ron, los puertos, y de los días en la ciudad monstruo, fría, dura, indiferente, de los últimos poemas, la conversación con Priscilla, la mierda de todo, dice, lo único es la poesía, lo único que salva a los que parecen forasteros en su paso por el mundo porque nunca aprenden a superar lo cotidiano, luchan contra un universo que se deshace, dice Rolando que dijo Chicolito, la poesía es la mejor forma de batallar contra nuestro enemigo el tiempo, en un intento por integrarse a la muerte, suicídate y no te arrepentirás, y después de tres piscos casi al hilo, le ha dicho Chicolito a Rolando, se va, anuncia, mejor se va, aunque sea a la cresta, no hay destino para él, pero eso sí que le va a sacar la chucha al poeta Lizama, y lo va a desafiar a duelo, donde lo pille le va a sacar la chucha. ¿Y Pilar? Dice Rolando que le preguntó Chicolito, ¿ah, y Pilar? A Jorge apenas pudieron iluminársele los ojos, apenas logró dibujarse en sus labios una sonrisa.

\*\*\*\*\*

Tras las dos horas de un tranquilo viaje durante el cual su mente se mantuvo aprisionada por el recuerdo de los excitantes momentos que él y la Vero se prodigaron el uno al otro la noche anterior, Manuel se levantó de su asiento y, zangoloteado en la zona de curvas, avanzó hasta detenerse tras el chofer del autobús.

-En la fábrica de cal, por favor -dijo.

Bajó ahí. Cruzando la carretera rumbo al mar había una confusión de rieles próximos al terminal ferroviario de Cartagena, sopor-tando el peso de sus vagones antiguos y sus locomotoras negras. Más allá de la estación se levantaba una población rústica, sin pavimento, casuchas mal armadas donde residían los pescadores, sus familias: esposas y hermanas que a la hora de los trenes subían al andén para vender humitas, pan amasado, sándwiches de ave pal-ta, confección casera, y niños que correteaban descalzos de arriba abajo. Entre perros lanzándose al ataque escoltados por rugientes ladridos, Manuel caminó hasta la calzada pedregosa que limita con el risco donde está situada la casa de sus padres, a cien metros de la Caleta San Pedro, y en la puerta del “Buque” dio tres fuertes jalones a la cuerda de la campana de bronce, linda música. A los pocos minutos abrió su madre, risueña, feliz de verlo, amorosa, ¿quería café, te, mate? (“No temes que el café te mate”, bromeaba), ¿comer algo, un pedazo de queque, un churrasco?

-Voy a darle el abrazo y su regalo a mi papá –dijo Manuel.

-Tendrás que bajar al roquerío, partió temprano a pescar. Y le contó que el viejo tonto había olvidado que estaba de cumpleaños, se lo tuvo que recordar ella, anunciándole que vendrían a saludarlo su hijo y, de seguro, sus hermanas, y sugiriéndole que en lugar de la pesca tomara un bus hasta San Antonio y comprara merluza en el terminal pesquero, así como unos kilitos de gambas. Y que el ridículo se había largado a reír como si escuchara un chiste de los buenos, ¿él, él, ir a comprar pescado? Ja - já, bajaría a pescarlo y en un par de horas estaría de regreso con el almuerzo dentro de su malla, cuatro o cinco tomoyos, aseguró. Ya habían pasado casi tres y seguían en

pampa, sin nada que ofrecer a las visitas, si es que venían. “Yo no compro pescado, había dicho el chifleta: lo pesco”.

-Ojalá que pesque –dijo Manuel.

-Pero m’hijito, si se deja caer la familia, y es lo más probable, necesitaría pescar un tiburón.

-Convídame un café, mamá, y luego bajaré a las rocas. Dos pescadores tienen más posibilidades.

Divisó a su padre desde lo alto, maniobrando en la planicie que se forma en esas rocas que arremolinan el agua. Le gustaba al viejo el desafío que impone la pesca de roca, más difícil que otras pescas. En lugar de caña es preciso usar la catalina. La plomada se reemplaza por una “piedrada”, ya que a cada rato se hace necesario cambiar de peso, cuando se corta el cordel que sujeta la piedra. Con frecuencia, cuando algún tomoyo o una jerguilla se ha tragado el anzuelo, el pez, aterrado con el jalón, se deja proteger por las matas de huiros que lo enredan todo. Entonces hay que armarse de paciencia y librar una lucha sutil e implacable para la cual parece más necesaria la astucia que la fuerza. Un tirón demasiado enérgico y el nailon se corta sin remedio al roce filudo de las rocas. El pez queda libre, con un anzuelo clavado, pero libre, y hay que comenzar todo de nuevo.

Desde una pequeña saliente que parecía un mirador natural a medio camino entre la casa y el roquerío, Manuel se detuvo a contemplar la bahía, la larga playa de enfrente con sus poblados, San Sebastián, Las Cruces, y admirar la perfección con que las gaviotas se dejaban caer sobre algún cardumen de sardinas. Su padre acababa de hacer un buen lance, a unos treinta metros, recogió cuerda hasta tensarla y volvió a encender su pipa. La silueta grisácea y lejana de un barco petrolero que avanza lenta hacia Punta de Tralca, y Manuel vuelve a pensar en la Vero, en los besos ardientes que se dieron, el abrazo casi completo que les quitó la respiración y los hizo rodar en la alfombra del cuarto. Como agradecimiento por haberle traducido primero Mister Sandman y luego la Balada a James Dean, ella lo premió con una linda sonrisa de hoyuelos y lo besó en los labios, tierna y tímida.

-La última vez que intenté besarte, no me dejaste –recuerda Manuel que le dijo.

-Es verdad –respondió ella con una sonrisa coquetona-. No me gusta ser gorrera.

-No querías engañar a tu pololito, eso dijiste.

-Las cosas cambian –sonrió la Vero, pasándose la lengua por los labios.

-¿Ahora estás dispuesta a engañarlo?

-No. Más bien estoy dispuesta a terminar con él –recuerda que dijo la Vero, para su asombro. Y fue en ese momento cuando se trezaron en un clinch de mayor fiereza. La Vero... Si decidía darle calabazas al Negro Gutiérrez, se iba a abrir un camino claro para los dos.

Manuel retoma el camino y en pocos minutos está trepando el roquerío hacia la planicie donde se encuentra su padre, muy excitado ahora, hola Manuel, grita al unísono con el rugido de la ola, ¡parece que tengo uno grande, sí, parece grande! -deja la cachimba sobre un pliegue de la roca-, ¡éste picó, lo estoy sintiendo, tiene que caer, tiene que caer, vienen invitados! –da varios jaloncitos leves-, ¡que no se me enrede el cabrón, no quiere ceder! –cambia de posición moviéndose a la derecha y tirando hacia la izquierda, luego hace lo contrario-, ¡afloja, maricón, afloja, te tengo, ya te siento, ¡es enorme, Manuel! Debe ser una vieja –queda unos momentos quieto, como esperando-, ¡ahí está, ahora sí, salió del enredo! Jala la cuerda de a brazadas hasta que el monstruo asoma del agua, ¡qué vieja, mira qué vieja! Se inclina hacia el mar con medio cuerpo y estira los brazos para evitar que el pescado dé tumbos contra la roca, el peso es mucho y se puede cortar el nailon, pero viene, viene, y de pronto la bestia está coleteando arriba sobre la bendita plataforma, mirando con ojos inmóviles ese reino desconocido, un temblor de sus gruesos labios, me vas a perdonar, muchacha espantosa, pero esto es precisamente para que dejes de sufrir y de sentirte como pollo en corral ajeno en un mundo que no es el tuyo, y acto seguido con la

catalina le da un golpe seco y preciso en la testa, luego otro, hasta que la vieja mengua sus coleteos, agita las agallas y en pocos segundos descansa en paz, qué te parece, Manuel, tenemos el almuerzo para los que vengan por muchos que sean, y ve a su hijo mirarlo con admiración mientras toma el cuchillo de su morral, le abre el vientre al pescado y le saca las entrañas. Después le atraviesa un trozo de cable de una agalla a la otra, limpia sus manos con un trapo, recoge la pipa apagada y eleva la vista hacia el “Buque”, qué cara pondrá la doña cuando vea este fenómeno de por lo menos diez kilos.

-¿Qué te parece, Manuel?

-Un regalo perfecto, ¡feliz cumpleaños, papá!-. Y le dio al padre un abrazo que los hizo trastabillar sobre las rocas.

El petrolero se pierde tras la Puntilla. Una ordenada fila de pelícanos emigra hacia el sur en vuelo rasante desde las rocas blanqueadas de guano, en los bajos de la casa del pintor.

\*\*\*\*\*

-Otra, don Pedrito –pide Jorge señalando su copa vacía sobre la barra.

Un hombre de aspecto distinguido, cabello gris ondulado, chaqueta roja de algodón, retira una botella del aparador, la destapa y sirve vino tinto en la copa de Jorge.

-A mí también, Pedrito –dice el señor madurón de al lado, ajustándose el nudo de su corbata amarilla que combina bien con el vestón azul marino. Se mira en el espejo de enfrente que separa las dos estanterías donde residen las botellas, se peina las canas con los dedos-. En algunos aspectos le encuentro razón –dice dirigiéndose a Jorge-. En otros no.

-Así es la cosa, amigo. Nadie tiene toda la razón siempre. En algunas cosas la tiene, en otras no –ríe Jorge.

-Claro, en unas sí y en otras no.

-El engaño no puede ser eterno. Lincoln decía que se puede engañar a toda la gente una parte del tiempo, que se puede engañar a una parte de la gente todo el tiempo, pero que no se puede engañar a toda la gente todo el tiempo. Creo que fue Lincoln.

-Salud, amigo, buen discurso, me lo voy a aprender, sobre todo ahora que vienen elecciones. Los candidatos deberían saberse esas palabras de memoria, leerlas en voz alta cada mañana, ¿no le parece?

-A veces me parece y a veces no –rió Jorge-. Unas no y otras sí.

-¿Y sobre qué escribe usted, Jorge me dijo que se llamaba?

-Jorge. Escribo sobre mi pueblo en el sur, sobre las viejas estaciones ferroviarias, sobre los puentes, los molinos, los caballos que se acercan al río a beber agua y distorsionan su imagen agitando los belfos, sobre el pan que sale humeante del horno, sobre fantasmas, perdices, molinos quemados, sobre el paraíso perdido... *Quién se robó mi niñez*.

-Ah, sueños –dijo el hombre, mirando a Jorge como si fuera un bicho raro.

-A veces sueño mis poemas en vez de escribirlos –rió Jorge.

-¿Y las mujeres?

-Son ninfas del bosque.

-¿Y la patria?

-“¡Aún tenemos patria ciudadanos!”, *Ciudadanos, qué nos une en este instante*. Rilke me enseñó que la única patria verdadera es la infancia, aunque yo lo sabía. Escribo sobre la patria. Salud.

-Salucita, amigo Jorge. Me gusta conversar con usted. No había conocido a ningún poeta, pero le voy a contar que mi hija mayor, la Paulita, también escribe poesía.

El mesero don Pedro se acerca y contempla a sus dos parroquianos preguntándoles con una mirada serena si les sirve las otras dos. Se las sirve.

Jorge levanta su copa a la altura de los ojos y con un giro de la mano hace que el líquido se agite un poco.

-Un hombre quiere un trago, un trago quiere otro trago y otro trago quiere a un hombre.

-¿Viene a menudo al City?

-Cuando bebo un trago –siguió Jorge sin hacer caso de la pregunta- me siento otro hombre. Lo malo es que ese otro hombre también quiere un trago... No –respondió ahora-, soy de Ñuñoa y prefiero las cantinas de mi barrio, me quedan más cerca. Vengo poco al centro. Pero este bar tiene atmósfera, me gusta, todo madera, oscuro como deben ser los bares. El bar es un lugar de solitarios, amigo, es un barco, los comensales, usted y yo, somos la tripulación, y vamos navegando, a veces en calma, ahora al borde del naufragio, porque al igual que yo usted está mal, lo veo en sus ojos.

-¿Yo mal? –pregunta sin asombro el señor del lado- ¿Qué le hace creer eso?

-No es que lo crea, estoy seguro. Se nota en su mirada, en cómo le tiembla suave la mano cuando levanta la copa, en las preguntas que hace.

-¿Y usted?

-Yo soy un tango, ¿le gusta Gardel?

-Prefiero los *chansoniers* y la música norteamericana, la suave, nunca el rock que canta el Presley ése.

-Ese depravado asexual. Yo soy un tango, se lo voy a demostrar gardeleando un poco, deme tiempo.

-¿La otra? –ofrece el señor del lado-. Jorge demora su respuesta-. Recuerde que yo invito.

-No podría ser de otra manera. Venga la otra, que *esta noche me emborracho bien, me mamo bien mamo, pa' no pensar*.

-Es uno de los tangos que conozco y más o menos me sé.

-A ver, ¿de qué se trata?

-Un tipo que ve pasar a la que fue su amor hace diez años, a la salida del cabaret, y la encuentra fea, flaca, desguañangada, por lo que se siente muy mal, claro que se queda sin saber cómo lo ve ella, cómo lo habría descrito la mina a él, porque el tipo debe dar pena, es un borracho, un vago de seguro, y tampoco ha de tener muy buen aspecto.

-Ella *parecía un gallo desplumao* –dice Jorge-, *luciendo al compadrear el cuero picoteao*, pero mire amigo, no existen los “borrachos” así a secas. Hay tipos que beben más, otros que beben menos, y están también los que no toman. La historia de todos, verdad. Eso es lo que tiene el tango, nos cuenta la historia de todos, con poesía, con linda música. *El tango es puerto amigo donde ancla la ilusión...* Usted tiene problemas, amigo, lo sé porque son las once de la noche y no ha mirado una sola vez la hora, ni un amago de marcharse a casa.

-¿Casa? Yo ya no tengo casa, mi mujer me puso de patitas en la calle.

-¿Se portó mal?

-Me enamoré de una chica que trabaja en la tabaquería.

-*Tomo y obligo* –dijo Jorge, sin cantar-. *Mándese un trago, de las mujeres mejor no hay que hablar*. Salud, amigo, al seco-. *Siga un consejo, no se enamore*. Seguro que cuando lo echó su mujer, se fue a un bulín por ahí y que de noche cuando se acuesta no puede cerrar la puerta, *porque dejándola abierta, me hago ilusión que volvés*. Pero no se haga ilusiones, *ilusión de cristal*, aferrarse a una ilusión puede ser su falla trágica, la causa de su catástrofe final.

-La cosa no es así, Jorge, yo no quiero volver con ella, quiero que llegue Juliette, la de la tabaquería, que también me anda dando con el mocho del hacha. Me tiene loco. Se lo ofrezco todo, Jorge, todo, y la hija de puta me cortó el teléfono la otra noche, y cuando la volví a llamar me dijo no me llames más, viejo huevón-. Lloraba el hombre.

-Está muy mal, mi amigo. *¿Para qué recordar las tristezas...* ¿Ha oído hablar de Pushkin, el poeta ruso?... Se batió a duelo, a orillas del río

Neva, en San Petesburgo, lo que hoy se llama Leningrado, se batió a muerte con el tipo que osó galantear a su mujer, o su novia, no recuerdo...

-¿Y cómo le fue al poeta?

-Lo mataron, el rival era un militar de buena puntería. *Desde las márgenes del Neva plácido...* Le voy a dedicar un poema. Y además, lo voy a emular, voy a seguir su ejemplo. Me batiré a duelo *como con bronca y junando* con el agresor de mi esposa, citaré al poeta Lezama en la Quinta Normal, y al final solo quedará uno de los dos, el más *listo para el tajo*.

-No sea loco...

-*He llegado hasta tu casa, yo no sé cómo he podido...* *Qué falta que me hacés.* Yo di una patada suave, amigo. Me dieron una fuerte. Mi mujer me dijo a sangre fría que él es mejor, usted sabe. Puta, le escupí yo. Me miró con lástima, sigues igual de provinciano, dijo, claro como ella viene de París-... Pare, pare, pare de llorar. *Yo no quiero que nadie a mi me diga...* *Los años de la infancia risueña ya pasaron,* amigo.

-Otras dos, Pedrito –secándose las lágrimas.

-¿Dónde se puede ir uno después de la infancia?

-Con la música a otra parte, *¿dónde estás, dónde estás, adónde te has ido?* Con la cola entre las piernas.

-Usted es un gran poeta, Jorge.

-No estoy recitando poemas míos, amigo, son letras de tango. Además, no soy un gran poeta. Neruda lo es. Parra también. Me falta capacidad de revelación. Quisiera creer en la inmortalidad, pero no me la imagino. Por otra parte, pienso que siempre estoy escribiendo el mismo poema.

-¿Y sus poemas son rimados?

-No, pero debieran serlo, porque la verdad es que si uno no escribe con rima, la gente considera que es un falsario. Además qué importa, si casi todos creen que los poetas son locos, fracasados, extravagantes, lo observan a uno a cierta distancia y con sospecha.

Don Pedro mira a los dos únicos parroquianos señalando el reloj de pared que corona el espejo. Marca las doce.

-Ya nos vamos, Psdrito, pásame la cuenta –dice el hombre del lado-. Oiga, Jorge –se vuelve a su vecino y amigo-, ¿qué consejo o mensaje le mandaría a mi hija Paula?

-Yo no tengo mensajes que darle a nadie, amigo, ni consejos. Pero no terminemos nuestra conversación aquí, vámonos a La Piojera, que esta noche *quiero emborrachar mi corazón*, ya que al igual que usted, *tengo el corazón hecho pedazos*, estoy viviendo la *angustia de sentirme abandonado*. ¿Qué le parece La Piojera?

\*\*\*\*\*

Aunque la luminosidad de esa mañana no lograba penetrar hasta el depe de Manuel desde el sórdido patio de luz, él había bebido su néctar, había compartido con ella la sonrisa caminando hacia la calle Miraflores, con el dinero suficiente para comprar un cuarto de queso mantecoso, doscientos gramos de aceitunas amargas del Valle de Azapa, un paquete de galletas de agua, una botella de Pisco y tres o cuatro limones, esos de Pica, chiquitos y muy jugosos, lo estrictamente necesario para atender a su visita por la tarde. Tenía además los LP de Nat Cole, los Platters y Ray Charles que su amiga Mimí le prestó y que les permitirían deslizarse en estrecho abrazo por el piso del minúsculo y cómplice espacio que ofrece su morada.

Dejó en la avara cocinilla su bolsa de compras, tomó el felpudo emparafinado y tarareando *My prayer* liberó de polvo y mugrecillas las maderas del suelo. Después pensaba darse una buena ducha y salir nuevamente a respirar el sol de la jubilosa mañana, dispuesto a caminar hasta la peluquería de Mostachito, anunciada por el enorme caramelo de vidrio tricolor, para que el “figaro” lo dejara a tono con esa peinada a lo Burt Lancaster.

Se le estaban dando bien las cosas desde aquella noche en que la Vero lo invitó a traducirle la Balada de James Dean, el rebelde sin causa que había muerto en un accidente de auto, constituyéndose en un peligroso rival. A partir de entonces se veían con frecuencia. Una mañana ella llegó hasta el Pedagógico y lo buscó preguntando por él a los auxiliares del Pabellón de Idiomas. Otra tarde él fue a esperarla a la salida del colegio y luego dieron vueltas por la Plaza Ñuñoa, tomados de la mano, mirándose. Un sábado que caminaban por Manuel Montt, al llegar a la esquina de Maira, en un gesto espontáneo y eufórico, Manuel hizo parar el micro, se montaron y sin decirse nada avanzaron a través de la ciudad sonriéndose mutuamente hasta bajar en plena Plaza de Armas, para dirigir los pasos al Real y ver (ella por segunda vez) *Al este del paraíso*, en la que Dean interpreta a un Caín californiano del siglo veinte. Y ahora ella, tras algunas vacilaciones, había dicho sí a pasar la tarde con él en su depe, lo que significaba un SI con mayúsculas, un sí “con toda la barba” como diría su padre. Esta diadema de victorias había logrado hasta borrar a Sonia de su cabeza. Un clavo saca a otro clavo –así jura Anuca-, y Sonia sacó a la Vero, y ahora el clavo era la Vero expulsando a Sonia de su conciencia, ¿o de su corazón? Bien las cosas. Lo único malo era que aún la Vero no había roto completamente con el Negro Gutiérrez.

A las cinco de la tarde, sobre su escritorio de muebles Sur, que también las hace de comedor, posa un platillo con cuadraditos de queso chanco, y otro rebosante y húmedo de aceitunas, además de una coctelera de vidrio que alberga los ingredientes del pisco sour, ansiosos por recibir de una vez los cubos de hielo y ser batidos al momento de servirse. El LP de Nat Cole está embutido en el eje metálico, listo apenas Manuel le dé la orden apretando un botón.

Entró al baño y se estudió frente al espejo. Salió satisfecho, aliándose con ambas manos el pantalón gris perla de cotelé y desabotonando el cuello de la camisa de lanilla que compró en Juvens.

A las cinco y media la Vero no llegaba. Nadie en Chile acude puntual a una cita, se consoló. Siempre que lo aguardaba un en-

cuentro de carácter amoroso, padecía la misma comezón en la piel. Al más mínimo atraso, se dejaba caer la duda como un agobiante peso muerto, ¿vendrá, no vendrá? Diez minutos y ya lo acosaba la irritante certeza de que le habían fallado, aunque no le fallaran. Ya iban más de diez minutos, qué habrá pasado, quizás se arrepintió la Vero, tuvo acaso un nuevo encuentro con el Negro Gutiérrez que le dio una voltereta a las cosas. La micro, ¿habrá chocado la micro, por qué mierda no se ofreció él mismo para ir a buscarla a su casa? ¡Cómo podía ser tan bruto!

A las cinco cincuenta, como si una pandilla de nubes se disolviera liberando al sol, sus temores fueron derrotados por el sonido del timbre.

A las seis, Manuel y Vero, de pie mirándose a los ojos, cada uno con la copa llena en la mano, brindan sonrientes.

-No tengo costumbre –dice ella.

-Lo prepararé suave para ti –dijo él.

Aceitunas amargas y jugosas. Galletas de agua con queso mantecoso y una gota de ají de Elqui. Otro sorbo, salud.

A las seis y unos minutos, la Vero se despoja del chaleco de lana, un malvavisco cuyo cuerpo se ha afinado, un durazno maduro, una flor exuberante que embriaga con su perfume y entona *acércate más y más y más, pero siempre más* al ritmo del negro Cole, mientras Manuel, en gesto cinematográfico, le toma la cintura y una mano para iniciar el baile y *bésame así, así, así, como besas tú*, él la mira preguntando, ella parpadea respondiendo, se besan, bailan besándose, frotándose mejilla con mejilla, y la jornada –de pronto sin zapatos- se alarga con *Darling je vous aime beaucoup, Je ne sais pas what to do*, y luego con *I want to kiss you every day, every night, and dream dreams of you every night, every day...* La dicha plena, los cuerpos pegados sin remedio, el asalto de un delicioso calor, pegajoso y eléctrico.

A las seis veinte Vero y Manuel chocan las copas en un nuevo brindis “por la vuelta”, sentados al borde de la cama, y luego de be-

ber se tienden en un abrazo como para descansar de la ronda de bailes y entregarse a placeres menos musicales, o quizás más musicales, placeres de puro nervio, melodías del violín. La camisa de lanilla va a dar en un vuelo violento al sillón, la blusa lila cae mustia a los pies de la cama, las piernas juegan a ser brazos y se abrazan, se “apiernan”, un juego algo tímido, cauteloso, deporte de primerizos que reptan en la oscuridad buscando ávidamente rayos de luz. Los pantalones gris perla y la falda beige caen juntos a los pies de la cama sobre la blusa lila. La piel con la piel se aman, se entienden, se necesitan, se son imprescindibles, los pezones vírgenes imploran una boca que los encuentra, y cuando algo en el cuerpo de Manuel se dispone a invadir un territorio para la descarga, suena el retintín del timbre. Manuel le indica a Vero que guarde silencio, ¿quién puede ser, día sábado y a esa hora? El timbre vuelve a sonar, dos, tres veces. ¡Manuel, Manuel! se escucha una voz angustiada, parece la de Rolando.

A las seis cuarenta, la Vero se encierra en el baño con sus prendas de vestir, y Manuel grita ¡un momento! A las seis cuarenta y tres, envuelto en una bata de raso, descalzo, entreabre la puerta. Se cuele Rolando como un bólido torpe. Roja la tez, ensangrentados los ojos, lo abraza llorando.

-Murió Falabella -gime.

## **CUARTA PARTE**

**1960**

### **TIERRA FURIBUNDA**

## UNO

*Querido Diario: parece mentira que estemos comenzando una nueva década, y que en pocos días más la muñequita de otros tiempos vaya a cumplir diecinueve años, ¿te das cuenta? Pronto voy a tener que abandonarte, quizás para siempre. La próxima semana comienzan las clases, elegí Pedagogía en Francés. Me interesan Rimbaud, Maupassant, Víctor Hugo, me gusta aprender idiomas, y hasta creo que podría gustarme enseñar. Seré universitaria de la Chile, caminaré por las calles sin uniforme azul ni zoquetes blancos, y me buscaré un pololo que valga la pena, porque lo que es el Alejandro, en cuatro meses me dejó enferma con sus celos por rico que sea el nene, no tengo paciencia para dedicarle mi tiempo a un detective que dispara las preguntas sin dar tregua, de dónde vienes, muñequita, por qué miraste así al Raúl, muñequita, quién te ha llamado por teléfono, muñequita, ¡uf!*

*El martes vino Chocolito a ver a su Morocho —así le decimos a mi hermano chico— y me trajo “El cielo cae con las hojas”, otro librito de Angelo. “Librito” porque es muy breve. Algunos poemas los había leído a escondidas en sus cuadernos, y siguen siendo lindos como todo lo que él escribe. La Priscilla lo abandonó, me cuenta Chocolito, Diario, y se fue con los hijos a vivir a Perú. Angelo arrienda un bungalow cerca de Plaza Egaña y sigue con esa tal Pilar. En una foto que apareció en el diario, ella se ve atractiva, pero se jacta de no saber freír un par de huevos. Pobre Angelo, ¿lo estará pasando mal? Se van pronto al sur, a Valdivia. Él consiguió clases en el Liceo.*

*Mi mamá es dichosa con su crío, pero no quiere casarse. Le tiene miedo a la diferencia de edad, ¿qué pasará después, cuando la pasión se apague —dice— y al Chocolito le lluevan mujeres jóvenes? Si hay amor de por medio, yo pienso que hay que atreverse a tomar las cosas buenas que la vida ofrece.*

*¿Qué voy a hacer cuando te deje, mi Diario? Se me harán más largas las horas. ¿O podré escribir otro tipo de...*

*¿De qué: recados, relatos, confesiones? En todo caso nunca voy a revelar los secretos que he compartido contigo en estos años.*



\*\*\*\*\*

Rolando va callejeando por Francisco Bilbao hacia la cordillera. La brisa que sopla en las tardes de marzo lo obliga a subirse el cuello de la chaqueta. Uno tras otro pasan los trolebuses verdes que desplazaron a los viejos tranvías. Se frota las manos y enciende un cigarrillo, sin deseos de apresurar su llegada a casa. La reconciliación con Mariela empieza a dar mejores frutos —es el hogar, ha dicho él, la familia, el hogar, las niñas—, después de un año en que la confusión les dejó el corazón a maltraer. Ella no hace reproches ni tampoco insiste en el argumento de su triunfo, que le enterró sin misericordia el cuchillo: si él se hallaba dispuesto a que las cosas volvieran a ser como antes, ella también dejaría de ver a “alguien”, todo por el hogar, la familia, dijo, las niñas. ¿Quién es? había preguntado él mientras ella lo miraba como si estuviera viendo a un tonto, diciéndole con los ojos que se cuenta el milagro, pero no el santo. ¿Te acostaste con él? Siguió el ofendido, bufando, sintiendo más fuerte el bombeo del corazón, y ella daba vuelta la cara, ¿te acostaste con él? Una y otra vez, hasta chocar con la respuesta: un sí rotundo pleno de irritación. ¿Por qué ese “alguien” tuvo que darse de esa manera? ¿Por qué esa compulsión que lo lleva a desear ardientemente a otras mujeres, enamorarse de ellas como si fuera preciso casarse con todas? *Amigo con la tarde haz que se vaya este deseo mío de que todo rosal me pertenezca*, algo así hay en *Crepusculario*. Picados de la araña, eso eran, Príamos en potencia, todos, Jorge, Manuel, hasta el mismo Rubén con su carga de años, y Coloane también y Juvenal, que no perdía ocasión de asestarle una palmadita en el trasero a la poetisa que se le cruzara en el camino. Detuvo su marcha frente al cine Italia para mirar fotografías de las películas de esa tarde, *La rosa tatuada*, con Burt Lancaster, obra del tremendo Tennessee Williams, *Picnic*, ésa la había visto en el Roxy cuando la estrenaron, Kim Novac bailando caliente en una fiesta campestre, Holden muy fome y viejo para el papel, *Piso de soltero*, no conocía a esos actores, linda la Shirley Mac Laine, tres

películas en una función, formidable, pero esa tarde no había ánimo para cine. Siguió su camino. Media cuadra más allá, antes de cruzar la calle Salvador, su mirada recorre la fachada de una casona antigua. Una cuerda que pende de balcón a balcón en el segundo piso y luce prendas de vestir secándose al viento, porque ya sol no queda, una enagua celeste, dos blusas floreadas, varios pares de medias náilon. Recuerda la ropa colgada en el patio vecino de los Pimentel, allá en San Felipe, su país de las maravillas, como dice Jorge, su paraíso perdido. Desde la ventana de su dormitorio contemplaba las prendas con sed y angustia, calzones, medias, sostenes. La señora Susana semidesnuda exhibiendo sus redondeces mientras riega las plantas, ¿cuántas veces esas imágenes alimentaron sus sueños eróticos, cuántas pajas adolescentes se habrá corrido a la salud de la vecina? Carla ha quedado desolada, pero qué hacerle, no había otro remedio que la ruptura, Varios meses de esa pasión que de a poco se iba ahora enfriando, meses de trabajo político también, marchas gigantes que culebreaban vibrantes por las calles del centro, salidas nocturnas a rayado mural, discusiones apasionadas por todas partes, volantes en las poblaciones, artículos para la prensa, viajes apresurados a provincia, y todo para qué, para desembocar en una amarga decepción cuando el 4 de septiembre los treinta mil votos que el cura payaso de Catapilco le restó a Allende, determinaron el triunfo de un gobierno de empresarios, la siniestra derecha, la diestra derecha, pero al menos desde otras regiones soplan buenos vientos, el primer día del año, Fidel Castro, los sobrevivientes del yate Gramma que desembarcaron en Playa de los Colorados y el Movimiento 26 de Julio, habían entrado a La Habana, derrocando al sanguinario Batista, y sentaban las bases de un gobierno revolucionario que se iba deslizando bien por la historia, la revolución en español, no en ruso, ni en chino, ¡en español! Un verdadero terremoto de consecuencias insospechadas. Vía pacífica, ¿se podrá llegar por los votos?... Acá, en territorio local, Neruda acababa de ser elegido presidente de la Sociedad de Escritores y se proponía solicitar al gobierno los dineros para adquirir la “Casa del Escritor”, un lugar donde pudieran realizarse recita-

les, foros, concursos, así como las actividades gremiales del sector, grandes cosas, cosas, cositas, aunque por otras grandes cosas, cosas, cositas, sangrara el corazón, vitales meses los que pasó con Carla, casi conviviendo en el pequeño y destartalado departamento que arrendó en Vicuña Mackenna, donde relucieron tantas jornadas de amistad, Manuel, Jorge, el Cuqui, Lucho, Anuca, Rubén. Y él tan feliz, presentándole a todos, a cada uno por separado, a su nuevo amor, ese amor que al final, como un juguete, se destartala, porque ganó la esposa, ganaron las niñas, el hogar, y la sensatez tiene que ganar para que también gane la revolución. Sonríe, está terminando de escribir su primera novela y eso es fuerza vital, pasión, ¿de dónde le vendrán los temas, por qué no escribir mejor sobre lo que a él le ocurre? Pero marcha bien. Nota fuerte la influencia de Erskine Caldwell, un escritor que no da explicaciones ni diserta filosofías, solo deja que la vida corra a lo largo de su lenguaje... ¿cómo definirlo?... ¡Ahí está lo que dice Rubén! Contar, contar. Sí, piensa, contar una historia, pero para decir otra cosa. Algo general, universal debe desprenderse de las historias.

Ha caído la noche y atravesó casi inocentemente la hora crepuscular, esa tierra de nadie, ambigüedad luminosa y oscura en que el comienzo de la noche y el final del día se van persiguiendo y alcanzando, la hora en que el atardecer recuerda a Roberto, el mejor, ¿por qué tenía que irse?

\*\*\*\*\*

Bajo el tibio sol otoñal de mediodía, las volutas de humo se van ensanchando y diluyendo en el aire del Parque Forestal cuyas verdaderas se cubren de grandes hojas secas. Manuel ha elegido un escaño frente a las escalinatas posteriores de Bellas Artes. A esa hora circulan muchachas que salen de clases de pintura. También entran al palacio contingentes jóvenes que buscan el económico almuerzo que

ofrece el Casino de la Escuela, donde a diario se arman tertulias, a veces amables, otras ásperas, entre poetas, bailarinas, escultores, músicos que devoran un buen plato sin vino, pero al alcance de sus bolsillos, Barquero, Lizama, Pepe de Rokha, Polhammer, el “enorme James”. En ese preciso momento su Sonia de otros tiempos sube las gradas con aquel paso mágico de bailarina, ¿la sigue, no la sigue? Ella se había casado con el dentista y ahora, después de un año que parecía tanto más largo que otros años, quizás la siguiera. Donde fuego hubo... Un año de decepciones corridas en todos los ámbitos de la vida, a pesar de la Revolución Cubana, esa ráfaga de aliento que sopla desde el Caribe colándose por los rincones de América y que parece navegar por mares encrespados hacia buenos puertos, pero decepciones políticas también aquí mismo, en el terruño, perder y perder otra vez, por tan poco, reputa madre, si estuvieron al borde, ¿habrá una tercera oportunidad? La decepción de un año académico que concluye en calificaciones un tanto bajas que harán peligrar la ayudantía en Literatura a la que pretende postular. Y la decepción además de las relaciones sentimentales, motivada por los intoxicantes devaneos de la Vero, que lo llevaron a la confusión, ríe Manuel, nunca para tanto, hay que mantener la risa, pero cómo habrán sido los obstáculos para que lo hayan hecho ficcionar así los vaivenes del pololeo, por llamarlo de alguna manera. El cuento se titula “De tripas corazón” y Manuel está considerando –con vacilaciones- incluirlo en su *ópera prima*, que pretende editar este año con el apoyo de Rolando. Su amigo dirigirá una colección de escritores jóvenes por encargo de don Eugenio, el Decano de la Facultad. El cuento dice así:

Una noche tibia, primaveral:

-No podemos seguir tú y yo.

-¿Por qué?

-Simplemente porque tú me quieres tanto como puedes querer al tendero de la esquina. Eso no va conmigo. Cuando yo me entrego, me entrego entero, y exijo que se me pague con la misma moneda...

Mientras se me cae la baba por ti, tú prefieres ir a una fiestecilla de imberbes en lugar de pasar el tiempo conmigo.

-Tienes razón, Manuel; somos distintos, un mundo grande nos separa.

... ..

Un mes después, en plena primavera:

-Vero, te he dicho mil veces que me equivoqué, me arrepiento. Te lo podría decir otras mil, por favor vuelve conmigo.

-No... No puedo. El Negro, tú sabes, me gusta.

-Pero, Verónica...

-No puedo, Manuel, no puedo.

... ..

En otoño, escuchando *Fumando espero*, tango de moda:

-Vero, déjame besarte.

-Bueno ya, ah, así, así, basta, Manuel, no insistas, sí, así, así, basta, Manuel, no seas torpe.

-Vero, te gustan mis besos, eso se ve, dime, ¿quieres volver conmigo?

-No...

-Pero, Vero, ¿por qué?

-No puedo, tú sabes, el Negro.

... ..

En pleno invierno:

-Fueron pamplinas, malas tácticas. Pensé que haciéndome el indiferente, te interesarías en mí, pero no dejé ni un segundo de estar loco por ti. Escúchame bien...

-No... El Negro...

-Entonces, ¿por qué dejas que te bese?

-Me gusta, pero entiéndeme, el Negro...

... ..

A fines de verano, a un amigo poeta llamado Jorge:

-Te aseguro que la he olvidado por completo, si hasta me estoy enamorando de una bailarina que se llama Sonia.

-No te creo, en amores tú eres como los héroes del romanticismo, un idiota. No la olvidarás nunca.

... ..

A mediados de marzo:

-Pilar, tú sabes cuánto te...

En abril:

-Juanita, tú y yo solos...

-En mayo:

-Tela, Tela...

-En junio:

-Así, María Elena, así, dale, dale, trágatelo como una puta...

En julio, entre las notas de *Fumando espero*, tango pasado de moda:

-Vero, he venido a buscarte, finalmente me siento libre. Una a una las he borrado de mi libreta, porque ya me di cuenta: no podré amar a nadie sino a ti. Te quiero... Te quiero de veras, Gorda que no eres gorda, ¿y tú... me quieres?

-Sí, Manuel, ahora sí.

-¿Te quedarás conmigo?

-No sé.

-¿Por qué, Verónica... Por qué?

-Tú sabes... El Negro. Pero creo que sí, estoy cambiando, me da rabia... Esperemos algunos días. Déjame ahora, déjame, que voy a llorar.

-Sí, amor, es mejor que lo arregles todo con tranquilidad.

... ..

Al cabo de esos días:

-No puedo, Manuel, perdóname.

-No te comprendo, ¿no dijiste que me...?

-Sí, dije, dije que te... Pero el Negro... Entiende, no seas tan burro, el Negro y yo...

-Te has burlado, eso es lo que pasa.

-¡Imbécil, piensa lo que quieras!

... ..

Casi un año más tarde, un encuentro en alguna calle:

-Así es, Verónica, me caso... ¿Y cómo está el Negro?

-Terminé con él... Pocos días después de aquella tarde... Tú no volviste.

-Te quería.

-Yo también.

-¿A mí?

-Sí. A ti.

-¿Quieres decir que tú a mí...?

-Quiero decir que yo a ti.

-¿Y el Negro?

-Había dejado de importarme. Creo que te equivocaste en dos o tres días, al irte. Esperé que volvieras.

-¡Putra madre, pero te quería!... Por eso...

-Yo también.

... ..

Una semana después, tomando té en un local del centro:

-Te quiero mucho, Manuel, muchísimo, no sabes cuánto.

-Sí, pero estoy comprometido. Yo te quise mucho también.

-Parecemos una comedia de equivocaciones, ¿recuerdas que me llevaste a ver *Noche de Reyes*?

-Sí, *cae la lluvia, ay ay ay, y sopla el viento*, decía Siré, el Bufón... Más bien da la impresión de hemos pasado el tiempo jugando a las escondidas. O al pillarse, tú la llevas...

-¿Cómo se llama?

-¿Quién?

-Tu novia.

-Eli.

-¿De Eliana?

-No, de Elizabeth, si hasta nombre tiene de reina.

-¿Y cuándo...?

-A fin de año.

... ..

Un mes más tarde:

-¿Me acompañas a casa?

-Bueno, pero dime por qué has venido, Vero, ¿no te dije que...?

-Te quiero. Necesitaba verte. *They try to tell us we're too young, too young to really be in love...*

-Cantas lindo...

-Te quiero.

... ..

Otro mes:

-¿Es que no me vas a dejar tranquilo, Verónica? Casi peleo con la Eli por culpa tuya.

-¿Y lo que te dije?

-No puedo.

-¿Por qué no?

-Tú sabes, la Eli, compréndeme...

... ..

A fin de año:

-Eli, no puedo casarme contigo. Nunca he querido a nadie como a ti, te lo juro. Pero... No puedo.

-Lo sé, corazón, sé que la pasión es más fuerte que el verdadero amor... Te comprendo, Manuel... No me mires llorar.

... ..

Al comenzar el año, en pleno verano:

-Adiós, mi bichito, lamento que no podamos veranear juntos. Pero esto de pasar un mes en la playa es cosa de mis padres.

-Iré a verte los fines de semana, Vero. Entra la cabeza, que va partiendo el tren. Te quiero.

-Yo te quiero. Te quiero mucho, Manuel.

... ..

En otoño, cuando comienzan las clases:

-Vino a verme el Negro.

-¿Y...?

-Dijo que me quería mucho más que tú, que nadie me había querido nunca como él, y que sin mí no valía la pena vivir. Después me pidió que lo dejara besarme...

-¿Y qué hiciste?

Silencio.

-¡Verónica! ¿Qué hiciste tú? ¿Qué le dijiste?

Silencio.

... ..

Un mes después, una tarde fría:

-¿Te ha seguido molestando el Negro?

-Va siempre a verme... Ya que has tocado el tema, hay algo que quiero decirte...

-Vamos a la pieza.

-No, hablemos aquí.

-¿Y bien?...

-Bueno... es que... Mira... Es que... Lo que pasa... Ay... No sé... Bueno yo... Es que me voy a casar con el Negro.

-¡Qué estás diciendo! ¿Cómo? ¿No dices que me quieres?

-Sí, pero él me necesita. No puede vivir sin mí. Nunca nadie me ha querido como él.

-¿Definitivo?

-Definitivo.

-¿Cuándo?

-Pronto.

-Adiós, Vero... Que... Que seas feliz.

-Adiós, Manuel. Espero que podamos ser amigos. Buena suerte.

... ..

La misma tarde fría, arrastrando los pies a lo largo de una calle gris, y escupiendo a la acera cada varios segundos:

-Buena suerte, ¡hm! ¡Bah! ¡Claro!... Buena suerte, ¡hm! ¡Bah! ¡Claro!... Buena...

Manuel lanza la colilla, estira las piernas, bosteza y se da cuenta de que lo está derrotando el hambre. No es un buen cuento, se dice, pero al menos registra una relación más dramática que divertida. De algo servirá. Hambre, en vez de subir al depe a freír la posta negra

que compró en la mañana para preparar un churrasco-palta, saltará de dos en dos las gradas de la Escuela de Bellas Artes y buscará la mesa donde esté almorzando Sonia para enterarse de cómo va su vida con el dentista y contarle que finalmente, después de tantas vueltas, las cosas para él se resolvieron bien, y que en diciembre se casa.

-¿Con quién?

-Con la Vero.

\*\*\*\*\*

Los amigos más cercanos consideraron que la casa del Cara de Hombre se haría chica para albergar a todos los que deseaban festejar su elección como vicepresidente de la SECH, secundando a Neruda. Consiguieron que el director de un colegio en la avenida Macul prestara su local y el cariño de una descomunal paella valenciana. Las tardes ya se dejaban caer un poco frescas, pero igual la cocinería se acomodó en el centro del extenso patio trasero donde por las mañanas los escolares, en sus recreos, juegan a las bolitas y al trompo. Se había encendido una gran fogata sobre la cual empezaba a calentarse la paellera de dos metros de diámetro que albergaría pollo, choros maltones, cerdo, chorizo, almejas y gambas para finalmente recibir la carga de arroz azafranado. Festín para unas sesenta personas que a medida que iban llegando, se extasiaban ante el trabajo esmerado y diestro de los dueños de casa, mientras saboreaban un chacolí corazón de paloma, que cada cual se servía abriendo la llave de una pipa de doscientos litros que Rubén le había pedido a su amigo “Caruso”, el dueño de la picada de Nataniel donde se comen los arrollados y los perniles más sabrosos del país. Viejos, jóvenes, mujeres, parejas, llegaban hasta el colegio, algunos con su tarjeta de adhesión ya comprada, otros con los billetes en la mano para adquirirla al entrar. El Cara de Hombre, sonriente, de impecable

traje marengo a rayas y corbata gris perla sobre una camisa azul, se paseaba saludando a Nicomedes por aquí -¿sabías, viejo, que tu hijo Oscar canta tangos en el Rosedal?-, a Coloane y Benjamín Suberca-seaux por allá, a Juvencio Valle, Ángel Cruchaga con Albertina, la musa nerudiana de otros tiempos, Esther Matte Alessandri, poetisa, Rolando, Anuca, Manuel, Lucho y Jorge, entre los benjamines, todos ansiosos de festejar un momento importante de la vida literaria y de darle el bajo como se debe a esa paella y al barril de chacolí. El propio Caruso, moreno, bajo, ancho, pantalón negro y saco blanco de gabardina, corbata humita, sujetando un habano entre los dientes y dejando relucir el oro de uno de ellos, apareció de pronto y empezó a pasearse saludando con un brazo en alto, como los políticos, como el dueño de todo, una imagen de los años 40, George Raft, James Cagney, Edward G. Robinson. O Arturo Godoy...

-Un poco claro este vino –dijo Rolando pasándose la lengua por los labios, apoyado en un tronco.

-Mientras sea vino, da lo mismo –respondió Jorge riendo a boca cerrada, Pilar tomada de su brazo, en vaqueros y un suéter azul marino cuello de tortuga ceñido al cuerpo.

Se les acercó Rodrigo Frenau, un profesor de Letras en la Católica que acababa de ganar un premio de novela.

-Salud, Jorge, salud, linda –le dijo a Pilar, qué hermosa eres.

Ella sonrió y dispuso la mejilla para el beso de rigor.

-Ya, ya, córrete – dijo Jorge-. Conocemos tu cháchara, y la cabra no está sola.

-Oye, no te pongas violento, tu polola es realmente hermosa, ¿por qué no se puede decir?

-¿Mi polola? Ya, córrete-. Jorge dibujó con la mano un gesto como de barrer-. No necesitas recordar que es linda, la estamos viendo, redundancia, ¿no eres acaso novelista?

-Te pusiste celoso, Jorgito- siguió Frenau-. Pilar sonreía y giraba la cabeza de lado a lado -. ¿Te molesta que te diga que eres linda, Pilar?

-¡Ya, déjense par de tontos! –dijo ella.

-¿Te molesta?

Ella miró a Jorge, luego a Rodrigo, luego a Rolando.

-No me molesta, niños tontos.

-¿Viste, Jorgito que...?-. Antes de terminar la frase, el rostro de Rodrigo Frenau recibió el latigazo frío del chacolí que Jorge no alcanzó a terminar. El novelista académico quedó petrificado, como sin entender de qué se trataba el asunto, ¿a él? -.Oye... -comenzó a balbucear-, y le dio a Jorge un empujón que lo lanzó contra el tronco de un castaño.

-¡Córrete, maricón, yo no quiero pelear!

-Entonces no agredas, Jorgito-. Secándose la cara con un pañuelo-. Me voy a retirar, porque no quiero ser aguafiestas, pero esto no va a quedar así. Chao, preciosa.

Frenau se retiró, Rolando tomó a Jorge del brazo.

-No tenías para qué hacer eso –dijo.

-Me saca chispas ese pituquito que se cree escritor y se da aires de Clark Gable.

-Si te ofuscas así cada vez que le lancen un piropo a Pilar, te vas a pasar la vida peleando, qué quieres, es linda. Si se lo dicen, tómalo como un halago para ti también, ¿o no es tuya?

-Oye, oye –dijo Pilar, cálmate, yo no soy de nadie, estoy con Jorge porque *quiero* estar con él, pero *no* soy de nadie.

Desde un poco antes que Priscilla se fuera a Lima con los niños, Jorge y Pilar se habían instalado juntos en una casita prefabricada al interior de una propiedad mayor, cerca de Plaza Egaña. El trabajaba como jefe de redacción en una publicación universitaria, y ella tomaba clases de dibujo. El primer disgusto se produjo cuando una tarde, al llegar del trabajo, Jorge protestó porque ella no había hecho la cama ni sacado de la mesa los platos y tazas del desayuno.

-Córtala, huevón, fue todo lo que ella respondió ante la queja.

En una de las dos salas de clases habilitadas para recibir a los invitados, Manuel y la Vero se detuvieron frente a las risas chispeantes de Anuca y Chocolito.

-Quiero presentarles a Verónica –dijo.

-Linda tu polola –rió Ana-. Oye, chiquilla, de todas maneras cuídalo bien, que éste es picado de la araña. Linda –le acarició la mejilla-, pero eres una bebé...

-Hola, Vero –saludó Chocolito-. Que te la tenías guardada, Manuel... ¿Cómo anda todo?

Disminuyó el volumen de la música.

-¡Amigos, les anuncio que pronto va a estar lista la paella! –la voz ronca y potente de Rubén se escuchó desde el patio. Aplausos, expresiones de júbilo. La música recuperó su volumen, *reloj, detén tu camino*.

Chocolito habló del Morochito, de sus gateos y primeros pasos, los sonidos, palabras después, tenían que conocerlo, cuando estuviera de cumpleaños los iba a invitar, a los amigos grandes, para que vieran que todo lo que decía era cierto, un morenito saleroso, risueño, con recia voluntad para salirse con la suya, a ese no le iban a venir con cosas, ya desde guagua era un ganador. Pero la madre, eso era lo malo, bueno, la madre no quería casarse. Ni siquiera vivir juntos, y tampoco se decidía a arrendarle a él la pieza de huéspedes que tenía en la casa, qué injusto, obligado a ser un padre y un amante de puertas afuera, porque ella y él seguían juntos, juntos aunque separados, coño, cómo hacerla cambiar.

Anuca de pronto se puso triste, quizás el vino, y echó unas lágrimas. Lo he buscado en todas partes, dijo, al bombero Toro, así le decían, “bombero”, no porque apagara incendios, sino porque fabricaba bombas caseras para hacerlas detonar en las protestas, era un gran compositor, un maestro de la talla del mismo Roberto, y en los desmanes del 2 de abril había desaparecido sin dejar rastros. El último de los conocidos en verlo fue Rolando, cuando el grupo

en que se manifestaban dio vuelta un furgón de carabineros, cerca del Mapocho, ahí se perdió su huella, en las comisarías pregunté, y pregunté en los hospitales, y fui a la pensión donde vivía, frente al cerro Santa Lucía, y lo único que pudieron informarme sus caseros es que salió temprano uno de los días de la revuelta y no volvió, casi tres años ya, y nada, lloraba Anuca, yo lo quería, y lo quiero.

-Pablo conseguirá cosas buenas con el Gobierno –dijo Coloane-, dinero para que los escritores tengan una sede donde desarrollar actividades culturales, recibir visitas del extranjero, armar una biblioteca, poner máquinas de escribir a disposición de los poetas, tomarse un café, pedir un almuerzo, curarse a salvo.

-Eso es muy importante –dijo Juvencio-, curarse... Curarse de las enfermedades.

Nadie celebró su chiste.

-Otro proyecto –siguió Coloane- es lograr financiamiento para convocar a un concurso literario anual. El premio sería la publicación de los libros. Poesía y cuento. Podemos convocarlo como Premio Alerce, en un homenaje al más noble de los árboles.

-Buenas cosas, algo es algo-. Nicomedes estornudó y gotitas de sangre enrojaron su pañuelo-. Ya me agarré un resfrío –dijo.

Parecía algo un poco más serio que un resfrío.

-A Rubén le va a tocar el trabajo duro. Y las perspectivas parecen buenas.

Cuando se empezaban a servir los platos, Rubén ofreció el brindis con su voz ronca y un tono de profesor enojado, ¿me comprende? Un discurso gremialista enfatizando las tareas que esperan a los intelectuales, sobre todo a los escritores, en un mundo donde campea la injusticia social, en el que no todos tienen iguales oportunidades, y se refirió al apoyo que se debe prestar desde la pluma y la palabra a las buenas causas del mundo, la paz, sobre todo la paz siempre amenazada, el término de la Guerra Fría, a la lucha de los pueblos colonizados por su independencia, a la revolución cubana

que renovaba las esperanzas de un continente maltratado. Habló también de ese detestable centralismo capitalino, ¿qué oportunidad tienen los de provincia?

Pablo, Juvencio, Coloane, Efraín, Jorge, son todos de provincia, se dijo Manuel. Y mientras el discurso del Cara de Hombre seguía adelante por los caminos de una editorial del Estado, pensó también que si bien los escritores que se le vinieron a la cabeza eran provincianos, habían tenido que establecerse en Santiago para darse a conocer.

-¿Quién es esa niña tan pizpireta? –preguntó Anuca a Chocolito, señalando a una pareja en el otro extremo de la sala. Conversaban gesticulando risueños y frenéticos, luego brindaban mirándose a los ojos.

-¡Coño, qué hace aquí la Norita, chica? Es la hermana de mi Morrocho, hija de Amelia –exclamó Chocolo.

Vaso de chacolí en mano, pantalón de cotelé bolsudo, suéter de marinero, Lucho dictamina sobre su tema predilecto y les dice a Cuqui y al venezolano Rebolledo que no se equivoquen, el tango es muy superior al bolero, tanto en lo musical como en lo literario, y asegura que los novelistas deberían dedicar bastante tiempo a leer letras de tango, porque ahí encontrarán historias completas, en cada una está comprimida una novela con todos los factores, la tragedia, el humor, la ironía, y hasta la crítica social, si no, fíjense en que *da lo mismo el que labura, noche y día como un buey, que el que vive de los otros, que el que mata, que el que cura o esta fuera de la ley*, “el que vive de los otros”, enfatiza Lucho, y no “el que vive de las minas” como lo cantan algunos, *de los otros*, así escribió Discépolo, “el hombre es el lobo del hombre”, y este mismo que estamos escuchando, fíjense bien, letra de Homero Manzi, otro gigante, un tipo le dice a la mujer que se vaya porque él no le ha traído más que amargura, tristeza, dolor –cenizas, vinagre, nieve, que se vaya le dice, acaso no ve que se está matando, que no lo siga, ni lo llame, ni lo bese, ni lo llore, ni lo quiera más, no hay esperanza para ellos, no llegarán a vislumbrar la tarde



mansa, habla Lucho, porque en el buen tango hay poesía, casi llora, profunda, ¿qué puede expresar con mayor nitidez la fuerza del amor que un guapo de barrio que al ver pasar a la mina tanguendo altanera, pierde todo el coraje y durante un enfrentamiento se escapa a lo cobarde porque *me vi a la sombra o finao, pensé en no verte y temblé, ¿pensé en no verte y temblé, huevón!*, qué me dicen. Lucho tenía fama de lacónico, pero con unas cuantas copas le brotaba elocuencia, ya fuera filosófica, política o tanguera, y siguió, porque ahora Juan Carlos Miranda cantaba “Mañana zarpa un barco”, sobre el marinero que pasa una sola noche en tierra firme bailando con una muchacha que llora porque mañana..., pero él que no, que la noche es larga, que no esté triste, que cuando se encuentre navegando pronunciará su nombre, tendrá un recuerdo para contarle al mar, vamos, vamos, le dice, *no sé por qué llorás*.

-Ya, Luchito –dice Cuqui palmoteándolo con gentileza-, mejor deja escuchar los tangos, no los echés a perder con tu cháchara. Acuérdate de Whitman.

-¿De Whitman?

-Sí, el tipo que se aburre de la conferencia que está dictando el astrónomo y deja la sala, sale a la noche y disfruta las estrellas mirando hacia el cielo.

\*\*\*\*\*

*Querido Diario: acabo de releer lo que en tus páginas escribí la última vez y parece mentira que de la noche a la mañana hayan pasado tantas cosas. Aunque pensándolo bien el tiempo no es tan poco: siete meses, desde los primeros días del otoño hasta media primavera, en lo que probablemente vaya a ser el mejor invierno de mi vida, pasado y futuro.*

*A una semana de iniciadas las clases, mientras cruzaba el patio desde el pabellón de idiomas hacia el casino, me abordó un muchacho bastante divertido*

*que va en tercero de mi misma carrera, para ofrecerme en préstamo varios textos de estudio que de otra forma hubiera tenido que comprar y son bastante caros. También me ofreció su ayuda en cualquier materia que pudiera presentar alguna dificultad. Me pareció cálido y amoroso, si bien en el aspecto físico no se podía comparar con el Alejandro, que es mucho más cinematográfico. Belisario en cambio es flaco, muy blanco, y camina como flotando sobre las nubes en cámara lenta. Una tarde le pedí que fuera a mi casa para que me aclarara algunos puntos del ramo de gramática con los que andaba tropezando. Nos instalamos en la mesa del comedor y yo había dejado encendida la radio. Con suficiencia de conocedora aseguré sin dejar lugar a dudas que lo que tocaban era de Mozart. De Wolfgang Amadeus Mozart, dije para rematar. Belisario asintió sonriendo y dijo que en realidad se parecía bastante. La pieza terminó y el locutor anunció una obertura de Rossini. Comprendí que estaba frente a un tipo que no era como los demás. Creí que me iba a poner colorada, pero él sacó del bolsillo superior de su chaqueta una figura de chocolate y me la ofreció, la había traído para mí. Después me explicó las operaciones gramaticales y pude por primera vez entenderlas. Le ofrecí té con tostadas, pero se excusó, tenía una reunión, podríamos vernos el sábado, dijo, ¿me gustaba la paella?... Yo no sabía lo que era una paella valenciana. Entonces tienes que acompañarme, sentenció dándole una vuelta a su bufanda alrededor del cuello y pidiéndome que lo acompañara a la puerta.*

*En la paella del sábado me sentí de lo más importante, una mocosa entre grandes. Había bastante gente, me crucé con alumnos de la Facultad a los que a diario divisaba deambulando en los patios o tomando un café en el casino, sin conocerlos, con ayudantes y hasta con uno que otro profesor, Rojo, de Inglés, Giannini, de Filosofía. Belisario se movía con soltura, saludaba a medio mundo, me presentaba a sus amigos, nos desplazábamos de un lado a otro muy ufanos. Rolando el escritor, el músico Sergio, discípulo del gran compositor Falabella, fallecido unos meses antes, Lucho, también de francés, rey del tango, que seguramente le iban a pedir que cantara “Sur”, Rubén Azócar, el festejado, un tipo viejón, corto de estatura, cuerpo grueso, grandes cejas y voz muy ronca. Cuando nos trasladamos de una sala a otra, divisé a Chocolito muy animado y mientras Belisario se servía un vaso de vino, me acerqué a saludarlo. Me presentó a Manuel y a una señora Anuca, muy buenamozga, diciéndome que conocían bastante a Jorge.*

*La paella es un plato delicioso, pero difícil de preparar. Hubo música, cantos, algunas parejas bailaron, un tipo venezolano recitó sus poemas, y el tal Lucho finalmente cantó, pero no fue “Sur”, sino uno de aquellos que solía escuchar Angelo en su pieza de mi casa, “cuántos, cuántos años han pasado, grises mis cabellos y mi vida” Para cerrar la fiesta el llamado Rubén, o sea el Cara de Hombre, se mandó su discurso entre serio y divertido.*

*Cuando cerca de las dos de la mañana Belisario me tomó de la mano y dijo que nos fuéramos, choqué de pronto con un cuadro que le dio a mi corazón una voltereta. Pilar— había visto su foto en una revista— bailaba muy acaramelada con un tipo de lo más chic, mientras mi poeta Angelo dormía despaturrado, la camisa salida, sobre un sillón, la boca abierta y roncando. Respiré hondo varias veces y tuve ganas de llorar. Vamos pronto, le dije a Belisario.*

*Pasaron los días y sin planificar nada, sin ponerle nombre a nuestra relación, Belisario y yo nos fuimos haciendo inseparables, nos necesitábamos con urgencia, no queríamos pasar ni un solo día sin vernos porque perdíamos el apetito, se hacía difícil la respiración y así de pronto, como sin darnos cuenta, una tarde nos estábamos besando furiosos, como si quisiéramos ser una sola pieza, que nuestras pieles se pegaran para siempre y de repente también, todo natural, sin culpas ni explicaciones ni preguntas, habíamos pasado una salvaje noche juntos en su departamento. No te voy a contar detalles, pero te juro que durante los tres meses completitos que dura el invierno nos dedicamos exclusivamente a la tarea de ser felices. Yo casi no creía que fuera posible algo así.*

*Y ahora también siento ganas de llorar, querido Diario, porque me estoy despidiendo de ti para siempre (¿existe “para siempre”?). Hace poco empecé a escribir cuentos y en adelante, lo que tenga que decir lo iré metiendo en otros cuadernos. Pero te guardaré como hueso santo y no me desprenderé jamás de ti (¿existe “jamás”?)..*

\*\*\*\*\*

Hay momentos en que la vida junta y otros en que separa, se dijo Rolando, aunque pareciera que en verdad más tiende a separar que a juntar. La garzona depositó sobre la mesa de madera desprovista de mantel su media jarra de pipeño blanco —servido directamente de esos barriles a la vista— y el sándwich de pernil en marraqueta que estaba ansioso por engullir. Había llegado adelantado a la cita que él mismo fraguó con el antipoeta y el italiano Ceronte. Se le hizo agua la boca, ¿por qué será que casi siempre tengo hambre?, se pregunta. Había engordado cuatro o cinco kilos en los últimos meses, desde el verano, y la ropa empezaba a quedarle chica. O renovaba el closet, lo que resultaba duro para el bolsillo, o se ponía seriamente a régimen, siniestro para la felicidad. El pernil con ese ají chileno en pasta, qué bárbaro, picante pero sabroso como dice un verso de La Llorona, y el pipeño, un regalo de los dioses. Junta y separa, la vida. Las Tejas empezaba a poblar sus mesas a esa hora del atardecer y se escuchaban los golpes secos de cacho sobre la madera. Junta y separa. El maestro Rubén de capa caída por la inesperada muerte de Leontina, triste, cabizbajo, alejado del mundo, exactamente al revés de como suele desplazarse por la vida, y la Juanita con sus catorce años poniéndole el hombro a la situación, atendiendo a su padre, echándose encima los deberes domésticos. Linda se había puesto la niña al echar cuerpo, soltarse las trenzas y aprender a manejar con destreza esos ojos de obsidiana que Dios le regaló como premio por alguna hazaña en otras vidas. De nuevo dándole vueltas a esas huevadas esotéricas. Una cosa tiene que ser el estudio de las religiones para el curso que piensa ofrecer el próximo semestre y otra muy distinta tragarse todas las faramallescas ficciones inventadas por los magos que vienen manejando el mundo desde más allá de la historia. Linda la Juanita, intensa de mirada y amplia de sonrisa. Va a ser una mujer interesante y matahombres, pensó Rolando. Junta y separa, la vida. Su grupo se estaba desintegrando. Rubén convertido en caracol, Jorge arrinado en el sur, dando clases de Historia en un liceo de Valdivia y escribiendo afanadamente sobre los poetas malditos de Chile, abrazado con su espléndida Pilar que lo acompaña y lo ama, de la

jeta los dos, él como un Dante enamorado pasando por el paraíso, el purgatorio y el infierno mientras ella se deja perseguir, amorosa y coqueta. Y el huevón del Manuel, que sin romper todavía la cáscara del huevo para asomarse al mundo, decide casarse. Es verdad que está por recibir su título, que tiene un pie metido en la universidad por la ayudantía que ganó, y que su primer libro ya viene, es bueno además, él mismo le está ayudando a editarlo. Pero no cuenta con los centavos que le permitan mantener a una niñita de colegio que no debe poder freír un bistec, y en ese depe, como le llama, no cabe un par, serán como dos lagartos en una botella, terminarán a dentelladas. Quién soy yo, después de todo, para criticar a los amigos, cuando no he dejado cagada por hacer. Vuelta con la Carla, por qué mierda, si la verdad es que se viene entendiendo bastante bien con Mariela otra vez, aunque digan que nunca segundas partes fueron buenas, y aunque ella se haya involucrado con el colega ése, Raúl, un cursilón almidonado que aprovechó la primera de cambio para meter su basa. Malas ondas que vienen y se van. Sin embargo la relación gentil y amorosa que están llevando los determinó a emprender una segunda, o mejor una “nueva” luna de miel. Por estos días le entregan la Citroneta que acaba de comprar y la estrenarán juntos pasando un fin de semana largo –viernes a lunes- en Túnquén, una caleta que ninguno de los dos conoce y que es de sueño, según dicen... Sin embargo, Carla otra vez, aunque ahora desde más lejos, nada de vivir juntos ni de proyectos comunes para el futuro, solo citas clandestinas, tardes en el motel de siempre, algún sábado en playas solitarias, hay fuegos ardientes que seguramente de pronto comenzarán a debilitarse, porque es cierto que la vida más separa que junta. Ruptura entre China y la Unión Soviética, ¿Y ahora? Coexistencia pacífica versus preparación para la guerra, de pronto habrá que tomar partido. Ah, qué pernil, ah, qué pipeño, la vida separa más que junta, pero es generosa también.

Ceronte es pariente político de Carla, italiano legítimo, de Nápoles, veterano de las tropas del Duce en la segunda guerra, y le pidió de rodillas que le consiguiera una cita con Nicanor, a quien

admira no solo como poeta sino también como científico, qué conjunción perfecta, exclamaba, qué maravilla, poemas y antipoemas abrazándose estrechamente con las leyes de la mecánica racional, necesitaba conocerlo, por favor, Rolando, consígueme una cita, lo necesitaba con urgencia, conocerlo, no era simple capricho, tenía varias preguntas que hacerle, preguntas fundamentales que ni siquiera los *Magnificat* habían sido capaces de responder, inquietudes que abordan el tema delicado y secreto de las relaciones invisibles entre el sexo y la catástrofe total... Y entonces él, al cruzarse una mañana con el antipoeta en el campus, como era usual, le había comentado sobre su amigo Ceronte, preguntándole si era posible esa entrevista. Está bien, dijo Nicanor, pero no en mi casa, porque después no me lo saco nunca de encima, ¡nunca!, enfatizó risueño, aquí cerca en Los Cisnes puede ser. O en Las Tejas contrapropuso Rolando, y ahí estaba ahora a la espera. Termina de disfrutar su sándwich y piensa... pero no, no pedirá otro, se sirve más pipeño, mira el reloj, es la hora de la cita y ahí viene entrando puntual el “chico” Ceronte portando un grueso archivador bajo el brazo, sonriente como cuando se manda *O sole mio* en los asados familiares, gran potencia y una legítima alegría que curiosamente no proviene del alcohol porque casi no bebe. Avanza fresco, desabotonando un elegante chaquetón pelo de camello. A los pocos minutos, Rolando divisa a Nicanor, de pie junto a la entrada, semi oculto tras una columna, como si calibrara el ambiente para medir la situación y decidir si se queda o se larga antes de que lo descubran. Aquí, Nicanor, grita Rolando, y esboza un teatral gesto con la mano, levantándose de la silla para sorprenderlo. Presentaciones, saludos, más pipeño, pichanga para tres.

El napolitano da curso a su cháchara ilustrándola con recortes de periódico pegados sobre hojas blancas. Sismo de tantos grados en escala Richter a las 19. hrs. 27 minutos en tal ciudad de tal país... La peor inundación en veinte años producida aquí o allá, con un saldo de 300.000 víctimas fatales... Maremoto en una isla de Indonesia, dos ciudades completamente destruidas... Incendio arrasa bosques en California dejando a varios miles de personas sin casa, erupción

de un volcán que vomita fuego y lava... Ceronte enumera uno a uno los desastres y muestra las noticias, con fotografías recortadas de los diarios a lo largo de dos años, habla con angustia, y mira al antipoeta con desafío, exigiéndole una explicación.

-Se acerca la catástrofe, don Nicanor –dijo.

-¿La catástrofe? –preguntó Rolando-. Yo veo una catástrofe tras otra, una suma de catástrofes. ¡Es siniestro!

Ceronte no tomó en cuenta esa observación. Miró a Parra como esperando que pronunciara la última palabra.

-La catástrofe es una e indivisible –dijo Nicanor muy serio. Los ojos de Ceronte se iluminaron. Rolando tosió para apagar la risa. Siempre con un “artefacto” en la punta de la lengua el antipoeta. “Artefactos”, así llamaba a esas ideas poéticas comprimidas.

-¡Sí, sí! –reiteró Ceronte golpeando la mesa-. ¡Única e indivisible! Pero es la cúspide, una suma de muchas catástrofes.

-¡Eso sí que no! –exclamó de pronto Parra estirando el brazo hacia su interlocutor como un personaje de Shakespeare -. Soy asmático.

Ceronte se excusó y avergonzado guardó el cigarrillo que estuvo a punto de encender.

-Y este es el mejor pipeño –dijo Rolando, lástima que no lo pruebes.

-Bueno, don Nicanor... Ahora quiero exponerle el centro de mi preocupación, porque yo soy de la cofradía de los *Magnificat*.

Empezó por explicar algo sobre los objetivos de esa secta para luego ir de a poco y acaso con cierto pudor internándose en los laberintos de sus cavilaciones. El asunto era que cada vez que él tenía relaciones sexuales, se producía alguno de estos horrores. Cada vez, don Nicanor, ¡cada vez! Si la noche del sábado lo hacía con su mujer, era fijo que el domingo los periódicos publicaban la noticia de alguna catástrofe ocurrida en un lugar del mundo por los mismos momentos del éxtasis. Si la tarde del martes se acostaba con su

amante, el miércoles aparecía sin duda alguna la noticia de un sismo, un maremoto, un huracán. Si el jueves fornicaba con una puta, el viernes llegaba el aviso de algún desastre, un ciclón, la sequía, a través del noticiero radial, ¿comprendía? ¿Comprende, don Nicanor? ¿Rolando, comprendía? ¿Comprenden, mis amigos?

-Macabro, ¡macabro! -dijo exultante Rolando.

Y era él, Ceronte, el culpable de tanta tragedia, el responsable de la catástrofe universal que se aproximaba, ¿qué debía hacer? ¿Abstenerse quizás? Ni siquiera cuando decidió reemplazar el sexo real por la masturbación se tranquilizó el mundo, los desastres siguieron produciéndose después de cada sesión de placer solitario. ¿Qué hacer? ¿Entregarse a las autoridades, o recurrir a las Naciones Unidas?

En ese momento recién Rolando tuvo la certeza de que el italiano estaba loco de remate y miró a Nicanor con cara de pedir su perdón.

El antipoeta se levantó y se echó sobre los hombros el abrigo de tweed. Ajustó la bufanda y declaró que había estacionado su escarabajo a cinco cuadras y que su viaje hasta casa, en los faldeos de la cordillera, era bastante largo. Pensó un poco y mirando a Ceronte con una sonrisa entre simpática y socarrona, le asestó un segundo artefacto:

-¡Su catástrofe, compadre, me la meto por la raja!

Ceronte no paraba de reír.

-¿Y por qué le dicen Ceronte? –preguntó Nicanor.

-Porque se llama Rino –dijo Rolando.

## DOS

Jorge da una vuelta de bufanda alrededor de su cuello, se encaja un poco más el yoqui de tweed, para impedir que lo arrebatase el viento. Camina a lo largo de la ribera siguiendo el curso de la corriente y se le ocurre que aparte de la lluvia y los trenes, los ríos también, están entre los mejores regalos que nos ofrece este mundo, además de la cerveza y el vino. *Cuando todos se vayan a otros planetas/ yo quedaré en la ciudad abandonada/ bebiendo un último vaso de cerveza*, piensa, y piensa que el Calle-Calle es el más digno río de todo el país, con Pilar ya han hecho dos veces el paseo en una pequeña embarcación que navega hasta la desembocadura, bordeando los islotes, perforando la tupida selva valdiviana, o internándose en esa lluvia que se puede desatar en cualquier minuto del día, a veces suave, otras con violencia, o en la bruma espesa que nubla el salto sensual y armonioso de las toninas y el desplazamiento mágico de las gaviotas cuando *beben el frescor del cielo*, un río grande, ancho, generoso, profundo, respetable, y que termina su recorrido al topar con Corral o Niebla, en extremos opuestos del amplio delta que se funde en el océano. La tarde va cayendo con lentitud y él avanza también lento mirando cada tantos pasos hacia la calle, con la esperanza de que en algún momento sus ojos descubran la bendición de una taberna, es la hora precisa para relajar el alma con un par de tragos. Olvidó su petaca en casa, aunque decir “en casa” resulta pretencioso, piensa, “en la pensión donde arriendan una pieza”, así está mejor, y tampoco es cierto eso de que “la olvidara”, porque lo justo es reconocer que se había acabado el ron y no tuvo con qué llenarla. Buen regalo de Manuel, cuando sus amigos lo despidieron en la Estación Central de Santiago, generoso, porque le permite cada mañana encerrarse unos minutos en el baño de profesores durante los recreos, para aclarar la garganta, áspera y agotada de tanta cháchara. Eligió mal la profesión, no se comunica con sus alumnos, aunque le gusta conocer la historia, entender por qué ocurren las cosas, la historia verdadera,

porque la que se enseña es una mierda, una sarta de mentiras. ¿Y acaso su verdadera profesión no es la poesía?... No, la poesía es en realidad un llamado, no una profesión. La profesión uno la elige, la poesía lo elige a uno, ésa es la diferencia. *Vocare*, llamar. Vocación. Extraña a sus amigos, Manuel debutando en las letras con sus primeros cuentos, algo débiles de lenguaje, pero con mucha vida, piensa, y Rolando, zigzagueando entre una y otra ninfa, publica la novela que lo tuvo ocupado los últimos dos años, potente, campesina de tema, en la onda de *El camino del Tabaco*, según los fragmentos que ha leído. Y Chicolito, a quien quizás no vuelva a ver si acaso le da por regresar a Panamá, como dijo cuando se despidieron, y el maestro Rubén pasando malas horas cuando siempre sus horas fueron buenas. Por suerte las turbulencias de su sentimiento hacia Priscilla terminaron por serenarse y aunque ella se haya ido a vivir al Perú, está tranquilo, sus hijos lo quieren, nunca podrá perderlos. La relación con Pilar toma vuelo, se aman, ríen juntos, se acompañan bien, disfrutaban la poesía, el tango, las viejas películas del Cervantes, cerca de la plaza. Ella suspira ante cada nuevo verso que él le dedica desde el cuaderno borrador, y algunas noches se abrazan con pasión y frenesí, jese aroma de sus pechos! *Es el peso profundo y secreto/ de los granos/ en la balanza de mi mano...* Él bebe mucho y ella se angustia, deténgase, clama, baje la cuota, porque si no lo voy a dejar, Y lo malo también es que los dos son demasiado inútiles para resolver cosas prácticas y esa ineptitud los lleva a fuertes discusiones, a las vísperas de la pelea, al fracaso, como aquella noche en la casita de Plaza Egaña. En pleos juegos amorosos y al ritmo de un ligero movimiento de tierra, cayeron ambos estruendosamente al suelo junto con varias tablas de la cama, y ninguno de los dos encontró la manera de solucionar el problema. Se resignaron a dormir acurrucados sobre el piso, pero el amor quedó interrumpido y el sueño no llegó. Por la mañana no se dirigieron la palabra, dos días peleados, sospechando el uno del otro. *Dommage, n'est-ce pas?* Había aprendido francés para leer a Rimbaud, Baudelaire y Verlaine, pero ahora quien le estaba contagiando los términos galos era Norita, en sus cartas. Verlaine y los poetas maldí-

tos, ¿por qué malditos? O más bien ¿por qué le apasionaba el tema, acaso él pertenecía a esa clasificación? ¿Por qué desde hacía meses estudiaba tan frenéticamente las obras de Carlos de Rokha, Omar Cáceres, Teófilo Cid, ese *náufrago de la noche*, para escribir un ensayo que ya estaba pareciendo el cuento de nunca acabar.

La ex nínfula Nora, ya una mujer, le estaba escribiendo todas las semanas. Si no había mucho que estudiar, las misivas eran largas, complejas, atmosféricas. Pero si tenía pruebas por delante, casi telegráficas. Eso sí, nunca fallaban. La niña iba generando un sentimiento muy amistoso hacia él, que a ratos hasta parecía ceder a otros motivos. En la primera carta le comentó que a pesar de que en Santiago se vieron poco desde que él dejó la casa, ella se consolaba con la sensación de que él pudiera andar por ahí, de que en cualquier momento se cruzaran en alguna esquina, en los prados de la Facultad, bajo las arboledas de Macul. Sin embargo, ahora que se hallaba lejos tal cosa no era posible y a veces la atacaba entonces cierta carga de tristeza, *mon cher poète*. En otra carta enumeró los poemas que más le gustaban, y preguntó a propósito de nada si conocía el tango “Fuimos”, de Homero Manzi. ¿Por qué sabía que era de Homero Manzi? Algo se traía esta chica. Después aventuró algunas opiniones sobre el boxeo como deporte y quiso saber quién era mejor, el Tani Loaiza o Arturo Godoy. Él le respondió apresurado que el mejor, por supuesto, era Fernandito, aunque el nombre del Tani se grabó en el salón de los recuerdos del Madison Square Garden, en Nueva York, él mismo lo había visto. La nínfula insistía mucho en que lo echaba de menos, y se reprochaba a sí misma (a él también) el no haberse conocido más profundamente. Ahora los separaba la distancia. ¿Estaba bien con Pilar?, un *leit motif* de todas las misivas. *Ça va bien?* Sí, pequeña, *Ça va très bien*. También por ahí ella le dice que extraña su voz, su manera de hablar, ¿podría quizás darse el trabajo de grabar una cassette con sus poemas y mandársela? Que no falte ése del delantal a cuadros. Debido a que en Valdivia no tenían aún domicilio fijo, Jorge y Pilar habían arrendado una casilla postal y la llave la manejaba él, ya que el correo quedaba camino al liceo. Su

musa no habría puesto una cara sonriente en el caso de sorprender este epistolario. *Que esta noche sueñes con los angelitos, y conmigo muy juntitos, querido Angelo*, dice en la última, que recibió esa misma mañana. Por fin un bar, al tiempo que empiezan a caer las primeras gotas de la tarde y si bien Jorge no le teme a la lluvia, le teme a Pilar si es que llega a casa con mucho trago. Eleva la vista al cielo con agradecimiento y se refugia en la cantina.

\*\*\*\*\*

Mon cher Angelo: *encuentro tu última carta un tanto parca. Escribes como si estuvieras escondiéndote, ¿acaso te dio miedo eso de “conmigo muy juntitos”? Es una frase que suele aparecer en los cuentos infantiles, no te asustes.*

*Necesito contarte que cuando vivías en mi casa yo llevaba un Diario de vida. Miento, eran dos Diarios, uno que decía la verdad, toda la verdad, nada más que la verdad, y otro en el que mi imaginación se ensañaba con la realidad y la violaba descaradamente. Contaba por ejemplo la aventura de colegiala que tuve con un profesor del liceo que parecía hacer sus clases solo para mí, y yo asumía el papel de una chica que en verdad nunca fui, una desafortunada sin pudores que se las daba de Mesalina. Hablaba también de una película en la que una adolescente como yo, “La ninfa constante” —eso soy— se enamora de su tío, un pianista maduro y me solazaba refiriendo ciertos toqueteos eróticos que se producían con algún muchacho durante las funciones populares del Rialto o el Italia. Y en fin, dejaba que la imaginación se desbordara por zonas muy lejanas de lo que era mi vida, pero muy cercanas de lo que era mi cuerpo. ¿Por qué todo esto? Te lo voy a confesar antes de comunicarte una propuesta que tengo para ti: el primer Diario yo lo escondía bajo siete llaves, mi verdadera intimidad, el segundo lo dejaba siempre donde tú, Angelo, pudieras tenerlo al alcance de la mano, sobre mi velador, a los pies de mi cama, ¿tu compris? Era para ti ese segundo Diario, mon cher, y yo me hacía la ilusión de que en algún momento lo encontraras, lo abrieras lleno de curiosidad, leyeras mis travesuras y pensaras ansioso que la Norita no era una chiquilla fome a la que nunca le pasaba nada en su vida*

*plana y rutinaria. Pero tengo la sospecha de que nunca tomaste ese cuaderno en cuya tapa la palabra "Diario" estaba escrita en letras bastante grandes como para que nadie las pasara por alto, c'est vrai? ¿Lo tuviste en tus manos? Raro, ¿verdad? En el ramo de "Psicología del adolescente" se me aclaran bastantes cosas de mi propia vida. Bueno, cher poet, ya no escribo Diarios —los cerré, incluso el primero—, pero he empezado a escribir algunas historias que podrían clasificarse, creo, como "cuentos", según he logrado entender en las clases de Literatura General, donde el profesor Bunster nos está enseñando a Poe, su teoría del efecto único. Escribí un relato sobre James Dean, especie de fantasía entre su papel en Rebelde sin causa y su muerte real en un accidente de auto. Otro sobre una muchacha que se da cuenta de que es lesbiana. Y ahora, adivina, adivina, buen adivinador, ahora estoy fundiendo las invenciones de mi "Diario mentiroso" en un cuento más complejo que muestra a una colegiala romántica y un poco estúpida que se enamora de su tío alcohólico, asilado en su casa, y que por las noches canta tangos. Cuando empecé a escribirlo me hallaba agripada en cama y era justo el aniversario de Gardel —su muerte, quiero decir—, de manera que en la radio no se oía más que tangos, uno tras otro, y entonces el cuento me está saliendo bastante "tanguero", por decirlo de alguna forma. También en mi personaje hay un poco del patetismo que percibí en Ruperto Salcedo, un poeta que me presentó Chicolito hace tiempo, una noche que fuimos al Bosco. Era mayor que tú y tomaba trago fuerte como malo de la cabeza, pero me pareció fino al hablar, delicado de maneras, elegante, no perdió en ningún momento la compostura, y además no tenía olor a vino. Tú lo conoces, él mismo me dijo que eran amigos y que te admira mucho. Me hizo evocar una imagen tuya que se me grabó con fuerza durante la paella valenciana: estabas despaturrado y descamisado sobre un sofá durmiendo con la boca abierta, mientras tu Pilar bailaba con un tipo. El hecho es que me impresionó mucho cuando leí la noticia de que a este poeta Salcedo lo habían encontrado muerto en la calle, en la ribera del Mapocho, andrajoso, junto a una bolsa de basura. Cuando termine esta historia, si es que llego a terminarla, te la mandaré.*

Pasando a otro tema: gracias por la cassette, la escucho casi todas las noches y es como si estuvieras ahí, como si fuera a dormirme "contigo al ladito". Yo también grabaré una cassette para mandarte, ¿quieres que te cante Vereda Tropical?

Ya oscureció, qué temprano se hizo tarde, están cortos los días. Finalmente, quiero decirte algo. En dos semanas más voy a viajar a Puerto Montt, donde me quedaré tres o cuatro días para cumplir con un encargo burocrático de mi madre, ¿crees que podríamos juntarnos? Me encantaría verte, comer contigo buenos mariscos, pasear por la orilla del mar. Contéstame que sí, querido Angelo. Y pronto.

## TRES

-*Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar, que es el morir, ¿me comprende?* –dice el Cara de Hombre vomitando el humo de un habano que nubla el espacio y hace toser a Lucho.

-*A tale told by an idiot* –responde Manuel.

Rubén lo mira con curiosidad.

-*Mi vida toda fue un engaño...* La vida es una barca, como dijo Calderón de la mierda –canta Lucho, aún jadeante por el humo tragado- *Fumar es un placer genial, sensual*. El cara de Hombre le da una mirada de ceño fruncido-. Perdón –agrega Lucho, enrojeciendo.

-¿Han sabido algo de Jorge?

-Aburrido con su trabajo –comenta Chocolito-. No le gusta dar clases.

-¡Qué tonto! Ser profesor es el más noble de los oficios, formar personas, moldear con arte a una generación para que no tenga que maldecirnos por haberlos traído al mundo.

-Es que Jorge no puede ser más que poeta, coño –dice Chocolito-. Cualquiera otra cosa acabará por mandarlo al carajo. En una carta reciente despótica contra los estudiantes, verdaderas mulas, dice, necios, inmovibles y duros de cabeza-. Y comenta que las relaciones entre él y Pilar han tenido algunas caídas, sobre todo porque ella se pone coqueta cuando aparecen hombres en el ambiente, y eso a él lo mata, lo revienta, le da muy duro, chico, lo pone tan fuera de sí, que no puede contenerse, le vienen verdaderos ataques, yo lo he visto, figúrense que al pendejo ese, el pedantón de la Católica que le hizo algunos cortes a Pilar, una tarde lo anduvo persiguiendo por las calles con un matagatos y hasta disparó un par de tiros, o se le escaparon, no sé. El pobre tipo corría despavorido por Macul gritando “¡Jorge, Jorge, te juro que soy gay! Y es verdad, es maricón a la vela. Pero Jorge es incapaz de contenerse, al lado suyo Oteló es una alpargata.

Rubén rió, atorándose al soplar otra humareda, y luego se fue la risa y se le frunció el ceño cuando desde el pasado lo acosaron las imágenes de los últimos tiempos tormentosos con Lala, cuando las tertulias vespertinas estallaban en calle Las Viñas y habían nacido dos de los cuatro hijos que tuvieron. El se había deslumbrado con ella desde la mañana en que hizo su primera clase en el Liceo de Ancud. Quedó bobo, no lograba apartar la vista de esos ojos transparentes, sus labios carnosos, el cuello alargado, la sonrisa entre diabólica y angelical, y a los pocos días empezó a asediarse con pequeños regalos, cien gramos de caramelos, una barra de chocolate, pastillas “pololeo”, un libro de poemas. Y un viernes, después de la última clase, la acompañó caminando hasta la parada del autobús con destino a Chonchi, donde estaba el hogar de la pequeña, y ahí, sin haberlo planeado, en vez de dejarla partir sola, subió con ella, hicieron el viaje juntos y llegó muy orondo y formal a su casa para decirle a los padres que estaba enamorado de Lala, que sus intenciones eran serias, y sin saber cómo, de pronto esa misma noche la estaba pidiendo en matrimonio. La ninfa tenía trece años y él se acercaba a la treintena, a pesar de lo cual en pocas semanas la petición fue favorablemente acogida. Se casaron en Chonchi. Pero unos años más adelante, viviendo en Santiago con dos hijas y dos hijos, cuando ella no cumplía aún los treinta, mientras que él iba enfilando derecho a los cincuenta, el matrimonio empezó a tener problemas. Lala era hermosa, delicada, atraía con sus cantos y su guitarra, y él no toleraba que los escritores jóvenes que llegaban a su casa la colmaran de requiebros, le llevaran obsequios, bailaran con ella. Se enredaron los celos, vinieron las peleas, se enseñoreó el desamor...

Juani depositó sobre la mesa una bandejita de arrollado y otra de charqui y con risueño desplante metió baza:

-Parece que los hombres fueran más celosos que las mujeres –dijo con voz cantarina.

Manuel la miró sorprendido, en qué mujer se había convertido la niña de la casa. De celos se hablaba. ¿Por qué no seré celoso? se pre-



gunta. No había sentido celos cuando uno de los bailarines le tomaba los pechos a Sonia en las funciones de *Carmina Burana*, ni cuando después de todos los vaivenes de la relación, la “voluptuosidad” -ése era el personaje que ella representaba en la obra-, le marcó preferencia al futuro dentista en la vida real y dejó en plena intemperie al modesto estudiante del Pedagógico. Ni tampoco los sintió cuando la Vero empezó a pololear con el Negro, negándose con la dureza de una roca a volver con él, que rogaba y rogaba como pordiosero. Cuando niño -recuerda- se enamoró de la Rubi en el colegio, pero a ella le gustaba el Urzúa, que era más alto, tenía el pelo crespo y durante los recreos se desamarraba vilmente los zapatos para pedirle a ella que se los atara, lo que la pequeña coqueta ejecutaba con una sonrisa cinematográfica, y entonces sí que al niño Manuel lo acometieron los celos y tuvo esa negra sensación de derrota en el corazón, aunque su pesar no duró demasiado, ya que cuando la Rubi perdió dos dientes delanteros, dejó de gustarle y, además, después de eso, el maricón del Urzúa no volvió a desatarse los zapatos. La sonrisa ya no era cinematográfica. Sin embargo, ahora que ha leído *Otelo* comprende mejor el fenómeno, qué bárbaro, un sentimiento destructor y poderoso como una marejada, capaz de llevar a la locura, al suicidio, al crimen. Piensa en el cuento que está escribiendo sobre el tema: Gastón, militar retirado, cela a Juliana, su esposa, una enana pizpireta de metro y medio que pestañea mucho. El tipo bebe en exceso, tiene la voz aguardentosa y le hace a la chicoca unas escenas de padre y señor mío en las que truenan los alaridos, vuelan objetos, se oyen golpes que terminan por concentrar la atención de toda la cuadra. Los vecinos alegan, llaman a Carabineros, apedrean sus ventanas. Celos. Juanita le devolvió a Manuel un pestaño.

-Bueno, jóvenes, yo los cité hoy porque quiero comunicarles que en la SECH se va a formar la comisión de cultura, y necesito que ustedes me echen una mano, ¿me comprende? La va a presidir Rolando, que no pudo venir ahora. Esta comisión tendrá, entre otras tareas, la de editar una revista mensual que recoja poemas y cuentos inéditos de autores tanto consagrados como novatos -Juvencio y

Jorge, por ejemplo; Pancho y Manuel- y que tenga una buena sección de crítica. Estamos consiguiendo los dineros y la gestión va bien. Pero todo esto es secundario. Lo principal es que acompañemos estas delicias con un poco de pipeño, Juanita preciosa... ’

-Al tiro, papá...

Al calor del vino surgen como siempre los temas repetidos de las tertulias: la política, el tango, los amores, la creación. Al Cara de Hombre le gustaron los cuentos de Manuel, sobre todo el monólogo del peluquero y ese otro tan absurdo de dos locos que discuten sobre el lenguaje y la guerra en el manicomio, ¿conocen a Ionesco, chicos? Son cuentos tersos los de Manuel, dice, y vitales, dice, pero a la novela de Rolando le reprocha cierto exceso de adjetivación, aunque sin duda es frondosamente imaginativa, ¿me comprende? Y él mismo se lamenta de lo poco y nada que avanza en su novela *Un hombre encuentra su destino*, que comenzó a escribir veinte años antes. Quiere integrar -dice- algunas de las peripecias que vivió durante la navegación a México. Un joven profesor -muchacho apenas- invitado al país de la revolución por el ministro Vasconcelos para organizar las bibliotecas populares. Integrar, por ejemplo, los amargos padecimientos provocados por la disentería que lo atacó cuando el barco apenas salía de Coquimbo, y la experiencia más bien dulce con los amorosos cuidados que le prodigó en esa ocasión una dama algo mayor, y que se prolongaron más allá de sus fiebres. La generosidad desplegada por esa mujer madura desde cuyos ojos manaba cierta inconfundible tristeza, le permitió además comprarse algo de ropa cuando le robaron su maleta durante la escala en El Callao, mientras ella y él paseaban como novios en luna de miel por calles y plazas de Lima. Y los trayectos en tren por extensos territorios mexicanos desde el puerto de Manzanillo hasta Colima y Guadalajara. Y también la historia del asesinato que cometió.

-¿Qué usted mató a un tipo? No me diga que fue por celos.

-*Las pruebas de la infamia las traigo en la maleta: las trenzas de mi china y el corazón de él* -canta Lucho.

Los celos, los celos, piensa Manuel.

Y también el Cara de Hombre quiere incluir en su novela algunas anécdotas vividas durante su estancia en México, como cuando lo contrataron de toni en un circo de la capital y terminaron por despedirlo debido a que nunca logró que el público riera.

-Miento –se interrumpe-. Yo salía rengueando, apoyado en un bastón que tenía la cabeza de un águila en la cache, y decía mis chirigotas, que a nadie alegraban. Pero en la última función, salí del área olvidando mi bastón, de modo que al minuto, cuando anunciaban el siguiente número, tuve que volver y entré gritando “¿Dónde está mi pájaro, dónde está mi pájaro?”, buscándolo por todo el aro. Fue la única vez que el público rió y recibí aplausos. Pero ya me habían echado-. Y contempló con nostalgia por última vez el número más romántico de la función, cuando un “Arlequín” bordeaba la circunferencia sacando de una bolsa de lana moneditas de diversos tamaños y con estudiada secuencia las iba tirando al suelo con cierto impulso y se escuchaba entonces -cada monedita una nota- la melodía del vals “Sobre las olas” y esa pobreza, toda la ingenuidad del mundo metida en cada moneda, no era más que pura poesía. Y no quiso quedarse a ver el número de los tres perritos que entran parados en dos patas y se desplazan saludando como si en las plantas les quemaran brasas ardientes, ardientes como él por la piel y el corazón de una Minervita joven que se le ha introducido en la sangre, la eterna figura grotesca de un viejo con una joven capaz de volverlo a la vida. En fin, Calvero.

Y quiere incorporar también en su novela el episodio de ese concurso de imitadores de Chaplin que convocó una empresa de espectáculos en La Habana, durante otro de sus viajes. Como era de estatura baja y en ese tiempo de cuerpo menudo y, además, había visto todas las películas del bufo, decidió presentarse, el premio era bueno.

-Hice varias piruetas, pasos de baile y hasta me atreví con la danza de los panes y... Gané el primer premio, modestamente. Lo que

nadie sabía es que en esos días Chaplin pasaba unos días en La Habana y, como una de sus excéntricas humoradas, también se presentó al concurso. Le adjudicaron el segundo premio.

No avanzaba su novela, dijo con cierta amargura. Las clases y la actividad gremial le consumían todo el tiempo.

Y la bohemia, pensó Manuel.

-¿Verdad que cometió un asesinato, Rubén?

-Por supuesto. Pero eso es harina de otro costal.

A la tertulia fueron llegando los amigos de la liga mayor: Coloane, Ernesto Eslava, Rocco del Campo, y el pipeño se prolongó en la noche.

Durante algún brindis el Cara de Hombre, alzando la copa, hizo el gran anuncio de la jornada.

-Queridos amigos, ustedes saben que no soy persona que pueda desempeñarse con fluidez en la soledad. Desde que se me fue la Leona, todo me sale mal, o a medias. Quiero comunicarles esta noche memorable, esta noche luminosa, esta noche mágica, esta noche retórica, recontra tórica, que estoy pololeando, o de novio si prefieren. La joven se llama Minerva y estudia Leyes. Nos casaremos pronto, salud.

-Somos una generación de lachos –brama Coloane-. Un temblorcito de calibre menor hace oscilar la lámpara y tintinean las copas del aparador.-País de mierda! –vuelve a bramar Coloane-. La tierra siempre se está moviendo. ¡Salud, Rubén! Por Minerva.

## CUATRO

*Mon cher poète: quitándole horas a mis compromisos académicos, logré terminar el cuento que te comenté en una de mis cartas. Ojalá te guste. Quizás tú me puedas sugerir un título, o varios, para elegir. Te advierto que cualquier semejanza con personajes reales es mera coincidencia.*

### CUENTO SIN TITULO

Era tan mentirosa, que hasta a mi Diario de vida le mentía, pensando que alguna vez usted pudiera encontrarlo, tío Angelo, y se enterara de que a esta palomita nunca le ocurría nada que valiera la pena contarse, una niña fome y sin historia; por eso escribí cada idea que se me vino a la cabeza con la mayor soltura, como una zafada sin vuelta. Algunas cosas eran ciertas. Sin embargo esa historia con el profesor de castellano fue una mentira de tomo y lomo: él nunca me hizo ninguna insinuación, tío Angelo, fue siempre intachable, serio, espléndido. Si me hubiera muerto en ese tiempo, lo que tú y los demás habrían leído no pasaba de ser una serie de exabruptos de mi imaginación, porque el profesor jefe del curso solo me llamó durante un recreo para decirme algo que al comienzo no supe bien adónde se encaminaba *la falda corta le queda muy bien, Nenita*, hasta ahí sus palabras sonaban a declaración, por lo cual yo le respondí con una sonrisa súper siguiendo el juego, dándole a entender que *sí pero dígame, qué tipo de calzones usa usted*—siguió él. Tuve ganas de decirle que si deseaba verlos, se los podía mostrar, pero las ganas se quedaron atajadas ahí, me corté, toda nerviosa —roja o verde debo de haberme puesto— y sin atreverme a embestir le contesté con ridículos tropiezos de lengua que los usaba de nailon y entonces él comenzó su sermoneo y repitió casi textuales las ideas que el curso le había escuchado a la directora sobre eso de que las salas de clase

eran muy heladas y como el Ministerio aún no proporcionaba estufas, resultaba indispensable y obligatorio usar calzones de lana, ya que los enfriamientos continuos dejaban pésimos saldos para el futuro, enfermedades de los riñones, de los conductos urinarios y mientras decía esas cosas me atreví a mirarle los ojos tan transparentes que tenía y se me ocurrió que quizás estuviera enamorado de mí y le miré también las sienes encaneciendo, preguntándome por qué en vez de asumir esa actitud protectora no agarraba el toro por los cuernos y de un zuácate me proponía que nos encontráramos fuera del colegio, porque sus ojos otra vez —igual que durante esas clases que parecía estar dictando para mí sola— me partieron el cuero, me cosquillaron el espinazo y a qué tanta faramalla, me dije, cuando ahora los asuntos entre uno y una se estilaban más simples que eso, sin tantos subterfugios, aunque para qué negar que él pertenecía a una época que quizás ya nunca lograra entendernos, tío Angelo, y entonces por primera vez, sosteniéndole firme el disparo de los ojos, supe que entre él y yo jamás podría haber nada, que de veras lo que le interesaba era que yo usara calzones de lana y hasta creo que si yo lo hubiese invitado coquetamente a verlos, mirándome quizás con tristeza y asombro, me habría hablado de la vida y entre muchas linduras (lo digo sin sarcasmo) habría rechazado mi invitación. De manera que si hubieras leído que una tarde él y yo nos juntamos y caminando por el parque le paré esa primera vez todos sus lances, pero que a la segunda salida fui cediendo, *querido diario, y cuando me preguntó si alguna vez lo había hecho, le dije que sí, solo una, con el primo Roberto, las últimas vacaciones*, habrías pensado que yo era una zafada total, porque tú también estabas en esa etapa en que los años comienzan a dar duro y entonces la imagen que de mí hubiera persistido en grabársete podría haber resultado más falsa que una moneda de plomo, pues la verdad, no me acosté con el “soñado” profesor, tío, ni con el pánfilo primo Roberto, ni tampoco, y esto usted lo sabe mejor que yo, tampoco me acosté con usted, aunque cómo me temblaba la piel, ardía mi sangre y dentro de mí danzaban las hadas cuando usted venía a casa y me premiaba con algún cariño,

me besaba la frente sin pasión, o me decía –nada más que eso- que me estaba poniendo linda, y yo corría al baño a preguntarle al espejo si de veras me estaba poniendo linda.

Por eso cuando te viniste aquella vez, cuando llegaste a casa en la noche con una maleta, los ojos rojos y la tristeza habitando en cada parte de ti, me sentí feliz a pesar de todo, te iba a tener, iba a poder mirarte cada mañana, recibiría cada noche un beso, pensando que al ser mi amor tan inmenso, no tendrías más remedio que volcar el tuyo en mí. Empezó algo así como una nueva etapa de mi vida y justo la segunda noche tuya, la noche de la mañana en que pasé frente a tu pieza y te sorprendí llorando, leí lo que llevaba escrito en mi Diario durante el año y me sentí tan poquita cosa que decidí entonces inventar historias, fabricar “hechos” que jamás ocurrieron, para que si alguna vez caía en tus manos, no fueses a pensar que tu sobrina era una niña estúpida, y también por eso me preocupé de que no se fuera a reflejar ni la más mínima noción de lo que tú venías siendo para mí desde aquella tarde en que tu voz por primera vez hirió mis sentidos con su dulzura, te acuerdas, cuando llegabas de Europa, casado con la tía Tania, rosada y gruesa, y el gordito chico en los brazos; de lo tanto que llenabas todas mis horas, todas las medidas de mi fantasía; me cuidé hasta de nombrarte un poco más de la cuenta, porque al principio me habría muerto de vergüenza si de pronto hubiera observado en tu mirada una brizna de sospecha. Así es como fui tejiendo una fantástica aventura con mi profesor, capaz por si sola de erizarle los pelos a cualquiera, y creo que asumiendo el papel de esas ficciones hasta llegué en una de éstas a provocarlo. Pero no todo era mentira: lo de los orgasmos era cierto...

Porque mentí también en el Diario al no contar –cuando avanzaba septiembre hacia la primavera madura de los almendros- que viví de veras una historia, mentí diciendo que con Milo las cosas solo fueron superficiales desde la tarde en que me había sentado en la última fila del Rialto durante una “popular” de tres películas. Estaba con la Chofi y su pololo y me sentía pésimo violineando de

lo lindo mientras ellos se daban besos y se acariciaban por debajo de los suéteres, y estábamos más o menos por la mitad de *La ninfa constante* cuando sentí dos manos abiertas posarse suaves y seguras sobre mis hombros y la impresión fue grande, como que no me atreví a mirar atrás para ver quién era el hombre que me había elegido. Digo “elegido” porque se supone que si una niña se sienta sola en la fila de atrás es porque debe andar a la caza de besos, atraques, un poco de ternura quizás y, más que nada, de una puerta abriéndose para dar paso libre al torrente de inquietud, y entrada a los llamados frutos del amor, si pensamos, bueno, por eso dije “elegido”, que a mi derecha había tres o cuatro chiquillas tan solas como lo estaba yo, esperando la ocasión para darle calabazas a la película. Sin embargo, a pesar de las manos en mis hombros, esa película la vi enterita, no pude quitarle los ojos ni darme vuelta para descubrir quién era mi príncipe azul, que ya me acariciaba el cuello bajo la melena con todos sus dedos. Yo sabía que pronto los haría descender, que de a poco irían reptando por la lana voluptuosa de mi chaleca hasta alcanzar las orillas de mis pechos; y sabía también que yo no pondría obstáculos, para que pronto –mientras en la película el tío Boyer seducía a la sobrina Fontaine- se sintieran allí libres, deleitándose y deleitándose, y hasta sabía que entonces yo misma –mis propias manos- las tomaría para fijarlas, para palpar también los dedos como una ciega imaginando por ellos, por su forma, su largo, su grosor, cómo sería ese galán al que todavía no osaba mirar. Entonces parece raro que al profesor de castellano mi pluma lo llevara a sórdidos hoteles parejeros que de seguro él ni siquiera conocía, y lo convirtiera en fogoso amante, diestro y algo depravado, hasta un poco cruel, que mi pulso vacilante lo hiciera sostener conmigo atrevidos diálogos, mientras que ahora, en los últimos días de septiembre, mi mano se asustaba sobre las hojas del cuaderno, y de una historia que habría hecho innecesarias mis invenciones, solo se atrevía a recorrer los bordes de lo más trivial, a decir que a Milo lo había conocido en el cine, que era simpático, aunque feo, que su pie izquierdo rengueaba, que me invitó una tarde a tomar té a su casa y que después se me había de-

clarado, pero que yo no estaba segura de si sí o si no, ocultando toda la verdad de nuestra relación, menos lo de los orgasmos. Porque eso sí que era cierto, tío, ya no lo sabrás, oh, venenosa muerte, eso sí que te lo ofrendo como un puro homenaje de amor –cuánto hubiera querido tener unos dos o tres años más, cuánto hubiera querido que por tus ojos se asomara un poco el diablo, y que aquella noche que entré en tu pieza porque la luz seguía encendida, la desesperación no hubiera estado agarrotándote las manos, los ojos enrojecidos, tu cabellera gris salpicando mechuras para todos lados y la botella de pisco vacía sobre el velador.

De modo que cuando casi al final de la película la butaca junto a la mía se desocupó, mi príncipe vino a sentarse y pude ver su rostro sin ángel y le ofrecí mis labios solo porque la película había terminado y, sin intermedio, se reflejaba ya sobre la pantalla el título de otra que no vi, no vimos, porque me estaba convirtiendo en protagonista de los hechos, asediada por una alegre risita interna cosquilleante que me venía de solo pensar, tío Angelo, que ahora sí que podría contarle verdades a mi Diario, comunicarle también algunas cosas nuevas, como que el Concierto número dos de Rachmaninof me entusiasmaba tanto, que estaba descubriendo el mundo y el gusto por la vida solo porque tú existías, y eso era irreversible, podías irte a vivir para siempre a Londres, anclarte en las orillas del Tánger, convertirte en navegante solitario, perderte en los verdes imperios del Amazonas, emprender la búsqueda de los continentes perdidos, trepar el Jolmo Lungma, cualquier cosa, pero siempre ERAS, habías nacido, pisabas el planeta con dos pies, porque yo te había conocido y ya nunca podrías desaparecer, nunca, ni siquiera, ni tampoco, ni menos, cuando empezaste a bajar las escaleras a toda marcha directo hacia el sótano, ni cuando llegabas borracho por las noches y yo te oía dar tumbos entre los muros del pasillo no atreviéndome al principio a verte, a que me vieras viéndote así, cuando a mí ya se me habían quedado atrás las bicicletas y las idas a la plaza y, más adelante, haciéndome mujer, sacando fuerzas de no sé dónde para ayudarte, para impedir que los papás se despertaran y pudieran tener acceso a

la condición que empezaba a entristecer definitivamente tu persona; ni siquiera cuando después de aquella tristísima conversación en la mesa una noche, mientras tú andabas en lo tuyo deambulando por los bares, el papá dictaminó que el santo varón iba a tener que irse de la casa, que tu conducta no se podía tolerar más, que éramos, en fin, una familia respetable; ni siquiera después de las veces que te ayudé a meterte dentro de la cama, con las tripas recogidoseme; nunca, nunca, ni siquiera después de todo eso.

Así que le ofrecí al príncipe azul los labios y antes de que terminara la película partimos caminando bajo las arboledas majestuosas de Pedro de Valdivia y mientras él buscaba delicadamente las pequeñas trampas, los subterfugios para lograr sus inconfesados propósitos, yo ya estaba totalmente decidida a seguirlo adonde me quisiera llevar y todo nada más porque *La ninfa constante* se me había dejado caer como una lluvia fuerte y una luz encendida me golpeó de pronto cantándome a las claras y con el tono en alto que estaba estúpidamente condenada a no tenerte nunca, y ese atardecer que fue la primera vez, no importó. Lloré, más por ti que por nada, y entre la gran confusión –el cojo fue tierno–, no supe llegar. Pero no importó. Fueron las segundas, las terceras, las otras veces cuando me di cuenta en definitiva de que si no eras tú, jamás se abriría esa puerta, que nunca sería capaz con otro hombre de caminar por las nubes, flotar rumbo al cielo, ¿comprendes? ¿Comprendes entonces que lo de los orgasmos era cierto?

Y ni siquiera cuando ya dabas tumbo y el corazón parecías estrujártelo todas las noches con aguardiente y durante el día andabas como sonámbulo, el rostro congestionado, la lengua lenta y entorpecida, los reflejos débiles y un par de cuevas moradas debajo de los ojos, y hasta tonto de palabras, ni siquiera, porque solo pretendí que mi corazón se mantuviese firme, que las fibras no fallasen cuando me gritaras bestialidades, tener la capacidad maravillosa de seguir amándote, de que no se me dejara caer como invitada de piedra la desilusión, porque la noche en que al llegar y querer yo ayudarte a subir las escaleras me lanzaste el bofetón –cuando ya el papá te ha-

bía dado el ultimátum y tenías que irte, que buscar, ¡que irte!, aunque no supieras adónde-, la sufrí, la lloré de punta a cabo hasta que cantaron los gallos, tanto por la cachetada *caminito amigo* como por las eléctricas palabras *clavel del aire* que descargaste cuando resignada te ayudé de todas maneras a meterte en la cama, oh dulce inválido, tierno inútil, amoroso paria de la vida que no volverás a oírme, cuando era mío el placer de tocarte, de servirte, cuando habría sido tu eterna y total esclava si solo me hubieses derramado un poco, un poquito de amor *mi noche triste* o si me lo hubieras pedido con un gancho de meñique, en vez de contarme cómo ella ya no te amaba y a ti te costaba vivir, y describirme, entre incomprensibles llantos y eructos violentos con mucha acidez de cebolla, vino, cecinas fuertes, aquella horrible escena en que tuvo agallas para meterte la bala sin prejuicios (*dime que sí y la noche pampera abrirá, y los rayos de luna pondrán luz de amor en tus ojos*, eran los tangos de los hermosos domingos cuando después del almuerzo largo pedías la guitarra), en que las garras de la fiera perforaron tu alma para siempre, entiendes: ni siquiera con nada, porque bueno, “te tenía debajo de la piel, te tenía muy dentro del corazón”, tío, te tengo, porque tampoco cuando supe que desde el sótano habías cavado una cueva y estabas llegando a esos fondos más bajos, a los recovecos ocultos de la oscuridad y que ya nunca podrías salir, porque habías dado los primeros pasos de ese camino irreversible (*sin palabras esta música va a herirte*, aquella vez se cumplían otros tantos años de la muerte de Gardel, el Morocho del Abasto, como le decías, y que te sacaste los zapatos y la garganta homenajeándolo con la gracia que premiaba todos tus actos), ese camino solo de ida, de bajada, como las espigas que se van metiendo lengua adentro, paladar adentro sin echar nunca pie atrás; ni siquiera cuando un jueves a las dos de la tarde entré con la avalancha a la sala común de El Salvador después de la noche que empeñaste la chaqueta en un bar y te dormiste luego sobre un escaño del Forestal y te pilló la helada y fue una suerte que te hubieran llevado al hospital en vez de a la morgue, y sentada a los pies de tu cama, rodeada de otros enfermos desconocidos, con un dolor que me perforaba

hasta los huesos, te miré la barba crecida, los ojos oscurecidos y la piel amarillenta, y recordé aquel día en que bajaste del avión con tu mujer y yo era una mocosa, y la noche que llegaste a la casa con tu maleta y tu tristeza auestas, y la tarde de aquel domingo gardeliano, y a través de mi misma vi los cambios en ti y entonces (¿por qué me mirabas casi como pidiéndome que me fuera?) no pude decirte que tenía algo de dinero y que estaba consiguiendo más para que te trasladaran al pensionado y poder visitarte a diario y así contarte cosas y pedirte que me recitaras algunos de tus hermosos poemas —*lloró la milonga su antigua pasión*—, contarte, por ejemplo, que ahora estaba pololeando, que la cosa iba en serio y callar lo que a mi Diario le decía: que no funcionaban los orgasmos, la puerta no se abría, debías mejorarte, rehacer tu vida, romper tajante con ese pasado tenebroso y maldito, desterrar de tu sangre a esa mujer que nunca logró conocer sino lo más externo de tu piel, que no pudo ver hacia el fondo de tus ojos, tío Angelo, y que se empecinó hasta lo último en peñarte como un fantasma —*pero no hay nadie y ella no viene*— y ni siquiera tampoco cuando en la familia ya se había perdido tu rastro y una mañana, bajando en micro por la Costanera, te divisé al otro lado del río y entonces, como si me estuviera muriendo le grité al chofer que parara y corrí, corrí loca hasta el puente desde el que te encontraría de frente. Solo ya a media cuadra de distancia advertí que cuando te agachabas era para escarbar en los basureros de los edificios de Santa María. Dejabas un saco en el suelo y te entregabas sin mucha pasión a la búsqueda y yo ya estaba a tu lado casi y no sé de dónde me vino el coraje para detenerme y enfrenar tu mirada, pero gracias al Señor, tío Angelo, gracias al cielo y a todas las estrellas, que tuve fuerzas para hacerlo porque fue la última vez que nos vimos. Me miraste como extrañado, desde lejos, hasta que la memoria de seguro hizo fraguarse las imágenes y entonces sonreíste y tus ojos se iluminaron de una rara iridiscencia, tío, porque quizás también me amabas, quizás sin saberlo me habías amado siempre, y desde esos rancios andrajos lanzaron ángeles tus ojos y muy en silencio comenzaste a llorar, y me alargaste tus manos y no nos dijimos nada, pero

en tu sonrisa se vislumbraba la dicha de los iluminados, y después de un rato —no pude hablar, no cuajaron las palabras, no funcionó la voz— me soltaron tus manos y seguiste tu camino en silencio, con el saco al hombro, Mapocho arriba, hacia donde ya no volveríamos a encontrarnos. Y ni siquiera tampoco cuando tuve que ir a la morgue para identificar tus restos, porque estabas tan entero, tan digno, jovial en ese nuevo estado, tío Angelo, no había dolor en tu rostro, ¿por qué no había dolor? ¿Cómo habías descubierto esa paz? Oh, Dios santo, ni siquiera entonces, en ese momento de mi condena de la certidumbre de una infelicidad que me haría para siempre suya.

Hoy es también 24 de junio y se rememora la muerte de Carlitos. He pasado la tarde escuchándolo de programa en programa y escribiéndote esta carta un poco llena también de tango, dolorosa, amarga, la primera que escribo para decirte una vez más —nunca leíste mi Diario— que aún ahora, con un marido bueno y dos cachorros, esa puerta no se abre, es igual que con el cojo, surges siempre tú, tus imágenes me tupen la mente y te veo a ti, te siento a ti, pero cuando ya parece que se fuera a abrir, que se estuviera abriendo, entre risas, entre mariposas, viene el portazo en las narices y el nudo en la garganta y luego, muy sobre todo, la ira de saber que ya nunca se abrirá la puerta, y que el único que tuvo alguna vez la llave fuiste tú.

\*\*\*\*\*

¿Cómo era posible que esta mocosa, que ya no era ninguna mocosa sino al parecer toda una mujercita, hubiera escrito ese cuento lleno de sorpresas? El cuento funcionaba, tenía pathos, mostraba bien los sentimientos de los personajes y dejaba un saborcillo amargo. Pero sorprendía también por otras razones. Pidió una jarra de tinto y un sándwich de queso mantecoso con ají. Ocupaba una mesa en el bar que había descubierto poco antes, frente al río, y empezó a hojear una vez más el texto enviado por Norita.

Lo sorprendió que hubiera retratado tan bien a Ruperto, que conociera con tanta precisión los detalles de su patético fin. Acaso lo haya conocido más allá de la vez que se lo presentaron en El Bosco, según decía en su última carta. Si no había estado con él en otras ocasiones, ¿cómo podía saber que su aliento no era vinoso, cómo habría logrado captar esa cualidad principesca que tenía el poeta de ser y parecer un caballero aunque se estuviera cayendo de borracho? Una noche él lo había encontrado en el Saint Leger con la ropa muy arrugada, el cuello de la camisa seboso, una barba de varios días, leyéndole sus poemas a uno de los garzones, que de pie junto a la mesa, con su bandeja en la mano, escuchaba paciente. Se sentó con él. Su mujer lo había dejado, le contó luego, se había llevado todo, hasta el perro. “Pero me queda mi poesía”, dijo cuando se despidieron. Varias semanas antes se habían encontrado en Irrarázaval y su aspecto era muy diferente. Traje impecable, camisa y corbata, zapatos como espejos, bien rasurado y el rostro emanando un perfume fino. Ahora, tras la ruptura con Lidia, que no pensaba echar pie atrás, se había ido cuesta abajo como un bólido, y la razón de la ruptura era el alcohol, confesó.

También sorprende que al personaje de su cuento Norita le haya atribuido la historia real del poeta Alberto Rojas Giménez, que una noche de lluvia empañó su chaqueta en un bar para seguir bebiendo, a raíz de lo cual contrajo la pulmonía que lo llevó a la tumba. Recuerda haber leído que cuando Neruda recibió la noticia en Barcelona, se encerró en la Basílica de Santa María del Mar mientras su tristeza generaba una de las grandes elegías de todos los tiempos, *Vienes volando solo, solitario, / solo entre muertos, para siempre solo...* ¿Pero cómo le llegó la información a Norita? Lo de Ruperto era muy reciente y se entendía mejor, pero Rojas Giménez murió en 1935. Resolvió el acertijo después de darle varias vueltas. Durante los meses que tomó pensión en casa de Norita, la chiquilla traviesa tiene que haberse metido a intrusear en su escritorio, seguro que revisaba sus cuadernos, leía sus poemas, escuchaba sus discos. Había leído sin dudas sus notas para el ensayo acerca de los poetas malditos que él

empezó a escribir ya entonces, y en el que figuraba, por supuesto, Rojas Giménez. Más claro echarle agua: Norita había utilizado las historias de dos poetas que vivieron en distinta época para crear su personaje.

Y sorprende además que haya tomado la historia de una película para reforzar su propio argumento. El no había visto *La ninfa constante*, pero sí conocía la novela de Margaret Kennedy, así como su continuación en *El tonto de la familia*, dos viejas ediciones tomadas de la estantería que su padre alimentaba constantemente en la casa familiar de Lautaro. La historia entre la adolescente y el músico refuerza el sentimiento que nace y se desarrolla en la protagonista del cuento por su tío Angelo. Se las trae esta chicuela.

Pero la sorpresa mayor vienen a proporcionarla tres hechos: que el personaje se llame Angelo, como ella le puso a él en los primeros días; que cante los mismos tangos que él solía escuchar en su pieza por las noches; y que beba también como un desaforado.

La botella había bajado hasta la mitad, y Jorge sintió cierta excitación, se vio como protagonista dramático primero de un relato, después de una película y finalmente de la imaginación desbordante de una niña que le estaba pidiendo una cita, pasar días juntos en Puerto Montt. Por supuesto le respondería que sí, esa misma noche pensaba mandarle un telegrama, y por la mañana, camino del Liceo, se detendría en la central telefónica para llamarla y dejar bien sellado el compromiso, con fecha, hora y lugar de encuentro.

## CINCO

Desde la cima que empezaban a descender se contempla en toda su amplitud el valle de las lechugas, en el nivel del mar que se extiende muy verduoso al otro lado de los dunales.

-Es una locura –dice Mariela-, aún estamos a tiempo de echar pie atrás.

-Vamos a seguir, mi amor, parece que tuvieras miedo-. A Rolando le ha dado este último tiempo por decirle “mi amor” a Mariela. Detiene la citroneta y tira el freno de mano. Qué maravilla el panorama, será quizás una locura, pero una locura linda, por la que se puede pagar cualquier precio, ¿o no es mejor ser un poco loco en esta vida plana y gris, en un país de gente adocenada y de ideas fijas?-. ¿Ves esas rocas? Ahí tenemos que llegar, según el mapa que nos trazó Ernesto, por esos rumbos está la cabaña.

-¿Has pensado en lo que pasaría si quedamos en pana allá abajo?

Rolando da una mirada circular. No hay pueblo, solo algunas casas aisladas por aquí, por allá. No habrá almacenes, ni talleres mecánicos, ni bombas de bencina, es la intemperie, los dominios de la nada.

-No salimos nunca más –dice-. Habría que contratar un helicóptero. Y tampoco hay línea telefónica.

-Volvamos.

-No mi amor, vamos a seguir-. Quitó el freno y comenzaron a moverse, avanzando despacio cuesta abajo por la serpentina de la intrincada y áspera huella-. Vamos a seguir, *all the way* –repite Rolando con los labios apretados. Le había escuchado ese término a Manuel, y también lo cantaba Sinatra en una de sus canciones, “si alguien te ama, da lo mismo a menos que te ame hasta el fondo”.

-¿Es por lo de Raúl? –pregunta Mariela.

-Eso ya pasó.



-Pero te sigue pensando.

-Me dolió, para qué decir una cosa por otra. No sé si me sigue pensando.

Mariela le posó la mano en la rodilla y suspiró.

*Primero fueron las arañas, piensa Rolando, todo eso de que hipnotizan a la víctima para atraerla hasta la red y comenzar el banquete, y después los alacranes, prestidigitadores de su falso suicidio y verdaderos en la sórdida imagen de que tras la danza nupcial y la cópula, la hembra se devora al macho con ostentosa voluptuosidad. Solo los más aptos suelen salvarse arrancando a tiempo, Míster Darwin. Ojo, maestro Rubén, ojo con esa musa de pocos años, ella tiene un precio, no en oro, pero sí en sufrimiento, "Candilejas", Rubén, Cara de Hombre, el viejo Calvero y la bailarina que sabe que en algún momento aparecerá el príncipe azul a capturarlo de otra manera el corazón.*

Rolando detuvo la citroneta, ahora sobre la arena, frente a la curva suave y sensual de esas dunas que asemejan el nacimiento de un desierto. Esta vez los expedicionarios no miran hacia abajo, sino hacia arriba –al punto de donde vinieron- y el estremecimiento remece igual, escalofriante todo lo que bajaron por esa huella estrecha y culebreante, la misma que iba a tener que subir el pequeño vehículo si le daba el cuero, aunque eso era problema del futuro, ahora estaban sobre el plano, al nivel del mar y se apartarían de la huella para buscar la cabaña por los diversos caminitos, el mapa no parecía trazado por un cartógrafo.

-¿Quieres café? -dijo Mariela sacando el termo de un canasto de mimbre.

-Sí, gracias, échale un poco de pisco.

-¿Tan temprano?

-Me tensó esa bajada, estoy sudando.

-La doctora aconsejó poco alcohol.

-Por eso dije un *poco* de pisco, mi amor. Solo un poco.

-Te gustó, me fijé.

-¿La doctora? Tiene unos ojos sensacionales.

-¿Más que los míos?

-Más intensos. Y más siniestros.

-¿Te gusta!

-No. Me gustas tú. Te quiero. Aunque seas una estúpida.

-¿Otra vez?

-¿Tenía que ser con el idiota del Raúl?

Ella lo mira, lo besa, vuelca la taza de café sobre el pantalón, chucha, está caliente, pero lo sigue besando con un frenesí angustiado, te quiero, te quiero.

-¡Adelante, mierda, que luego se nos viene la noche!

La Citro da un salto y las ruedas disparan arena, qué locura, nunca más saldremos de aquí.

*Sí, sí, lo tenemos todo, no todo-todo, pero casi todo-todo, cuidado entonces con estirar demasiado los brazos y alargar el monólogo, ojo con sentir que cruje la raíz que te mantiene en tierra firme para decir que de lo que pase, la culpa no tiene que ser de este humilde servidor, que la catástrofe quién sabe dónde habrá sido planificada, que si antes fueron los terremotos y los volcanes que obsesionan al "Magnificat" Ceronte, ahora es este valle, la tierra firme, las lechugas y las manos fuertes, qué paisajes, qué horizontes claros que miran y dicen sí, adelante, porque además de tus otros deberes, también tienes el deber de ser feliz...*

-No debí habértelo confesado –dice Mariela.

-Querías vengarte.

-No es eso.

-Te lo saqué con tirabuzón.

-Yo no tenía alternativa. Si te contaba la verdad, no me ibas a creer. Tuve que mentir, *no* mentir, pero morir pollo. Y bueno, qué quieres, sí fui con él...

-Y te gustó...

-Y me gustó... Pero no fui con él por él, fui por ti, que ya habías dejado la grande.

-O sea, para castigarme.

-Más bien para liberarte de un complejo de culpa, ya que entonces quedábamos uno a uno.

Flojean los lobos sobre el peñón tras el cual el sol va buscando el horizonte, a punto de caer tras la línea del rayo verde, aunque para ellos la felicidad ya hizo agua, piensa Rolando, camino sin retorno, ¿hizo agua? No, mejor pensar que es preciso afrontar la realidad y vencer a la mala suerte, demostrarse que lo más difícil de lograr es lo que a la larga más gratifica también, a mano estaban ahora, en empate, olvidar el asunto es la cuestión, hacer como si no hubiera ocurrido aunque sí ocurrió, como si el maldito Raúl simplemente nada, archívese y quémese. La citroneta va buscando el camino de la cabaña que por fin aparece iluminada por los rayos dorados, nada de arañas, ni alacranes, ni lobos marinos, mientras el sol se va escondiendo en el océano y el rayo verde no aparece, aunque de todas formas las cosas se deslizan bien sobre la superficie de la vida, el nervio se anuda bajo cielos tranquilos y en aguas calmas que no admiten la ráfaga de viento que pueda crearles una que otra ola, una leve agitación, una olita, pues. Apechugar. Apechugar.

\*\*\*\*\*

Desde un rústico mesón de Angelmó, donde su paladar se deleita con la suavidad porosa y el agresivo yodo de las tersas lenguas de erizo salpicadas de cebolla picada fina, y bañadas por una ducha de limones, Jorge contempla a través de la ventana una lancha que acaba de recalar en el embarcadero. “Francisquita” dice en letras mayúsculas color rojo, junto al ancla, a estribor de proa. El pipeño lo sirven en una taza de peltre, y le advierten que si se hace presente algún inspector municipal, debe declarar que es té lo que ingiere, ya que no hay licencia para bebidas alcohólicas. Siente un súbito deseo de estar instalado a bordo, a punto de zarpar hacia el archipiélago chilote, del que sabe tantas historias por la palabra de su maestro

Rubén y la portentosa novela que escribió sobre Chonchi, pobre Rubén, debe andar muy desconcertado tras la partida de Leontina a esas misteriosas comarcas celestiales pregonadas por los magos que rigen el mundo. Ir navegando a zangoloteos en el cruce del Canal de Chacao, desafiar el viento y la lluvia en plena cubierta, *de pie como un marino en la proa de un barco*, recuerda esa maravillosa “Canción desesperada” que cierra los *Veinte poemas de amor*. Llegar a Chonchi, donde las casas tienen nombre de palacios infantiles.

Sale del mercado, contempla con cierta melancolía la frondosa isla Tenglo, y se dirige a la parada de los buses a esperar el que lo llevará a Pelluco. Un gris ejército de nubes invade el cielo. En Pelluco, justo frente al balneario vive Naranjo, amigo y compañero de varios años en el Pedagógico y también poeta, de esos que viven la poesía cada segundo, que hablan en poesía, con un lenguaje de vates y no de personas. Alguna vez unieron sangres en la casa de Falabella, por lo tanto son hermanos, “carnales” como decía el mexicano Tamayo, también de Historia.

El micro hace su camino sin apartarse nunca del litoral, atraviesa el centro y luego toma una senda ripiosa hacia los rincones del curanto que le dan a Pelluco su fama. Sigue junto al mar, se divisa la entrada al Seno de Reloncaví.

-Vives en un lugar privilegiado –dice Jorge, dejando escapar su vista a lontananza, hacia ese mar que no encuentra horizonte, sino recovecos que chocan con montes, islas, o con esa misteriosa entrada que se vislumbra hacia regiones insospechadas, la atmósfera preñada de gaviotas, alcatraces que vuelan en fila, equidistantes el uno del otro como si les hubieran enseñado a mantener la compostura en las filas del colegio, botes a remo que se van separando de la costa para internarse en las aguas de la pesca, un sol cuyos últimos rayos se hicieron trizas. *Bajo el cielo nacido tras la lluvia escucho un leve deslizarse de remos en el agua*, piensa. Luego lo anotará.

-Tuve mucha suerte al encontrar esta casita, porque con los paisajes cambiantes de por acá no necesita uno nada más, fuera de un

buen libro, una botella de vino, una radio que comunique lo que pasa en el mundo y un tocadiscos que acaricie la noche con un par de boleros y muchos tangos. Al principio pensé que no iba a resistir, pero aquí estoy, llevo un año y llegó a gustarme. Tú sabes que soy del norte, los dominios que me disparan magia y nostalgia son de otra índole.

Jorge recorre con la vista el entorno, tratando de localizar la botella a la que Naranjo se refirió, es una buena hora para el primer brindis con este viejo amigo.

-La traigo –dice Naranjo, levantándose.

Y la trae.

-Quiero pedirte un favor –dice Jorge, pero no sé por dónde empezar.

Después de algunos devaneos entre salud por los viejos tiempos y salud por los nuevos tiempos, llega titubeante al grano. Le cuenta a su hermano de sangre la cita de amor que tiene a partir de “mañana” con una sirenita, no de Copenhague, asegura, y le pide que le deje por dos días la cabaña, pero sin él ahí, ¿tendrá dónde quedarse un par de noches? Naranjo ríe, le reprocha que no haya cambiado nada desde los viejos tiempos, que siga siendo un niño malcriado, pero lo invita a que disponga de la cabaña, él podrá alojarse donde su amiga japonesa. Y le asegura que es japonesa de verdad, se llama Koshiosan, exquisita, sigue, convocante sin remedio como el canto de las sirenas, ¿será así también su muchachita? O el canto de Nefertiti, dice Jorge, recordando un poema que alguna vez Naranjo leyó en casa de Falabella. Naranjo dibuja una sonrisa triste, se levanta y dice que preparará algo de comer. Esas noches en casa de Roberto, con Rolando, Manuel, Anuca, el Cuqui, recuerdos de un pasado cercano, pero muy pasado desde estas comarcas remotas que separan de la vida y sumen en la soledad.

Hacia el medio día despejado de nubes, con sed de chicha o de cerveza tras la prolongada noche vinera con su amigo Naranjo, Jorge baja del micro y camina hacia la estación dispuesto a recibir el expreso

nocturno de Santiago donde viene su pequeña nínfula, su cita ciega, piensa que hace bastante tiempo que no la ve y no sabe cómo la va a encontrar, a esa niñita con su delantal a cuadros que ahora debe ser una mujer. Junto a la estación se topa con el lugar ideal, entra y pide una pilsener muy fría, ¿está nervioso? Quizás debido a la incertidumbre de este encuentro, o acaso porque dentro de su conciencia un bicho maligno le trae la imagen de Pilar, la va a engañar, ¿será ese el término adecuado? Ella no quedó muy convencida cuando él le inventó que tenía que participar en un recital organizado por el grupo Trilce en Concepción. Él era justamente la figura principal, ¿cómo fallar? Por suerte ella recibiría la visita de una prima que venía a visitarla del norte y no se propuso acompañarlo. La iba a... ¿engañar? Tal vez no era ése el término correcto. ¿Qué pasa en las relaciones, en qué momento se empiezan a ir a pique? Ya mucho antes se lo había preguntado, en la cubierta de un barco al amanecer. Recordó los versos que Ledesma leyó una noche en el Center Bar de Macul ante un grupo de amigos y que se le habían grabado en la memoria. *Estos son pues los tiempos venideros/ todo lo íbamos a hacer ahora/ teníamos la vida por delante.* Son versos de primera, porque Ledesma es un poeta mayor, jamás lo negaría. Pagó su cerveza, entró al baño para acicalarse un poco. Llevaba un suéter gris y una chamarra de cuero, estaba bien. En el baño faltaba un espejo, de manera que postergó la idea de repasar la peinada que esa mañana no se resignó a ocultar bajo su yoqui de tweed.

Caminó hasta el extremo del andén entre las personas que esperaban a sus pasajeros, deteniéndose cada ciertos metros como si apostara al lugar preciso donde se iba a abrir la puerta del vagón desde el cual descendería Norita como una princesa. Se instaló en un punto, seguro de que ahí tendría que ser, y si ganaba, el triunfo sería por nocaut, las cosas saldrían muy bien, estaba seguro, dos días de amor, intensos y gozados hasta el último minuto, dos días de cuentos de hadas, pan amasado, chicha de manzana, amor-amor. Se anuncia la llegada del expreso nocturno de Santiago por los altoparlantes y a los pocos minutos tañe la campana. No hay nada como las estaciones, los rieles, las locomotoras.

\*\*\*\*\*

Bastante más plácido el regreso a Santiago en este tren pequeño al que llaman “Flecha”, confortable y veloz, se dice Nora contemplando con una sonrisa que le brota del corazón la rapidez de los postes y los árboles al pasar por la ventanilla en el traqueteo que perfora la selva valdiviana, ¿será ésta la selva valdiviana? Debiera ser, si se toma en cuenta el tiempo transcurrido desde la partida –ese abrazo largo y húmedo en el andén, frente a la portezuela de su vagón-, triste, alegre, ¿cómo fue la despedida? Triste por la condena infranqueable que significa esa separación, el destino de no verse los ojos, no tocarse, no escuchar las voces, todo no. Alegre porque nada ni nadie podía quitarles lo bailado, que era mucho mucho mucho, a pesar de lo poco. Triste porque el futuro se perfilaba como la zona impregnada de un venenoso exceso de ansiedad, alegre porque también parecía posible delinear la efervescencia de una nueva esperanza que debía mantenerse firme aunque creciera al borde del abismo. Ansiedad por la incertidumbre de no saber a las claras cuándo podrían abrirse los cortinajes que revelan el próximo acto de la obra que estaban representando entre los dos, dudas, temores. Y esperanza porque el amor suele funcionar como una fuerza capaz de no dejar títere con cabeza en los alrededores de su comarca. ¿Y Belisario? La relación había transitado relativamente rápido desde la euforia a la rutina, quizás porque últimamente se sustentaba solo en lo físico, en el sexo, lo cual tampoco resulta tan malo, pensó, y pensó que cortar los lazos sería fácil. ¿Sería tan fácil como era decirlo? Belisario al menos estaba ahí, en la esquina, al alcance de la mano, de carne y hueso, y eso anotaba un punto a favor. Pilar sí que parecía un hueso más duro de roer, el mismo Angelo le había dejado muy en claro que solo podría separarse de Pilar si acaso era ella quien lo dejaba, dejarla él, nunca, aunque admitiendo enseguida, con una risita cínica, que nunca se debe decir nunca, mientras recorrían la playa de Pelluco al amparo de un sol apenas tibio, esquivando los guijarros

depositados por la marea durante la noche, y bordeando la humedad de la arena en la línea espumosa donde se desintegra la ola al tiempo de emitir el perfume salado del mar. El amor escrito y sellado en cartas iba a ser de seguro el camino, como antes fue su Diario, pero con los nuevos sabores que derramaría la memoria del celestial oasis donde habitaron durante dos días y medio, sobre el cual pareció detenerse el tiempo. ¿Celestial? Algo de eso hubo, *cher poète*, porque fuiste amoroso y fuiste tierno de una ternura que mi juventud no había conocido, y porque todas las cosas te resultaron *comme il faut*, llevarme desde la estación, con maleta y todo, como volando en la alfombra mágica, a ese mercado marino que nos premió con tanta delicia. Frente a frente, los brazos estirados sobre la mesa, nos tomamos las manos mirándonos a los ojos, ¡era la primera vez! Y luego el recorrido costero en una destartalada pero maravillosa “góndola”, porque ni micro se podía llamar, hacia la cabañita frente al mar, todo lo calculaste con precisión de ingeniero, cada mínimo paso, como si lo hubiera planificado un mago, y el abrazo nocturno –Dios mío, se estremece mi piel- llegó con tanta naturalidad, sin pudores, alegre y seguro, como si hubiera sido la meta de un largo camino *deja vu*, y fui feliz, querido Angelo, pudiste darte cuenta de lo feliz que fui al sumergirme en algunas sensaciones nuevas que tampoco mi juventud había experimentado y que no tengo palabras para expresar con fidelidad. Y por la mañana ese café de higo con chapaleles, ¿así se llaman o fue un invento tuyo? Y luego nuestros juegos en la playa, nunca conocí tanta dicha, y la larga y matadora pero alegre caminata hasta el centro del Puerto para cumplir con el encargo de mi madre, y el pescado frito con ensalada “chilena” en ese otro mercado sobre la loma, rico el vino pipeño también, pero se te anduvo pasando la mano, debieras haberte controlado un poco en lugar de seguir y seguir hasta la lengua estropajosa, pensando en la noche larga que merecíamos, aunque de todas maneras fue larga y de todas maneras fue rica, porque también las cosquillas nos hicieron reír, más de un tango nos hizo llorar, y también tus caricias, tus manos, tus suspiros conmovieron mi piel.

Sí. Es la selva valdiviana, se dice Nora, porque el tren acaba de detenerse en la estación de Antilhue, helechos, coligues, nalcas, altos árboles. Copihues rojos y copihues blancos va ofreciendo una mujer en el andén, y otra vende chupones a través de las ventanillas. Hermosos parajes son los que habita su Angelo, le gustaría conocer ese río del que le escribe tanto, el mejor de Chile, dice, el más ancho y abundante. ¿Cómo le irá con Pilar? Chocolito la describe coqueta, sí, de qué manera bailaba aquella noche de la paella, y dice que a Angelo (lo llama Jorge) eso lo martiriza y lo pone de muy mal genio, pero también dice que *mon cher poète* está “de la jeta”, enamorado “hasta las patas” de su musa –así la llama- y que ambos forman una pareja de película. Lástima que Chocolito haya tomado la decisión de volver a su país, el morochito va a tener que acostumbrarse a vivir sin papá. Ella sabe lo que es eso, aunque su padre está un poco más cerca y por lo menos puede verlo una o hasta dos veces en el año. Pero mamá no se decidió nunca, vieja tonta, recatada, conservadora, no puede aceptar la diferencia de edades, no quiere que le digan “corruptora de menores”, ni se conforma con envejecer antes que él. Pobre Morochito, tan feliz que se pone cuando el papá lo lleva de paseo.

El tren parte remolón y de a poco va ganando velocidad. Nora no ha logrado concentrarse en su lectura de *Crónica de los pobres amantes*, y no porque no le guste la novela sino porque el pensamiento se le escapa a los erizos y las almejas, a la noche y a la ternura del amor, y a las poesías que Angelo recita, *Cuando todos se vayan a otros planetas*, y a los tangos, *la fina copa de champán*, quisiera encerrar esos dos días en un frasco de vidrio translúcido como el *fino bacará* de “Por la vuelta” y mirarlos cada mañana, cada noche, a cada rato, andarlo trayendo en la cartera. Tampoco se ha concentrado en un cuento que desea escribir (rico que a Angelo le haya gustado el de la ninfa) sobre una muchacha universitaria que todas las tardes arma bailoteos en su mansión de Providencia mientras en la ciudad llueve y llueve, y cada noche caza a un hombre distinto para su “insectario”, aunque nunca logra establecer relaciones serias con ninguno, siempre se le esca-

pan. El cuento de la ninfa aún no tiene título, pero éste se llamará “La coleccionista”, y el personaje está basado en una compañera de curso muy burguesita que despliega un envidiable poder de seducción, sobre todo cuando se sienta al piano a improvisar canciones de Los cuatro Ases, los Platters, las de un ciego que no recuerda su nombre, y tararea las melodías con esa voz grave y aterciopelada que la premia. Ríe con aspaviento, pero sus ojos emanan tristeza y es seguro que cuando parten los invitados, la muchacha queda en el centro de la desolación, mientras azota la lluvia y ella los ve partir uno a uno. ¿Y si en vez de “La coleccionista” lo titulara *Afuera es noche y llueve tanto?* Angelo, Jorge, Angelo, Jorge, ¿cómo tengo que decírtelo, o ya lo adivinaste? Por fin me ha quedado claro que estuve enamorada de ti todos estos años. Sin embargo no sé debido a qué misteriosa razón, aunque me siento tan dichosa como si anduviera flotando en las nubes del Paraíso, hay algo –una voz como un golpe eléctrico en las entrañas- que me insinúa que no las voy a pasar tan bien. La vida no es color de rosa como en la *Chanson* que nos contagia Edith Piaf, ¿verdad poeta? Hermoso el panorama, el imperio de los árboles y el verde y a lo lejos la cumbre nevada de uno de los volcanes que coronan la Región de los Lagos, qué país, piensa, mientras los ojos se le van cerrando, cerrando, desde la noche larga hacia el sueño.

\*\*\*\*\*

Pidieron otra igual y el profesor insistió en que ordenaran también dos churrascos, para qué dejar que el tinto suba a la cabeza tan temprano. Se habían juntado a las dos y media en el bar de la costanera y recién empezaban a poner en carpeta los asuntos del mundo y sus “islas adyacentes”. No era bueno tomar con el estómago vacío, machacaba este profesor que también escribía versos, se necesitaba comer, viéralo a él, que siempre comía, un bebedor contundente sin

dobleces y firme como un roble, tomar sin comer es camino derecho a la cirrosis, sus propios ancestros se lo habían transmitido de generación en generación, hiciera caso, huevón, escuchara bien, ¡ya, cómase un churrasco!

-Come tú. A mí no me gusta la carne de cadáver. Que venga la cirrosis, no me importa. El dicho debiera ser al revés: “no hay que comer con el estómago vacío”.

Y el profesor-poeta seguía dándole con su monserga, que no, viejito, nada de echarse a morir, por qué chuchas andaba tan triste, o angustiado, o “no sé qué”, si a todos nos han dado alguna vez una patada en el culo, la vida no es juego, amigo, ¡cómate un churrasco, mierda!

-Me da asco la carne. Lo único que comería son cerezas, pero en esta época no hay. Y no creas que a mí me dan una patada, *yo* las doy.

Es que la mocosa Norita lo había dejado a mal traer y estaba seguro de que a su angustia nada podría proporcionarle remedio, ni siquiera Pilar, porque esa muchachita traviesa lo había puesto a bailar sobre la cuerda floja, ¿por qué sería tan huevón? Las mujeres podían hacer con él lo que se les diera la gana, un títere que ni siquiera había empezado a sumergirse en el pozo, cuando ya se enredaba entero para salir. Un pobre y triste huevón.

-No te pongas así, viejito, ¡anímate! un hombre tiene que ser bien hombre y nada de andar al borde de los lloriqueos, eso son huevadas de maracos, viejo huevón, por favor hazme caso y cómete un churrasco.

Terminaron la segunda botella y Jorge no quiso comer. Exasperado, el profesor-poeta dejó unos billetes sobre la mesa, junto a su vaso vacío, palmoteó las espaldas de Jorge y partió bamboleante hacia la puerta. Al salir volvió la vista: su amigo y colega le hacía al mozo un gesto de otra igual, ¡por la cresta, sin comer nada!

Jorge no apuró la botella: la fue bebiendo lenta y tristemente, herida su alma por un cuchillo de dos filos, primero no había cerezas en este tiempo y luego, la perturbadora imagen de Norita le estaba

dando duro. El momento en que piso y paredes se movieron, Jorge pensó que la borrachera se le ponía difícil, pero al sentir la violencia bruta del estrépito y notar que los parroquianos corrían hacia la calle entre mesas que bailaban locas sobre el piso, se dio cuenta de que en realidad estaba temblando bastante fuerte. Sin embargo, siguió sentado ahí mismo tomando su último trago. Lo mejor en esos casos es no perder la calma, su abuelo se lo había enseñado. De pronto el techo del local se juntó con el suelo y su buena borrachera quedó interrumpida.

Arrastrándose como un reptil entre escombros, vidrios rotos, botellas rodantes, líquidos derramados, frágiles servilletas de papel como volantines en el aire, alcanzó los límites de la intemperie. Una gran nube de polvo y humo se había elevado sobre la ciudad y oscurecía el cielo. Las aves del río y los perros callejeros dialogaban en una feroz y tétrica algarabía, mujeres jóvenes y viejas corrían de un lado a otro gritando nombres, brincando como saltamontes, caravanas de personas vibraban a lo largo de una calle cuyas casas de lado y lado se estaban viniendo al suelo. Logró ponerse de pie y su cuerpo se bamboleaba. Dos casas de madera flotaban en el río, y una embarcación que se había dado vuelta de campana las seguía a corta distancia; el puente de la isla Teja, quebrado en dos, y las aguas del Calle-Calle se desbordaban buscando el trazo de las calles. Corrió cuesta arriba hacia la plaza, los edificios más sólidos del centro también habían caído, vio el correo desmoronarse como un castillo de naipes, parecía una imagen cubista, y el campanario de la iglesia se equilibraba oscilando sobre el suelo, sin cuerpo. Una embarcación se había incrustado en las vitrinas del Café Olympia, debo estar muy borracho, pero no, la lucidez parecía haber vuelto, ahora lo comprendía todo. ¿Y Pilar? Corrió, corrió, corrió como un loco en dirección a su casa. Con el corazón a punto de estallar, aminoró el paso, se detuvo, apoyándose en un árbol, y vomitó litros de vino que se sumaron a las aguas invasoras. Automóviles bajo los escombros, sobrepasados por la inundación, gemidos que se filtraban desde lo más oculto de las ruinas. Sintió miedo de todo, principalmente de

la noche que caería pronto sobre estos pobres seres, cientos de personas como en un campo de batalla corriendo por todas partes de un lado a otro, aferrándose a los árboles, vomitando maldiciones, llamando a los suyos con desesperación y llantos. Un grupo de evangélicos avanzaba golpeándose el pecho. “¡Por mi culpa, por mi culpa!”, gritaban, “Perdónanos, Señor”... Pilar, Pilar. Jorge avanzó con esfuerzo, vadeando, con el agua hasta las rodillas, y fue acercándose a su pensión. En su cuadra no quedaba una sola casa en pie. Montículos de escombros, vidrios que devolvían el reflejo de los rayos de sol que se filtraban a través del polvo. Un poco más allá, en el tramo donde estuvo la ferretería, una enorme zanja se tragó dos automóviles. ¡Pilar, Pilar! gritaba tratando de perforar los escombros.

## FINAL

La construcción de los barracones de madera en las afueras de la ciudad se inició tan pronto fueron restablecidas las comunicaciones, apenas se aquietó la naturaleza y ese mundo en ruinas pudo ser intervenido por equipos militares y civiles responsables de remover escombros, desinfectar podredumbres y re-trazar el plano de las calles. Los construyeron sobre las llanuras aladañas al horizonte en el cual muere la ciudad, donde la avenida amplia se funde con la carretera sur, que va engarzando pueblos y ciudades hasta el fin de la tierra.

Improvisados con tablas rústicas de pino y techos de fonolita, estos refugios colectivos de mínima ventilación, pocos y mezquinos ventanucos —un barracón tras otro tras otro— albergan a miles de seres que en un sobresalto de la naturaleza perdieron padres, hijos, hermanos y quedaron sin casas, sin iglesias, sin escuelas, pero que al menos salvaron el pellejo en un acto de magia que los condujo desde la categoría de personas con empleo, familia, trajes, corbatas, tacones altos, a la de parias primitivos y enajenados. Pero vivos. Habitantes de un puerto fluvial que habiendo sido hermoso, parece ahora asolado por las arremetidas de una guerra sin brújula. A pesar de eso conserva un cielo límpido, profundamente azul, cada día menos frecuentado por el vuelo paciente y siniestro de las aves carroñeras.

Acurrucado en cualquier rincón de alguno de esos galpones, Jorge busca la paz. No hay camas ni sillas, apenas dos o tres bancos y una sola mesa larga sobre la cual los médicos practican sus operaciones. En este espacio infestado de llantos, gemidos, lamentos, gritos pidiendo auxilio, de oraciones al Creador, ruegos a la Virgen y murmullos plañideros, Jorge aguarda la paz. Con su cuello atrapado en varias vueltas de la bufanda negra, una barba de semanas, ojos enrojecidos, labios secos, tiritándole manos y rodillas, chocán-

dole los dientes, se conforma, porque al menos se han ido calmando las furias de Dios. Pasea su vista nebulosa a lo largo del caos. Lo deslumbra el fulgor de una luz que penetra la ventana opuesta al rincón donde permanece en temerosa quietud, como un animalito que intenta ocultarse de la bestia hambrienta, pero sí, la luz viene, ondula coqueta hacia él, un posible correo de la esperanza. Jorge comprende entonces que llegarán a rescatarlo de la nada, su padre, desde los caminos ripiados de la Frontera en su viejo Dodge 30 de aquellos lejanos días en que conoció a Elías Lafferte, y a su lado la dulce madre emanando el cálido aroma del pan amasado, el hermano Iván también, silencioso y pensativo tramando historias en el asiento trasero, y la niña Carolina, el niño Sebastián volando solos, solitarios, angelitos alegres que juegan al viento con la alfombra mágica que lo rescatará de los infiernos, y los amigos, todos, uno por uno, tiemblan las manos aunque cada vez menos, sucesiones de escalofríos convierten su espinazo en una perfecta pista de carreras... Jorge, se repite, Jorge: lo importante es que existas, lo único que vale es estar vivo, existir, y entonces ve a Rubén aplaudiendo el suelo con sus zapatos de toni, una pelota roja en la nariz, apoyado sobre su paraguas al caminar por la pista del circo, “aquí vengo con mi pájaro”, dice, y los viejos, las viejas, los niños, los moribundos, los convalecientes, todos los fantasmas hacinados en el barracón ríen y ríen de las gracias que les prodiga el “Cara de Hombre” para salvarlos, ¿me comprende? Sueña Jorge, y el sueño se va escapando sin que él logre darse cuenta, Pilar, Pilar entre los escombros, Pilar risueña y coqueta, huyendo quizás de la catástrofe y de él, de sus delirios, de él, que también es un desastre, amor, ponte las alas y vuela, huye del infierno como una gaviota que emigra a mundos lejanos, amor, vuela, vuela, quédate volando para siempre y si es tu voluntad, olvida, pero si lo prefieres, recuérdame, tiende los brazos hacia mí para alcanzarte, y otra vez el sueño se va ocultando, y de pronto todos han desaparecido y ya no hay más sueño, solo se vuelve a afincar en sus entrañas, su piel, su alma, un deseo real y desesperado, una botella de vino, ¡tráiganme una botella de vino!...

Desde la planicie arremete la imagen de un río de aguas cercanas a la serenidad, poblado aún de grandes troncos que, chocando unos con otros en escandaloso estruendo, disputan su camino a la mar que es el morir, vacas tiesas, cerdos, corderos; paredes que semejan balsas, armadas alguna vez con prolijas tejuelas de alerce capaces de resistir la potencia penetrante del agua; puertas, cajones, escritorios, veladores, perfecto “cambalache”, un cachureo donde las mercancías navegan sin etiqueta de precio hasta donde pronto habrá de tragárselas ese mar dispuesto a recordarles a los hombres que la naturaleza... Eso, que la naturaleza...

Forrado en un Montgomery negro, con la capucha de monje loco protegiendo su cabeza de una llovizna que no cesa, el hombre de barba oscura se mueve de un lado a otro a zancadas, agitando los brazos como un insecto inquieto, y emite órdenes a través de su altavoz: que los residuos a este lado, huevones, que las maderas encastillarlas allí, Juanito, que las carretillas y los fierros debajo del toldo, ¡que los sacos de cemento no se mojen, mierda! Queda inmóvil cuando en medio de la soledad divisa a una joven que camina rumbo a lo que fue la plaza de la ciudad. Abrigo azul, botas de goma y una boina roja, bolso colgado al hombro. Se acerca a ella y la detiene con decisión, sujetando su brazo libre.

-Te conozco –dice, gotas de la garúa iluminando su barba. Ella lo mira y asiente.

-Hola, noble Caballero de la Bola Azul –intenta reír-. Él achica los ojos hasta formar dos ranuras rectas, como si en ellas pudiera concentrarse todo el poder de la memoria-. ¿Te acuerdas de mí? Conozco a Manuel, a Rolando, a Chocolito.

-Eres la polola de Belisario...

-Era. Ahora busco a Jorge.

Él la observa con curiosidad y le da un beso en la mejilla.

-Las víctimas se están concentrando por allá –señala la cuesta de la calle ancha-. Te acompaño, vamos-. ¡Juan! –grita-. ¡Juan, hazte cargo, vuelvo al tiro!



Ascienden por la avenida sin hablar y de a poco dejan atrás la ciudad en ruinas mientras a través de la niebla se asoman los barracones y las carpas que instaló la Fuerza Aérea.

-No será fácil –dice el hombre-. Te imaginas que no será fácil, ¿verdad?

-Lo encontraré-. La joven traga saliva-. Lo encontraré, tengo la certeza de que está vivo. Y de que lo encontraré.

\*\*\*\*\*

-Pero no será fácil encontrarlo –insiste Fernán.

-Ayúdame –pide Nora.

En tres carpas el nombre de Jorge no figura en la lista.

Cuatro barracones y nada. Caos, sí. Gritos y llantos, sí. Locura, sí. Dolor.

-Ya sabes que esto no fue un terremoto –dice Fernán.

-¿No? -. Ella lo mira con curiosidad.

-No. Fueron cuarenta, uno tras otro, además de la ola. Un cataclismo, ¿te fijas? Yo conozco bien la zona, porque mi padre tenía un fundo a treinta kilómetros, y te juro que apenas un poco más allá de estos barracones han desaparecido cerros enteros que trepábamos cuando niños y ahora hay lagunas que antes no estaban, donde se podrán bañar nuestros hijos. Ha cambiado la geografía.

Cuando se acercaban a la puerta del siguiente barracón, Nora se estremeció y sacó de su bolso un pañuelo.

Entraron. Fernán concentró su atención en una anciana desdentada que daba pasitos de baile entre hombres y mujeres desparramados por el suelo pronunciando una y otra vez el nombre ¡Nicasio, Nicasio! y cantando “Yo soy la gatita Carlota”... Un enfermero practicaba curaciones en la pierna de un joven, carnes a la vista,

mucha sangre, mientras una mujer con una cruz roja en la manga iluminaba la zona herida sujetando una linterna.

Nora no prestó atención a las cosas que ocurrían en este mundo. Su vista parecía más bien la de un detective ansioso que busca la clave final del caso, un rayo ágil y veloz que no tardó en fijar su luz sobre el hombre acurrucado en un rincón lejano que temblaba envuelto en una bufanda burdeos. Es él, supo, es Angelo, mi corazón no puede equivocarse. Separándose de Fernán dirige sus pasos, sorteando cuerpos, hacia ese rincón.

Jorge ve que por el ventanuco vuelve a penetrar esa luminosidad que suaviza la noche y lentamente va acaparando la totalidad del espacio. Siente que un enjambre de luciérnagas viene a rescatarlo. Viene Chocolito, risueño, los dientes muy blancos contrastando con la piel oscura, y viene Rolando rozagante, mirándolo fijo desde lejos para hipnotizarlo y darle vueltas el mundo, con una botella en la mano viene, y Manuel también, del brazo de su Vero, y Roberto viene en silla de ruedas dibujando su sonrisa chueca, y Lucho –saco gris, sombrero alón, bufanda blanca- cantando que “afuera es noche y llueve tanto”, un libro en la mano, todos como luces de linternas rotas. Pero Pilar no viene, no viene, una luz que no enciende, ¿dónde estás, adónde te has ido? ¿En qué regiones mora, a qué dedica ahora la tarde de los domingos? Y avanzan las luces hacia él como una cascada cristalina cuyas aguas de pronto se disipan para dejar a la vista el fulgor de una luciérnaga reina, un ángel de abrigo azul, botas de goma, boina roja, que estira hacia él sus brazos, le toma las manos y dice ven, dice ven, dice ven.

**FIN**



